

CLÁSICOS
A MEDIDA

ae



La llamada de lo salvaje

Jack London

Alabada por crítica y público desde su publicación en 1903, nunca ha dejado de ser reimpresa y de lectura obligatoria en las escuelas estadounidenses. El relato de supervivencia y de retorno al estado salvaje de Buck ha enriquecido los sueños de varias generaciones de lectores que fantaseaban con las tierras del norte. Pero esconde un significado mucho más profundo: London nos avisa de que la frontera entre la civilización y lo salvaje es delgada y frágil, tanto para los hombres como para los perros. Incluye Finis, un relato breve que tiene lugar en las mismas tierras inhóspitas que *La llamada de lo salvaje*.

CLÁSICOS
A MEDIDA

La llamada de lo salvaje

Jack London

Adaptación de Vicente Muñoz Puelles
Ilustraciones de Olga de Castro

Un perro llamado Buck

Jack London tenía veintiséis años cuando, a finales de 1902, se puso a trabajar en un cuento corto. Quería narrar, en cuatro o cinco mil palabras, la historia de un perro criado en un ambiente civilizado, colocado de pronto en las soledades del ártico y obligado a luchar por sobrevivir. Como le había dicho a su editor, George Brett, no tenía intención de escribir más sobre sus experiencias en el Klondike, región del Canadá que pocos años antes había sido el escenario de la fiebre del oro. El tema, creía él, estaba literariamente agotado, como lo estaban los filones de oro que habían atraído a tantos aprendices de minero.

Al principio, London planteó esta nueva historia como una pieza complementaria del relato *Diablo. Un perro*, publicado por él en el *Cosmopolitan Magazine* de junio de ese mismo año, donde había contado la feroz enemistad entre un perro y su amo, dos criaturas igualmente salvajes, y que terminaba con la muerte de ambos. Aquel relato, que en 1904 sería rebautizado como *Bâtard*, por el nombre del perro, era en cierto modo un ensayo sobre la reacción de un animal al trato que recibe de un hombre. Pero algunos lectores se habían quejado de cómo London había descrito el comportamiento del perro, y el autor quería ofrecer un retrato más favorable de la especie canina.

La historia de Buck, un perro mitad San Bernardo y mitad pastor escocés que acaba llevando la vida de un lobo, se le escapó casi desde las primeras páginas. Pronto comprendió que tenía entre manos una narración más vigorosa, que requería una extensión mayor, y decidió dejarse llevar. La historia fluyó naturalmente, con poderosa sencillez, a un ritmo de mil

palabras diarias, como era su costumbre, y en menos de cinco semanas se convirtió en una novela corta, de unas 32 000 palabras.

No la revisó. No necesitaba hacerlo, porque estaba seguro de lo que había hecho. Suele considerarse que la frase final de *La llamada de lo salvaje* es la más vibrante de las escritas por Jack London, y cuesta poco imaginar que la mañana en que terminó el libro debió de ser uno de los momentos más emocionantes de su vida interior:

«Cuando llegan las largas noches de invierno y los lobos siguen a sus presas en los valles más bajos, se le puede ver (a Buck) corriendo al frente de la manada, a la pálida luz de la luna o bajo el resplandor de la aurora boreal, como un gigante entre sus compañeros, mientras de su garganta brota el canto del mundo primitivo, que es el canto de la manada».

Envío un ejemplar del manuscrito a su editor de Macmillan, George Brett, y otro al semanario *Saturday Evening Post*. Ambos aceptaron con rapidez. Brett propuso comprar los derechos norteamericanos del libro por dos mil dólares, práctica bastante común en aquella época. A cambio, Macmillan asignaría un presupuesto mayor que el ordinario para publicidad, lo cual beneficiaría a las posteriores obras de London, autor que en aquel momento resultaba extraordinariamente prometedor.

London tampoco vaciló en aceptar la oferta de Brett. Aunque estaba muy orgulloso del texto, era consciente de que, después de todo, el protagonista era un perro, y la novela tenía la tercera parte de la extensión de una novela corriente. Brett insinuó que el libro se vendería mejor con otro título, pero respetó la decisión de London al comprobar que este se mantenía firme.

El *Saturday Evening Post* pagó 750 dólares por la publicación en forma de serial. Así pues, *La llamada de lo salvaje* se publicó en cuatro números del semanario, entre el 20 de junio y el 18 de julio de 1903, y en agosto apareció en forma de libro. La primera edición norteamericana, de diez mil ejemplares, se agotó el mismo día de su llegada a las librerías. Desde entonces nunca ha estado fuera de impresión, y sigue siendo leído y comentado en las escuelas estadounidenses.

El libro garantizó a London un puesto en el canon de la literatura norteamericana y le proporcionó una reputación que no se extinguiría a lo largo de toda su vida. De inmediato se tradujo a numerosos idiomas, lo que le hizo famoso en todo el mundo.

La recepción de los críticos también fue unánimemente favorable. Unos hablaron de una pequeña obra perfecta, otros de un clásico norteamericano moderno, y hubo quienes le tributaron el máximo elogio de la época, al afirmar que *La llamada de lo salvaje* era tan buena como cualquier cosa escrita por Rudyard Kipling (1865-1936), el celebrado autor de *El libro de la selva* (1894).

Aunque nadie demandó a London por haber calcado la personalidad de un perro en concreto, durante algún tiempo circuló la pregunta de si existía un perro auténtico sobre el que el autor había modelado a Buck. El propio London quiso acabar con la controversia al escribir al juez Marshall Bond, que administraba un rancho en el valle de Santa Clara, para decirle que Buck era en realidad su perro, un ejemplar del mismo nombre que había sido llevado al Klondike por Louis W. Bond, hijo del juez. Pese a esa declaración, algunos críticos, atentos a sus tendencias autobiográficas, llegaron a afirmar que Buck era el propio autor, disfrazado con piel de perro o de lobo.

London era en cierto modo responsable de la mixtificación. Había inventado una imagen para el consumo del público, la de un hombre de acción, aventurero, despreocupado y sin complicaciones, una suerte de muchacho eterno que nunca acababa de crecer. A los muchachos les gustan los apodos, y el que se había dado a sí mismo, Lobo, era conmovedoramente revelador. Lo usó durante toda su vida. Así lo llamaban sus amigos y sus dos esposas, y así lo hizo constar en cuanto a él se refería: al final de sus cartas; en su exlibris, que es la cara de un lobo; en la mansión que se hizo construir al final de su vida, y que recibió el nombre de La Casa del Lobo. Era evidente que le gustaba verse a sí mismo como si fuese el propio Buck, corriendo libre y atravesando la espesura al frente de la manada.

Géneros y temas

Cabe incluir *La llamada de lo salvaje* dentro del género de la ficción de animales o animalista, en el que los miembros de otras especies son visualizados desde una perspectiva humana o antropomórfica —en realidad, no tenemos otra— y se les conceden rasgos humanos de algún tipo. Es un género muy amplio, que abarca desde las fábulas de la Antigüedad a novelas tan diversas como *El viento en los sauces*, de Kenneth Grahame (1859-1932); *Bambi*, de Felix Salten (1869-1945), o *Rebelión en la granja*, de George Orwell (1903-1950).

Dado que en varios momentos de la historia London atribuyó a Buck recuerdos y reflexiones similares a los humanos, en la época de su publicación, algunos le acusaron de atribuir sentimientos no naturales a un perro. Hoy en día, cuando la etología o ciencia del comportamiento animal se ha convertido en uno de los campos de investigación más activos, y las reacciones de los animales se estudian en los laboratorios o en su entorno para entender los nuestros, esos aspectos de *La llamada de lo salvaje* han dejado de parecernos insólitos.

London estaba influido por el libro de Charles Darwin (1809-1882) *El origen de las especies mediante la selección natural* (1859), que había llevado consigo en su viaje a Klondike, donde el autor inglés se refería al concepto de la supervivencia de los mejor adaptados, y por la escuela literaria del naturalismo, en la que novelistas como el francés Émile Zola (1840-1902) exploraban temas como el conflicto entre la herencia biológica y el entorno.

La llamada de lo salvaje es también un ejemplo de otro género frecuentado por la literatura norteamericana, el pastoralismo, en el que el héroe mítico regresa a la naturaleza y se instala en ella como quien vuelve al Jardín del Edén. Como otros personajes de esa literatura, Rip van Winkle, de Washington Irving (1783-1859), o Huckleberry Finn, de Mark Twain (1835-1910), Buck simboliza una reacción contra el industrialismo y la convención social, en pro de la aventura y el descubrimiento interior.

Desde el punto de vista literario, *La llamada de lo salvaje* sigue el arquetipo del mito heroico. Buck, que es el héroe, emprende un viaje, se transforma y acaba convirtiéndose en mito. Los críticos suelen distinguir cuatro partes en la novela. En la primera, los dos capítulos iniciales, Buck es raptado, sufre la violencia y lucha por sobrevivir. En la segunda, que corresponde al tercer capítulo, se convierte en el jefe de su grupo. En la tercera, capítulos cuarto y quinto, pasa por pruebas terribles y está a punto de sucumbir. En la cuarta, conoce el verdadero amor y experimenta una especie de renacimiento, los dos últimos capítulos.

Es un relato, pues, de supervivencia y regreso al mundo primitivo, a un estado salvaje que Buck añora atávicamente. London coloca a un perro doméstico en conflicto con los hombres, con los otros perros y con un entorno hostil, y hace que les sobreviva y triunfe sobre todos ellos, gracias a los rasgos atávicos que perduran en él, los de la manada salvaje a la que se supone que en un origen pertenecieron todos los perros. Para él, la ley del garrote y el colmillo se convierte en la verdadera ley, que es la del más fuerte o el más astuto. En ese contexto, una perra dócil y de buen carácter, como Curly, está siempre expuesta a ser despedazada por los miembros del grupo.

La frontera entre la civilización y lo salvaje, viene a decirnos London, es delgada y frágil, tanto para los hombres como para los perros. Al interés del autor por Darwin conviene añadir el que sentía por el marxismo, en el sentido de que coincidía con Karl Marx (1818-1883) en subrayar que la humanidad se conduce por motivos fundamentalmente materialistas y económicos, y la atracción que ejercían sobre él el filósofo Friedrich Nietzsche (1844-1900) y su concepto del *Übermensch* o «superhombre», sujeto dominante que somete las cosas a su voluntad. En cierto sentido, como han señalado algunos críticos, en *La llamada de lo salvaje*, London hace de Buck una suerte de perro superior, de proporciones míticas.

En la literatura existe otro género que es el del *Bildungsroman* o «novela de aprendizaje», en la que un personaje crece y aprende al mismo tiempo, y se vuelve progresivamente educado y civilizado. Es posible ver también este libro como un *Bildungsroman* al revés, en el que el

protagonista, en este caso un perro, aprende a desconfiar y a matar, y se vuelve progresivamente salvaje.

El escenario es alegórico. Las tierras del soleado sur representan un mundo tranquilo, idílico, en el que la traición ocurre de manera solapada. El norte simboliza un mundo altamente competitivo, donde no hay merced para los débiles. Entre los perros, Spitz es su mayor rival. Charles, Hal y Mercedes son gente descuidada, vanidosa, incapaz de adaptarse, que ni siquiera sabe tratar bien a sus perros. Por el contrario, John Thornton y sus compañeros son cariñosos y saben vivir en comunión con la naturaleza. Sin embargo, perecen a manos de los indios yeehats, que están aún mejor adaptados que ellos.

Tras el éxito de *La llamada de lo salvaje*, London escribió a su editor de Macmillan para proponerle otra novela, en la que pretendía escribir el argumento opuesto, la historia de un perro salvaje que se vuelve doméstico: «En lugar de contar la asilvestración del animal, contaré la evolución, el proceso de domesticación de un perro». La novela, publicada en 1906, llevó el título de *Colmillo Blanco*.

Jack London escribió otras novelas con perros como protagonistas, entre las que cabe destacar: *Jerry el de las islas* y *Michael, hermano de Jerry*. Ambas fueron publicadas en 1917, cuentan las peripecias de dos terrier irlandeses y transcurren en los Mares del Sur.

Esta edición

La obra que aquí presentamos es una traducción y adaptación del texto original. No se trata, pues, de una versión íntegra, pero recoge la totalidad de los episodios y conserva fielmente el estilo y la intención con los que Jack London la escribió.

Hemos añadido un relato breve, *Finis*, publicado en el semanario *Success Magazine* de mayo de 1907 con el título de *El final de Morganson*. Transcurre en las mismas tierras inhóspitas que *La llamada de lo salvaje* y es un retrato fiel de un hombre al que las penalidades, el hambre y la hostilidad del medio han convertido en un despiadado asesino.

Capítulo 1

Hacia lo primitivo

Surgen los atávicos deseos de vida errante,
rompiendo las cadenas de la costumbre,
y, entre la bruma de los sueños,
despierta el clamor de la fiera raza^[1].

COMO BUCK NO LEÍA LOS PERIÓDICOS, NO PUDO ENTERARSE DE LA AMENAZA que iba a transformar no solo su vida, sino la de los perros de toda la costa, desde el estrecho de Puget hasta San Diego^[2], que contaban con una fuerte musculatura y un pelaje denso y cálido. El oro había aflorado entre las penumbras del Ártico, y las navieras y las compañías de transporte pregonaban el hallazgo. Miles de hombres afluían presurosos a las tierras del Norte. Necesitaban perros resistentes, de recia musculatura, que aguantasen los trabajos pesados, y fuertes pelambreras que los protegiesen de las heladas.

Buck vivía en una hermosa casa, en el soleado valle de Santa Clara^[3]. La llamaban la hacienda del juez Miller. Estaba apartada del camino, medio escondida entre una arboleda. A la casa se llegaba por senderos de grava que serpenteaban entre amplias extensiones de césped y altos álamos. En la parte posterior, la finca tenía grandes caballerizas, cabañas para el servicio, cobertizos, huertos y vergeles. Y luego estaba la bomba del pozo artesiano^[4] y un gran pilón de cemento, donde los hijos del juez Miller chapoteaban de vez en cuando.

Sobre estos vastos dominios reinaba Buck. Allí había nacido y pasado sus cuatro años de vida. Ciertamente que había otros perros, pero eran segundones. Iban de acá para allá y se quedaban en las pobladas perreras, como los fox terriers, o se perdían por los rincones más oscuros de la mansión, como Toots, el doguito japonés, o Ysabel, la perrita mexicana pelona, que rara vez asomaban la nariz fuera de casa.

Buck no era perro para estar en casa ni para vivir en una perrera. Toda la finca era suya. Se zambullía en la alberca o se iba de caza con los hijos del juez; escoltaba a las hijas, Mollie y Alice, en sus caminatas, y en las noches invernales solía tenderse a los pies de su amo, ante el crepitante fuego de la biblioteca. A los nietos del juez los llevaba sobre su lomo y les daba revolcones sobre el césped; y los seguía con la vista cuando se alejaban de la casa. Cuando caminaba entre los fox terriers, lo hacía con arrogancia, y despreciaba olímpicamente a Toots y a Ysabel, pues él era el rey, y reinaba sobre todos los dominios del juez Miller.

Su padre, Elmo, un enorme San Bernardo, había sido compañero inseparable del juez, y Buck llevaba el mismo camino que su progenitor. No era tan grande (solo pesaba ciento cuarenta libras^[5]), porque su madre, Shep, había sido una collie^[6] escocesa. Pero su porte era de lo más majestuoso. La caza y otros placeres de la vida al aire libre le habían servido para rebajar grasas y endurecer sus músculos; y su afición al agua fría, que le venía de raza, fue para su cuerpo un tónico que lo mantenía en forma.

Esta era la vida de perro que Buck llevaba en el otoño de 1897, cuando el hallazgo del Klondike^[7] arrastró a hombres de todo el mundo hasta las tierras heladas del norte. Pero Buck no leía los periódicos e ignoraba que Manuel, uno de los ayudantes del jardinero, era un tipo indeseable.

El juez asistía a una reunión de la Asociación de Vinateros, y los chicos se dedicaban a organizar un club de atletismo aquella noche en la que Manuel perpetró su traición. Nadie lo vio salir con Buck y cruzar el huerto. El mismo Buck creía que iban a dar un paseo. Y nadie los vio llegar al apeadero de College Park, salvo un hombre solitario que allí estaba y que habló con Manuel, mientras unas monedas pasaban de una mano a otra.

—Ya podías envolver el paquete antes de entregarlo —gruñó el forastero, y Manuel ató una fuerte soga alrededor del cuello de Buck por debajo del collar.

—Si retuerces la cuerda, lo ahogas —dijo Manuel.

Buck había aprendido a fiarse de los hombres que conocía y admitía que la sabiduría humana era superior a la suya. Pero cuál no sería su sorpresa cuando la soga le ciñó el cuello, impidiéndole casi respirar. Se abalanzó furioso contra el hombre, que le hizo frente, lo agarró por el cuello y, con una hábil maniobra, lo tumbó de espaldas. Luego la soga se ciñó sin piedad, mientras Buck se debatía desesperado, con la lengua fuera y jadeando inútilmente. Nunca en su vida se había sentido tan irritado. Pero sus fuerzas cedieron, sus ojos se empañaron y no se enteró de que el tren se detenía y los dos hombres lo empujaban dentro del furgón de equipajes.

Cuando recobró el sentido, el ronco silbato de una locomotora en un cruce le reveló dónde estaba. A menudo había viajado con el juez y conocía bien la sensación de encontrarse en el furgón de equipajes. En sus ojos se reflejó la rabia incontenible de un rey secuestrado. El hombre le saltó al cuello, pero Buck se le adelantó. Sus fauces se cerraron sobre la mano, y solo la soltó cuando volvió a perder el sentido.

—Es que le dan ataques —dijo el hombre, ocultando la mano herida cuando el encargado del furgón acudió, al oír el forcejeo—. El jefe me ha mandado llevarlo a Frisco. Allí hay un médico de perros que dice que puede curarlo.

Más tarde, en la trastienda de un bar, en el muelle de San Francisco, el hombre sacó partido del percance.

—Solo saco cincuenta —gruñó— y no volvería a hacerlo ni por mil al contado.

Llevaba la mano envuelta en un pañuelo ensangrentado, y la pernera derecha del pantalón rasgada de la rodilla al tobillo.

—¿Cuánto sacó el otro tipo? —preguntó el tabernero.

—Cien. No lo dejaba ni por un centavo menos, así que ya me dirás.

—O sea, que son ciento cincuenta —calculó el tabernero—. Pero bien los vale o yo no sé nada de perros.

El secuestrador se quitó el vendaje ensangrentado y contempló su mano herida.

—Con tal de que no coja la rabia... —dijo.

—Descuida, que tú has de morir ahorcado —se burló el tabernero—. Anda, échame una mano antes de largarte.

Aturdido, medio muerto de asfixia, con la lengua y la garganta doloridas, Buck intentó enfrentarse a sus torturadores. Pero lo derribaron y retorcieron la soga varias veces, hasta que consiguieron limarle el grueso collar de latón que llevaba al cuello. Luego le quitaron la soga y lo metieron en un cajón de madera que parecía una jaula.

Allí permaneció el resto de aquella noche, restañando su rabia y su orgullo herido. No podía comprender lo que ocurría. ¿Qué iban a hacer con él aquellos desconocidos? ¿Por qué lo tenían encerrado en aquel cajón tan pequeño? Ignoraba las razones, pero se sentía oprimido por la sensación de que iba a sucederle algún desastre. Varias veces en el transcurso de la noche se incorporó de un salto, al oír que se entreabría la puerta del cobertizo. Esperaba ver al juez, o al menos a los chicos. Pero siempre resultaba ser la gruesa cara del tabernero, que se asomaba para echarle un vistazo a la mortecina luz de una candela.

Por la mañana llegaron dos hombres que se llevaron el cajón. Más torturadores, pensó Buck. Tenían un aspecto horrible, desharapados y sucios, y les rugió amenazadoramente por entre los barrotes. Pero ellos se limitaron a reír y a azuzarle con unos palos que Buck se apresuró a morder, hasta que se dio cuenta de que eso era justamente lo que ellos querían. Así que se quedó quieto y abatido, mientras subían la jaula a un carromato.

Los empleados de la oficina de facturación se hicieron cargo de él. Después lo trasladaron a otro compartimento. De allí pasó a un gran almacén de ferrocarriles, y acabó en el vagón de un tren expreso.

Durante dos días y dos noches el vagón se arrastró tirado por una ruidosa locomotora. Y durante dos días y dos noches Buck no probó bocado ni agua. Estaba tan furioso que gruñía a los empleados del tren, y ellos a su vez se vengaban haciéndole rabiar. Cuando se abalanzaba contra los barrotes, babeando y jadeando, redoblaban sus burlas. Gruñían, maullaban,

Su único alivio era que ya no estaba con la soga al cuello. Antes ellos habían jugado con ventaja, pero, ahora que se la habían quitado, les enseñaría quién era. Su ira no presagiaba nada bueno para el primero que se pusiera en su camino. Tenía los ojos inyectados de sangre, y se había convertido en una fiera rabiosa. Tan cambiado estaba, que ni el mismo juez lo hubiera reconocido. Hasta los empleados del tren se quedaron muy aliviados cuando lo bajaron en Seattle.

Cuatro mozos trasladaron con cautela el cajón hasta un recinto estrecho, de altos muros. Un hombre corpulento, con una zamarra roja, se adelantó y firmó el recibo al conductor. Aquel debía ser el siguiente torturador, se dijo Buck, y embistió con arrojo contra los barrotes. El hombre hizo una mueca que intentaba ser una sonrisa y tomó un hacha y un garrote.

—No se le ocurrirá soltarlo ahora, ¿verdad? —le preguntó el conductor.

—Claro que sí —contestó el hombre, y la emprendió a hachazos contra el cajón, que empezó a desvencijarse.

Los cuatro mozos que lo habían transportado salieron de estampida y se dispusieron a contemplar el espectáculo, encaramados en lo alto de un muro.

Buck se lanzó sobre las maderas, hundiéndoles los dientes y luchando furioso contra ellas. A cada golpe del hacha, él respondía con rugidos y dentelladas.

—Vamos, demonio de ojos rojos —dijo el hombre de la zamarra roja, cuando vio que había espacio suficiente para que pudiera pasar el cuerpo de Buck, al tiempo que soltaba el hacha y blandía el garrote con la mano derecha.

El perro se agazapó, tensos los músculos y con la pelambre erizada y la boca llena de espuma. Distendió súbitamente sus ciento cuarenta libras de furia acumulada durante los dos días y las dos noches de encierro y saltó. Pero, cuando sus mandíbulas se disponían a cerrarse sobre la garganta de su enemigo, recibió un golpe que le detuvo y le hizo apretar las mandíbulas de dolor. Giró en el aire y cayó al suelo.

Nunca en su vida le habían dado un garrotazo y por un momento se sintió completamente desconcertado. Luego, con un rugido que parecía más

un grito que un aullido, se levantó y saltó de nuevo.

Recibió otro golpe y cayó sobre la tierra dura. Comprendió que la culpa la tenía el garrote, pero estaba cegado por la ira. Volvió a atacar una docena de veces, y otras tantas el garrote se abatió sobre él y lo derribó.

Tras un golpe extraordinariamente violento se arrastró en dirección al hombre, demasiado aturdido para volver a atacar. Hilillos de sangre fluían de su hocico, su boca y sus oídos, y veteaban su fina y hermosa piel. Entonces el hombre avanzó y le descargó deliberadamente un golpe terrible en el hocico. Todos los dolores que acababa de sufrir no fueron nada comparados con la refinada crueldad de este. Por última vez volvió a atacar. Pero el hombre aún le reservaba un último golpe, y Buck rodó sin sentido.

—¡Vaya! ¡Este no se anda con rodeos a la hora de domar un perro! —gritó entusiasmado uno de los hombres sentados en el muro.

Buck recuperó el sentido, pero no las fuerzas. Tendido en el lugar donde había caído, observaba al hombre de la zamarra roja, que se puso a leer con esfuerzo la carta en que el tabernero le anunciaba el envío del perro.

—Responde al nombre de Buck —leyó—. Bueno, hombre —se dirigió al perro—, ya hemos luchado bastante. Lo mejor que puedes hacer es pasar por el aro. Ya sabes cuál es tu papel. Si te portas bien, todo marchará sobre ruedas. Pero, si te portas mal, te arrancaré el pellejo a tiras. ¿Te enteras?

Así hablaba mientras acariciaba sin temor la cabeza que tan despiadadamente había golpeado. Al sentir el roce de aquella mano, a Buck se le pusieron los pelos de punta, pero lo soportó sin protestar. Cuando el hombre le llevó agua, la bebió con ansiedad y luego devoró una buena ración de carne cruda, tomando de su mano un pedazo tras otro.

Le habían vencido, pero no estaba derrotado. Comprendió, de una vez y para siempre, que no podía enfrentarse a un hombre con garrote. El sentido de la vida adquirió para él un aspecto más salvaje. No se arredraría, pero desde entonces emplearía toda la astucia que se había despertado en su naturaleza.

Con el paso de los días llegaron otros perros, en jaulas de madera o atados con sogas. Unos eran más o menos mansos y otros rabiaban y rugían, pero todos acabaron sometándose a la autoridad del hombre de la zamarra

roja. Una y otra vez, mientras contemplaba cada una de aquellas actuaciones brutales, Buck recordaba la lección aprendida: un hombre con garrote es la ley, un amo al que hay que obedecer, aunque no se le llegue a aceptar. Buck nunca lo hizo, pese a que había perros apaleados que se humillaban ante aquella mano y la lamían meneando la cola.

También vio a un perro que no estaba dispuesto a ceder ni a obedecer, y que acabó por morir en aquella lucha por el dominio.

Llegaban hombres, forasteros, que hablaban con gran animación y en todos los tonos con el hombre de la zamarra roja, y a veces se llevaban un perro o varios. Buck se preguntaba adónde irían, pues nunca regresaron; pero sentía un gran temor ante el futuro y se alegraba por no ser elegido.

Cuando le llegó su hora, fue bajo la forma de un hombrecillo que chapurreaba un inglés incorrecto, mezclado con mil juramentos incomprensibles.

—*Sacredam!*^[8] —exclamó, al echarle la vista encima a Buck—. Peggo de buena ggaza, ¿eh? ¿Cuánto?

—Trescientos, y es regalado —contestó rápidamente el de la zamarra roja—. No irás a quejarte, ¿eh, Perrault?, que pagas con dinero del Gobierno.

Perrault sonrió. Teniendo en cuenta que el precio de los perros se había puesto por las nubes por la extraordinaria demanda que había de ellos, era una suma razonable para aquel hermoso animal. El Gobierno canadiense no saldría perdiendo ni su correo viajaría más despacio. Perrault entendía de perros, y en cuanto vio a Buck comprendió que era un fuera de serie. «Muy fuera de serie», se dijo mentalmente.

Buck vio que el dinero pasaba de una mano a otra y no le sorprendió que el hombrecillo arrugado se fuera con él y con Curly, una dócil perra de Newfoundland^[9]. Fue la última vez que vio al hombre de la zamarra roja y también la última que contempló las cálidas tierras del Sur, mientras desde el vapor *Narwhal* él y Curly miraban alejarse la ciudad de Seattle.

Perrault se los llevó bajo cubierta y los dejó al cuidado de un gigantón de cara negra llamado François. Perrault era francocanadiense y de piel morena, pero François era además mestizo y tenía la piel mucho más

oscura. Para Buck pertenecían a una raza de hombres desconocida. Aunque no llegó a cobrarles afecto, aprendió a respetarlos. Pronto advirtió que Perrault y François eran hombres honrados, serenos e imparciales a la hora de administrar justicia, y lo bastante acostumbrados a tratar con perros como para no dejarse engañar por ellos.

En el entrepuente del *Narwhal*, Buck y Curly se encontraron con otros dos perros. Uno era un ejemplar grande y blanco como la nieve, al que llamaban Spitz. Parecía cordial, pero resultaba un tanto traicionero, y sonreía abiertamente mientras cavilaba alguna perrería como, por ejemplo, cuando le robó a Buck parte de su ración la primera vez que comieron juntos. Buck se abalanzó para darle una lección, pero en ese momento el látigo de François restalló por el aire castigando al culpable, y Buck solo tuvo que recoger el hueso. Pensó que François se había portado con honradez, y empezó a subir puntos en su estima.

El otro perro era muy reservado y no intimaba con nadie, aunque tampoco robó nada a los recién llegados. Era hosco y taciturno, y enseguida hizo ver a Curly que solo quería que lo dejaran en paz y, además, que si no lo respetaban se verían en apuros. Se llamaba Dave y se pasaba todo el tiempo comiendo y durmiendo, o bostezando entre una cosa y otra, sin interesarse por nada, ni siquiera cuando el *Narwhal* cruzó el estrecho de la Reina Carlota^[10] y empezó a balancearse y a cabecear como si estuviera endemoniado.

Buck y Curly se pusieron muy nerviosos, medio enloquecidos de miedo, pero él alzó la cabeza con fastidio, les lanzó una mirada indiferente, bostezó y volvió a dormirse.

El vapor se movía día y noche, siguiendo el incansable pulso de su hélice. Aunque los días transcurrían de modo muy similar, Buck se percató de que cada vez hacía más frío. Por fin, una mañana, la hélice se detuvo y una atmósfera de excitación invadió el *Narwhal*. Buck la percibió, al igual que los otros perros. François les puso las correas y los subió a cubierta. En cuanto dio un paso sobre aquella fría superficie, las patas de Buck se hundieron en algo blanco y fofo que parecía barro.

Saltó hacia atrás con un bufido. En el aire caían más formas blancas. Se sacudió, pero siguieron cayéndole encima. Las olisqueó, curioso, y luego lamió algunas con la lengua. Quemaban como fuego y enseguida desaparecían. Eso le intrigó. Repitió la operación con igual resultado. Algunas personas lo observaban riendo a carcajadas, y a Buck le dio vergüenza sin saber por qué. Era la primera vez que veía nieve.

Capítulo 2

La ley del garrote y el colmillo

EL PRIMER DÍA QUE BUCK PASÓ EN LA PLAYA DE DYE^[11] FUE COMO UNA pesadilla. Cada hora le reservaba una sorpresa desagradable. Lo habían arrancado del corazón de la civilización para arrojarlo al mundo primitivo. Esta no era una vida indolente y soleada, sin más quehaceres que holgazanear y pasar el rato. Aquí no había paz ni descanso. Todo era confusión y actividad y, a cada momento, su vida o su cuerpo estaban en peligro. Era necesario mantenerse todo el tiempo alerta, pues aquellos perros y aquellos hombres no eran perros ni hombres civilizados. Eran bestias, y no conocían más ley que la del garrote y el colmillo.

Nunca había visto perros que peleasen como aquellos seres alobunados. Su primera experiencia le enseñó una lección inolvidable. Ciertamente fue una experiencia ajena, pues si hubiera sido propia no habría vivido para aprovecharse de ella. Curly fue la víctima. Habían acampado cerca de la leñera y ella, con su natural cordialidad, se acercó a un perro esquimal del tamaño de un lobo adulto y ni siquiera la mitad de grande que ella.



No hubo aviso previo, sino una embestida fulminante, un entrechocar de dientes y una retirada igualmente veloz. La cara de Curly quedó rajada desde el ojo a la quijada.

Así peleaban los lobos: atacaban y se retiraban. Pero aún le quedaba por ver más. Treinta o cuarenta perros esquimales acudieron al lugar y rodearon

a los combatientes. Buck no comprendía aquel tenso silencio, ni tampoco la ansiedad con que se relamían los hocicos. Curly corrió tras su adversario, que la volvió a atacar y se retiró hacia un lado. Hizo frente a la siguiente acometida de Curly con el pecho, de modo que la derribó. Ella ya no volvió a enderezarse. Esto era lo que los otros perros esquimales estaban esperando. Se abalanzaron sobre ella, gruñendo y ladrando, y quedó aprisionada, gritando de dolor, bajo una mole de cuerpos peludos.

Todo fue tan repentino que Buck se quedó desconcertado. Vio que Spitz sacaba su lengua de aquel modo que en él significaba que se estaba riendo; y vio a François que, blandiendo un hacha, cargaba sobre los perros. Tres hombres con garrotes le ayudaron a dispersarlos. No les llevó mucho tiempo. Pero ella yacía allí, tiesa y sin vida, sobre la nieve ensangrentada, prácticamente destrozada, y François, de pie junto a ella, lanzaba horribles juramentos.

A menudo esa escena venía a turbar los sueños de Buck. Así que aquellas eran las reglas. No se jugaba limpio. Si caías, estabas perdido. Bueno, ya procuraría él no caer. Spitz volvió a sacar la lengua y a reír, y desde ese momento Buck lo aborreció para siempre.

Aún no se había recuperado de la trágica muerte de Curly cuando recibió otro golpe. François le echó encima un aparejo de correas y hebillas. Era un arnés semejante al que había visto poner a los mozos sobre los lomos de los caballos del juez Miller. Y lo mismo que había visto faenar a los caballos tuvo que ponerse a trabajar él y arrastrar a François en un trineo hasta el bosque, para llevar leña.

A Buck no le gustaba ser tratado como un animal de carga, pero fue lo suficientemente prudente como para no oponerse. François era duro; exigía obediencia inmediata y la conseguía gracias a su látigo; y Dave, que era un experimentado perro zaguero^[12], mordisqueaba los cuartos traseros de Buck cuando este se equivocaba. Spitz iba en cabeza y también era un experto; pero, como no alcanzaba a Buck, le lanzaba un gruñido de aviso de vez en cuando o desviaba las riendas con su peso. Con las enseñanzas combinadas de sus dos camaradas y de François, Buck pronto hizo extraordinarios progresos. Antes de que regresaran al campamento ya sabía

que había que detenerse con un «¡so!», avanzar con un «¡arre!», tomar las curvas bien abiertas y mantenerse lejos del zaguero cuando, en una pendiente, el trineo cargado se le venía encima.

—Tges peggos buenísimos —dijo François a Perrault—. Ese Buck tigga como demonio. Yo enseñagle muy pgonto.

Esa tarde, Perrault, que tenía prisa por ponerse en camino con el correo, regresó con dos perros más. Dijo que se llamaban Billee y Joe. Eran dos hermanos y esquimales de pura cepa. Pero, aunque hubiesen nacido de la misma madre, eran tan distintos como el día y la noche. Billee tenía el defecto de ser demasiado amable, mientras Joe era lo contrario: hosco, introvertido y de mirada torva. Buck los acogió con camaradería, Dave los ignoró y Spitz se dedicó a pelearse primero con uno y luego con el otro.

Billee agitó la cola con gesto apaciguador, echó a correr al ver que eso no le servía de nada y gritó cuando los afilados dientes de Spitz se hundieron en su lomo.

Con Joe era distinto. Por más vueltas que dieran, Spitz siempre se encontraba con que Joe le hacía frente y le lanzaba dentelladas, con el pelo erizado, las orejas hacia atrás y los ojos brillantes. Tan terrible era su aspecto que Spitz tuvo que renunciar a someterlo. Para disimular su propia incomodidad, atacaba a Billee siempre que tenía ocasión.

Al atardecer, Perrault llegó con otro perro, un viejo esquimal, largo, flaco y demacrado, con la cara llena de cicatrices y un solo ojo que proclamaba sus hazañas. Se llamaba Sol-leks, que significa «el iracundo». Como Dave, no pedía ni esperaba nada. Pero tenía una peculiaridad, que Buck tuvo la desgracia de descubrir: le molestaba que se le acercasen por el lado donde le faltaba el ojo. Buck lo ofendió sin darse cuenta y Sol-leks se revolvió contra él y le desgarró el hombro hasta el hueso, con una herida de tres pulgadas^[13]. Desde entonces Buck evitó acercársele por el lado ciego. Al parecer solo tenía una ambición, lo mismo que Dave, y era que lo dejaran en paz. Pero, como Buck descubriría más adelante, ambos tenían otra ambición más importante.

Aquella noche Buck se enfrentó con el problema de dormir. Cuando, con toda naturalidad, se introdujo en la tienda donde yacían Perrault y

François, estos lo recibieron entre maldiciones y le arrojaron cacharos de cocina hasta hacerle huir ignominiosamente al frío exterior. Soplaban un viento que lo atenazaba sin piedad y que notaba con mayor intensidad en el hombro herido. Se echó en la nieve e intentó dormir, pero la helada le obligó a ponerse en pie tiritando.

Triste y desconsolado, Buck anduvo errante entre las tiendas. De vez en cuando se topaba con los perros salvajes, pero erizaba el pelo y gruñía, y lo dejaban pasar sin molestarlo.

Por fin se le ocurrió una idea. Regresaría a ver cómo se las arreglaban sus compañeros de tiro. Todos habían desaparecido. ¿Dónde demonios estarían? Con el rabo entre las patas y temblando, se puso a dar vueltas. De repente, la nieve cedió y se hundió en el suelo. Algo se agitó bajo sus patas. De un salto se echó atrás, pero un ladrido amistoso lo tranquilizó y se acercó a investigar. Una bocanada de aire tibio subió hasta su hocico. Allí, hecho un ovillo bajo la nieve, estaba Billee. Con un gesto de cordialidad, el perro enterrado lamió la cara de Buck con su lengua tibia y húmeda.

Así que eso era lo que hacían. Con gran aplomo, Buck eligió un sitio y cavó un agujero. En un instante, el calor de su cuerpo llenó aquel reducido espacio y se quedó profundamente dormido.

Abrió los ojos al oír los ruidos del campamento que se espabilaba. Estaba completamente enterrado, y las paredes de nieve lo oprimían. De repente lo invadió el miedo que siente una bestia ante una trampa. Era un temor ancestral, procedente sin duda de sus antepasados, porque él era un perro civilizado y no había conocido trampa alguna. Todos los músculos de su cuerpo se contrajeron instintivamente, los pelos del cuello y del lomo se le erizaron y, con un rugido feroz, saltó hacia la luz cegadora, envuelto en una nube de nieve.

Antes de que sus patas tocaran el suelo vio el blanco campamento. Supo dónde estaba y recordó todo lo sucedido, desde el momento en que salió a dar un paseo con Manuel hasta el agujero excavado la noche anterior.

Un grito de François acogió su aparición.

—¿No te digo? —le gritó el conductor de trineos a Perrault—. Ese Buck apgende muy ggápido.

Perrault asintió solemnemente. Como correo del Gobierno canadiense y portador de importantes despachos, le interesaba hacerse con los mejores perros y estaba encantado de tener a Buck.

Al cabo de una hora había añadido al equipo otros tres esquimales, con lo cual ya disponían de nueve perros, y en menos de un cuarto de hora marchaban todos con los arneses puestos y enfilaban el sendero que conduce al cañón de Dyea.

Buck se alegró de partir. Le sorprendió la animación del equipo, que se le había contagiado; pero aún más asombroso le parecía el cambio efectuado en Dave y en Sol-leks. Eran otros perros; profundamente transformados por el arnés, habían perdido toda su pasividad e indiferencia y se habían vuelto animosos y decididos.

Dave iba como perro zaguero. Delante de él iba Buck y luego Sol-leks. El resto del equipo se alineaba en fila india hasta llegar a Spitz, que iba en cabeza.

A Buck lo habían colocado a propósito entre Dave y Sol-leks, para que aprendiese. Si él era un discípulo aventajado, los demás eran hábiles maestros, que nunca lo dejaban persistir en un error y reforzaban sus enseñanzas con la marca de sus dientes. Dave era honrado y muy prudente. No mordía a Buck sin motivo, pero nunca dejaba de morderlo cuando necesitaba un correctivo. El látigo de François lo respaldaba.

Antes de que terminara el día había dominado tan bien aquel arte que sus compañeros apenas necesitaban hostigarle. El látigo de François restallaba con menos frecuencia, y hasta Perrault le hizo a Buck el honor de levantarle las patas y examinárselas con cuidado.

Costó un día de marchas forzadas llegar al cañón. Entrada la noche, llegaron al enorme campamento que hay en la cabecera del lago Bennett, donde miles de buscadores de oro se dedicaban a construir embarcaciones en previsión de los deshielos primaverales. Buck abrió un agujero en la nieve, y debido al agotamiento se durmió rápidamente. A la mañana siguiente, lo sacaron de su fría oscuridad y lo engancharon al trineo con sus compañeros.

Aquel día hicieron cuarenta millas^[14], pues la pista estaba firme, pero muchos de los siguientes tuvieron que irse abriendo camino, y eso les costaba más trabajo. Por lo general, Perrault iba por delante de la expedición, pisando la nieve con raquetas para facilitarles el trabajo. François, que guiaba el trineo, cambiaba a veces el puesto con él, aunque no con mucha frecuencia. Perrault tenía prisa y se jactaba de su pericia en el hielo, conocimiento que resultaba indispensable porque la capa de hielo en otoño era muy delgada.

Día tras día, Buck se afanaba en el tiro. Se ponían en camino cuando aún era de noche, y las primeras luces del amanecer los encontraban con un buen recorrido tras ellos. Y siempre acampaban bien entrada la noche. Comían un poco de pescado y se refugiaban en sus agujeros bajo la nieve. Buck estaba famélico. La libra y media de salmón seco que recibía al día no le alcanzaba ni para un diente. Nunca quedaba saciado y el hambre le producía retortijones. Sin embargo, los demás perros, como eran de menor tamaño y estaban acostumbrados a esa vida, solo recibían una libra de pescado y se las arreglaban para mantenerse en forma.

Pronto perdió la delicadeza de sus costumbres anteriores. Había sido un comedor refinado, pero se encontró con que sus compañeros, que comían con mayor rapidez, le robaban los restos de su ración. Y no había modo de defenderla. Mientras peleaba con dos o tres, los demás se la quitaban. Así que para evitarlo tenía que comer tan aprisa como ellos. Tanto le acuciaba el hambre que no podía resistirse a coger lo que no le pertenecía. Cuando vio que Pike, uno de los perros nuevos, robaba taimadamente una loncha de tocino mientras Perrault estaba de espaldas, al día siguiente Buck emuló la hazaña y se llevó el tocino entero. Se armó un gran revuelo, pero nadie sospechó de él; y a Dub, un patoso incorregible que siempre se metía en líos, lo castigaron por su fechoría.

Aquel primer robo fue indicio de que Buck podría sobrevivir en el hostil ambiente de las tierras del Norte. Expresaba su adaptabilidad, su capacidad para sobrevivir y acomodarse a las condiciones cambiantes. Y además indicaba la relajación de sus valores morales, algo vano e inútil en la despiadada lucha por la existencia. Todo ello estaba muy bien allá en el Sur,

donde reinaban la ley del amor y el compañerismo y donde se respetaban la propiedad privada y los sentimientos personales. Pero en las tierras del norte, bajo la ley del garrote y el colmillo, nadie podía prosperar si tenía demasiados escrúpulos.

Claro está que Buck no llegaba a verlo de ese modo. Estaba sano, y se limitaba a acomodarse a su nuevo estilo de vida. Nunca hasta entonces había evitado una pelea, por desventajosa que pudiera parecerle. Pero el garrote del hombre de la zamarra roja le había enseñado un código más elemental y primitivo. Ahora, sus consideraciones morales se reducían a salvar el pellejo. No robaba por el placer de hacerlo, sino porque el estómago se lo exigía. No robaba abiertamente sino con astucia y sigilo, por temor al garrote y al colmillo.

Su desarrollo o su regresión, como quiera llamarse, fue veloz. Los músculos se le endurecieron como el hierro, y se volvió insensible al dolor común. Era capaz de comer cualquier cosa, por repugnante o indigesta que pareciese. Y, una vez la había comido, los jugos de su estómago extraían de aquello hasta la última partícula nutritiva. Su vista y su olfato se afinaron sobremanera, y su oído se hizo tan agudo que podía oír el menor sonido mientras dormía, y distinguir si presagiaba calma o peligro. Su habilidad más destacada era la capacidad que tenía para olfatear el viento y predecir su rumbo con una noche de antelación.

No solo aprendía de la experiencia. Algunos instintos que ya llevaban mucho tiempo muertos renacieron en él. Se liberó de generaciones de vida doméstica. De un modo vago se le representaban los primeros tiempos de su raza, cuando los perros salvajes corrían en manadas por los bosques primitivos y mataban a su presa cuando tenían hambre. No le costó trabajo aprender a matar a dentelladas. Así habían luchado sus remotos antepasados. Las costumbres ancestrales se le revelaron sin esfuerzo ni búsqueda. Y cuando, en las noches frías, alzaba el hocico hacia una estrella y lanzaba un aullido largo, de lobo, en él revivían sus ancestros, ya muertos y convertidos en polvo, aullando a una estrella durante siglos.

Como la vida solo es un teatro de marionetas, la antigua llamada brotaba de su garganta y se hacía suya, todo porque los hombres habían

encontrado un metal amarillo en las tierras del Norte y porque el salario de Manuel, ayudante de jardinero, no bastaba para cubrir las necesidades de su familia.



Capítulo 3

El dominio de la bestia primitiva

LA BESTIA PRIMITIVA DOMINABA EN EL INTERIOR DE BUCK. POCO A POCO IBA aumentando su influjo, bajo las terribles condiciones de la vida sobre los caminos helados. Pero todo ocurría en secreto. La astucia recién adquirida le daba aplomo y control. No solo no se metía en peleas, sino que las evitaba cuando podía. Pese al odio amargo que había entre él y Spitz, nunca daba muestras de impaciencia y procuraba no ofenderlo.

En cambio, y acaso por presentir que Buck era un poderoso rival, Spitz nunca perdía la ocasión de enseñarle los dientes. Intentaba intimidarlo, y siempre estaba a punto de empezar una pelea que acabaría irremisiblemente con la muerte de uno de los dos.

Cierto día llegaron a orillas del lago Le Barge. La fuerte nevada, el viento cortante y la oscuridad los obligaron a buscar a tientas un lugar donde acampar. A sus espaldas se elevaba un muro perpendicular de roca. Como habían abandonado la tienda para viajar con menos peso, Perrault y François extendieron los sacos de dormir sobre la nieve. Encendieron una hoguera y cenaron al leve fulgor de las llamas.

Buck cavó su nido bajo la protección de la roca. Se encontraba tan cómodo y caliente que tuvo que esforzarse para salir cuando François repartió el pescado, recién descongelado sobre la lumbre. Cuando Buck terminó su ración y volvió a su refugio, lo encontró ocupado. Un bufido amenazador le avisó de que el intruso era Spitz. Había evitado enfrentarse a su enemigo, pero aquello era demasiado. La bestia que había en él se

sublevó. Saltó sobre él con una rabia que sorprendió a ambos, pero sobre todo al propio Spitz, pues su trato con Buck le había convencido de que era un perro extraordinariamente tímido que solo sobrevivía gracias a su corpulencia.

A François también le sorprendió verlos saltar junto al cubil, enzarzados en una pelea.

—¡Adelante, adelante! —animó a Buck, adivinando el motivo de la disputa—. ¡Dale bien duggo! ¡Enséñale a ese ceggdo ladgón todo lo que sabes!

También Spitz estaba lanzado. Aullaba con rabia, girando y retrocediendo en busca de una ocasión para atacar. Buck no se mostraba menos furioso ni menos precavido. Saltaba y esquivaba, preparando el asalto. Pero entonces sucedió algo imprevisto, que aplazaría su lucha por la supremacía.

Una maldición de Perrault, el seco impacto de un garrote sobre un cuerpo huesudo y un penetrante gemido fueron el anuncio de la confusa algarabía que se formó a continuación. De pronto, el campamento apareció poblado por acechantes formas peludas: casi un centenar de perros esquimales hambrientos, que habían husmeado la comida desde muy lejos. Se habían acercado furtivamente, mientras Buck y Spitz peleaban. Y, cuando los dos hombres se plantaron en medio de ellos blandiendo sus gruesos garrotes, les enseñaron los dientes y les hicieron frente.

Perrault encontró a uno con la cabeza metida en el cajón de provisiones. Descargó un garrotazo sobre sus flacas costillas y el cajón se volcó sobre la nieve. Al instante, una veintena de bestias famélicas se disputaron el pan y el tocino. Los garrotazos les llovían por todas partes, y gemían y aullaban bajo los golpes, pero seguían peleando enloquecidos.

Mientras, los asombrados perros del equipo habían abandonado sus cobijos. Buck nunca había visto perros como aquellos. Parecían esqueletos envueltos en sucias pieles, con ojos resplandecientes y babeantes colmillos. No había modo de hacerles frente. Al primer ataque, los perros del equipo quedaron acorralados contra el muro. Acosado por tres perros esquimales,

Buck pronto tuvo la cabeza y los hombros cubiertos de rasguños y desgarrones.

El estruendo era espantoso. Como de costumbre, Billee gemía. Dave y Sol-leks, sangrando por un sinfín de heridas, luchaban valientemente uno al lado del otro. Joe daba dentelladas como un demonio. Sus dientes agarraron la pata delantera de un perro esquimal y se la partieron. Pike, el taimado, saltó sobre el animal herido y le quebró el cuello de un mordisco. Buck agarró a un adversario por la garganta y le cortó la yugular con los dientes. El sabor de la sangre tibia le provocó una ferocidad mayor. Se abalanzó sobre otro perro, al tiempo que unos dientes se hundían en su propia garganta. Era Spitz, que le atacaba a traición.

Perrault y François, que habían conseguido despejar momentáneamente el campamento de perros atacantes, acudieron a salvar a sus perros de trineo. Al verlos, las bestias famélicas retrocedieron y Buck se soltó, pero solo por un instante. Los dos hombres tuvieron que volver corriendo a proteger las provisiones, y los perros esquimales aprovecharon para atacar de nuevo al equipo. Billee, con el valor que da el terror, saltó por encima del círculo feroz y huyó sobre la superficie helada. Pike y Dub lo siguieron, y el resto del equipo siguió su ejemplo.

Luego, los nueve perros del equipo se reunieron para buscar refugio en el bosque. Aunque ya no los perseguían, se hallaban en un estado lastimoso. Todos tenían heridas en cuatro o cinco sitios distintos, y algunas de gravedad. Al amanecer regresaron cautelosamente al campamento, y se encontraron con que los dos hombres estaban de mal humor. Los intrusos se habían marchado, pero no sin devorar antes más de la mitad de las provisiones. Habían llegado a comerse un par de mocasines de piel de alce de Perrault, trozos del cuero de las correas e incluso medio látigo de François. Este interrumpió la triste contemplación del campamento saqueado para echar un vistazo a sus perros heridos.

—¡Ay, mis amigos! —dijo con suavidad—. Puede que vosotgos os volváis locos con tantos mogdiscos. Puede que todos peggos locos. *Sacredam!* ¿Tú que cgees, eh, Perrault?

El correo movió la cabeza, dubitativo. Le quedaban cuatrocientas millas de camino para llegar a Dawson, y temía que la rabia afectase a sus perros.

Al cabo de dos horas de jurar y pelear con los arneses acabaron por arreglarlos, y el maltrecho equipo se puso en camino, avanzando penosamente sobre el tramo más difícil que les quedaba hasta llegar a Dawson.

El río Thirty Mile no se había helado. Sus aguas bravías se negaban a congelarse, y solo en los remolinos y en los remansos se había formado un poco de hielo. Tardaron seis días agotadores en recorrer aquellas terribles treinta millas. Pero Perrault no se arredraba ante nada, y por eso le habían elegido como correo del Gobierno. Afrontaba cualquier riesgo, avanzando resueltamente con su cara arrugada en medio del viento helado, y trabajaba sin descanso desde el amanecer hasta la noche. Recorría las peligrosas orillas donde el hielo era tan fino que se quebraba bajo sus pies y demasiado peligroso para detenerse.

En una ocasión se hundió el trineo con Dave y Buck, y tuvieron que sacarlos del agua medio ahogados. Hubo que encender una hoguera para salvarlos, y los dos hombres los hicieron correr alrededor del fuego hasta que se les derritió el hielo y el pelo se les chamuscó. En otra ocasión fue Spitz quien se hundió, arrastrando tras sí a todo el equipo menos a Buck, que frenó la caída con las patas delanteras aferradas al borde resbaladizo y el hielo quebrándose a su alrededor. Pero detrás de Buck estaba Dave, que también intentaba evitar la caída, y tras el trineo se hallaba François, tirando con tal fuerza que se oían crujir sus tendones.

Para cuando llegaron al Hootalinqua, donde el hielo estaba en buenas condiciones, Buck se encontraba extenuado. El resto de los perros se encontraba más o menos como él, pero Perrault para recuperar el tiempo perdido, los hizo trabajar de sol a sol. El primer día cubrieron treinta y cinco millas hasta el Big Salmon, y al día siguiente otras treinta y cinco hasta el Little Salmon. El tercer día hicieron cuarenta millas, con lo cual llegaron bastante cerca del Five Fingers.

Los pies de Buck no eran tan compactos ni estaban tan endurecidos como los de los perros esquimales. Los suyos se habían reblandecido a

través de muchas generaciones, desde que un habitante de las cavernas o un hombre del río había domesticado al último de sus antepasados en estado salvaje.

Se pasaba todo el día cojeando penosamente, y cuando llegaba el momento de acampar se echaba al suelo como si estuviera muerto. Pese al hambre, era incapaz de levantarse para ir en busca de su ración de pescado y François tenía que acercársela. Además, el perrero adoptó la costumbre de frotar los pies de Buck cada noche durante media hora, y sacrificó la parte alta de sus mocasines para hacerle una suerte de zapatos. Eso alivió mucho a Buck y le dio tiempo para que sus pies se acostumbraran a la marcha sobre los caminos helados.

Una mañana, a orillas del Pelly, Dolly enloqueció de repente. Anunció su transformación con un aullido largo y penoso, que hizo que los pelos de sus compañeros se erizaran de pavor, y luego se abalanzó sobre Buck. Este nunca había visto un perro rabioso, pero intuyó el peligro y huyó aterrorizado. Dolly, babeante, se lanzó en su persecución. Un cuarto de milla después, Buck oyó que François lo llamaba y volvió hacia él, sintiendo que la perra lo perseguía a corta distancia. Se encontraba sin aliento, pero confiaba ciegamente en que François lo salvaría. El perrero sostenía el hacha en una mano. En cuanto Buck pasó a toda velocidad ante él, el hacha se abatió sobre la cabeza de la enloquecida Dolly.



Buck cayó tambaleándose junto al trineo, exhausto y jadeante. Aquella era la oportunidad que esperaba Spitz. Se abalanzó sobre Buck y clavó dos veces los dientes en su indefenso enemigo, desgarrándole la carne hasta el hueso. Entonces se oyó restallar el látigo de François, y Buck tuvo la

satisfacción de contemplar cómo Spitz recibía la paliza mayor que hasta entonces se había dado a un perro del equipo.

—¡Un demonio, ese Spitz! —comentaba Perrault—. Un día él matagg al Buck.

—Dos demonios, ese Buck —le contestó François—. Todo el ggato obsegvo a Buck y sé lo que va a pasagg. Migga: un buen día, al Buck se le van a hinchagg las naggices y va a machacagsc al Spitz y a vomitaglo en la nieve. Seguggo. Yo lo sé.

De ahí en adelante se declaró la guerra entre ambos perros. Como perro guía y jefe del equipo, Spitz sentía su supremacía amenazada por aquel extraño perro sureño. Y en verdad Buck le parecía extraño, pues ninguno de los numerosos perros sureños que había conocido había llegado a dar resultado en la vida de campamento o en las pistas. Todos eran demasiado blandos y morían de agotamiento, de frío o de hambre. Buck era la excepción. Solo él había conseguido igualarse a los perros esquimales en fuerza, ferocidad y astucia. Además era un perro dominante, y el hecho de que el garrote del hombre de la zamarra roja hubiese suprimido en él la voluntad de dominio lo hacía aún más peligroso.

Era inevitable que se produjese la lucha por el mando. Buck amenazaba abiertamente el liderazgo del otro perro. Se interponía entre él y los más perezosos, a los que debía castigar. Una noche cayó una gran nevada y por la mañana el taimado de Pike no aparecía. Estaba bien oculto en su refugio, bajo más de un palmo de nieve. François lo llamaba y lo buscaba en vano. Spitz estaba furioso. Recorrió el campamento como un loco, buscando y escarbando en los puntos que le parecían más propicios y gruñendo con tal rabia que Pike le oyó y se estremeció en su escondite.

Pero, cuando al fin dieron con él y Spitz se abalanzó para castigarlo, Buck se interpuso con furia entre los dos. El salto fue tan inesperado y tan hábil que Spitz, perdiendo el equilibrio, cayó hacia atrás. Pike, que hasta entonces había estado temblando como un cobarde, cobró ánimos ante la rebeldía declarada de Buck y saltó sobre su jefe derribado. Buck, que ya había olvidado las reglas del juego limpio, también se abalanzó sobre Spitz.

Pero François, siempre dispuesto a administrar justicia, descargó su látigo sobre Buck con todas sus fuerzas. Cómo ni aun así Buck dejaba en paz a su postrado enemigo, el hombre utilizó el mango del látigo. Medio atontado por el golpe, Buck cayó de espaldas y aguantó un buen número de latigazos, mientras Spitz castigaba a conciencia al incorregible Pike.

El resto de los días, y mientras se acercaban a Dawson, Buck siguió interponiéndose entre Spitz y los demás perros del trineo. Pero lo hacía muy astutamente, cuando François estaba lejos. Como consecuencia de la encubierta rebelión de Buck, se produjo una insubordinación general que fue propagándose entre los perros. A Dave y a Sol-leks no les afectó, pero el resto del equipo iba de mal en peor. Continuamente se producían riñas y alborotos, y en el fondo de todos los problemas estaba Buck.

François se mantenía alerta. Temía la lucha a muerte que ocurriría entre los dos perros tarde o temprano; y más de una noche hubo de salir de su saco de dormir al oír las peleas entre otros perros, temeroso de que Buck y Spitz se hubieran enfrentado.

Pero la oportunidad no llegó a presentarse, y así llegaron a Dawson en una tarde gris, con la gran pelea aún pendiente. Allí había muchos hombres e innumerables perros y Buck se encontró a todos trabajando. Parecía como si en el orden natural de las cosas estuviera dispuesto que los perros tuvieran que trabajar. Durante todo el día recorrían la calle principal atados en largos tiros y por la noche aún sonaban sus cascabeleos. Arrastraban maderos para la construcción y leña para el fuego, acarreaban material de las minas y realizaban todas las tareas que en el valle de Santa Clara se asignaban a los caballos.

Raramente Buck se encontraba con un perro sureño. La mayor parte de ellos pertenecían a la raza salvaje de los perros esquimales. Cada noche, con regularidad, a las nueve, a las doce y a las tres, entonaban un canto nocturno, una suerte de balada mágica a la que Buck se unía encantado.

Era una tonada antigua, tan antigua como la misma especie, una de las primeras baladas de un mundo más joven, en aquellos tiempos en que las canciones solían ser tristes. Estaba impregnada del dolor de incontables generaciones, lo que conmovía extrañamente a Buck. Y el hecho de que

esto lo conmoviera tan profundamente era indicio de que había retrocedido, a través de siglos de vida domesticada, hasta los primitivos comienzos.

A los siete días de haber llegado a Dawson, se pusieron en marcha y recorrieron cincuenta millas en un día, hasta llegar a Sixty Mile. Pero aquella velocidad extraordinaria se conseguía solo gracias a grandes esfuerzos. La rebelión encabezada por Buck había destruido la solidaridad del equipo. Ya no corrían como un solo perro sobre los caminos. El apoyo que Buck prestaba a los rebeldes les permitía cometer todo tipo de fechorías. Spitz había perdido autoridad. Una noche, Pike le robó medio pescado y se lo comió bajo la protección de Buck. Otra noche, Dub y Joe se enfrentaron a Spitz y tuvo que renunciar a castigarlos como se merecían. Hasta el buenazo de Billee parecía menos buenazo y conciliador que antes.

La ruptura de la disciplina afectó también a los perros en sus relaciones entre sí. Reñían y se peleaban más que nunca, hasta el punto de que a veces el campamento se convertía en una algarabía de aullidos. El látigo de François silbaba sin parar, pero de nada servía. François sabía que Buck era el causante de todos los problemas, y Buck sabía que François lo sabía; pero el perro era demasiado listo para dejarse pillar con las manos en la masa. Trabajaba con empeño en el tiro, pues le gustaba arrastrar el trineo. Pero aún le gustaba más provocar disimuladamente una pelea entre sus compañeros y hacer que las riendas se enredasen.

En la desembocadura del Tahkeena, una noche después de cenar, Dub avistó un conejo de las nieves, pero se le escapó y no logró atraparlo. Al momento, todo el equipo se puso en pie de guerra. A unos cien metros de ellos había un campamento de la Policía del Noroeste, con cincuenta perros, todos ellos esquimales, que se sumaron a la persecución. El conejo salió disparado, enfiló hacia un brazo del río y siguió corriendo por su lecho helado. Buck iba en cabeza seguido por unos sesenta perros, pero no conseguía darle alcance.

Hay un éxtasis que señala la cúspide de la vida y por encima del cual esta no puede elevarse. Lo paradójico es que ese éxtasis se produce cuando uno está más vivo y se olvida absolutamente de que lo está. Ese éxtasis, ese olvido de la existencia, se produce en el artista, cuando crea en un acto de

pasión; se produce en el soldado, cuando lucha sin cuartel; y se produjo en Buck cuando encabezaba el grupo, entonando el antiguo grito de los lobos, y perseguía bajo la luna a aquella presa viva que se le escapaba. Le dominaba el flujo poderoso de la vida, el goce perfecto de cada uno de sus músculos, de sus articulaciones y de sus nervios.

Pero Spitz, frío y calculador incluso en sus momentos más exaltados, dejó la jauría y tomó un atajo, atravesando una estrecha franja de tierra donde el brazo del río trazaba una amplia curva. Buck, que ignoraba el atajo, siguió adelante. Al salir de la curva, persiguiendo a aquel nevado espectro en forma de conejo que revoloteaba ante él, vio a otro espectro nevado, de mayor tamaño, que saltaba desde el talud que dominaba el río e interceptaba la trayectoria del conejo. Era Spitz. El conejo no pudo retroceder y, cuando los blancos dientes le quebraron el espinazo en medio de un salto, emitió un chillido tan fuerte como el de un hombre herido. Al oír el grito de la vida que sucumbe en las fauces de la muerte, toda la jauría que corría tras Buck lanzó un aullido infernal de gozo.

Pero Buck no aulló. En vez de detenerse, se lanzó sobre Spitz, hombro contra hombro, con tal violencia que midió mal y no le acertó en el cuello. Rodaron juntos por la nieve en polvo. Spitz se puso en pie con tal velocidad que pareció que no había llegado a caer, asestó a Buck una dentellada en el hombro y se echó atrás.

De repente, Buck se dio cuenta. Había llegado el momento. La lucha sería a muerte. Mientras giraban en círculos, gruñendo, con las orejas hacia atrás, atentos a la posibilidad de sacar ventaja, la escena le resultó a Buck en cierto modo familiar. Le pareció recordarlo todo: los bosques blancos y la tierra, el resplandor de la luna y la emoción del combate. Una calma fantasmal se cernía sobre aquella blancura silenciosa. No se oía el susurro del viento, nada se movía, ni una hoja. Solo el aliento de los perros se elevaba y quedaba suspendido en el aire helado. Aquellos perros se agrupaban ahora en un círculo expectante. A Buck no le pareció ni nueva ni extraña aquella escena de los tiempos remotos. Era como si hubiera sucedido siempre.

Spitz era un luchador experimentado. Desde las islas Spitzbergen, donde había nacido, hasta el Ártico, y por todo el Canadá, siempre se había salido con la suya frente a los demás perros, imponiéndoles su supremacía. Era capaz de una rabia feroz, pero no ciega. Nunca embestía hasta que no se sentía preparado para aguantar una embestida, y nunca atacaba si no podía mantener ese ataque.

En vano intentó Buck clavar los dientes en el cuello del gran perro blanco. Siempre que sus colmillos buscaban un trozo de carne blanda se encontraban con los colmillos de Spitz. Los labios de Buck se cortaban y sangraban, pero era incapaz de bajar las defensas de su enemigo.

Entonces adoptó la actitud de atacar a su enemigo como si fuese a la garganta y luego retiraba la cabeza y empujaba de costado, hombro contra hombro, como si fuera un ariete, para derribarlo. Pero solo consiguió nuevas dentelladas en el hombro.

Spitz estaba intacto, mientras Buck jadeaba penosamente y chorreaba sangre. La lucha se hacía desesperante, y el círculo de lobos silenciosos esperaba para acabar con el perro que cayese. Cuando Buck se fue agotando, Spitz empezó a atacarle, y tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio. En una ocasión cayó hacia atrás, y el corro entero de los sesenta perros se dispuso a echarse sobre él. Logró enderezarse, y el círculo se detuvo y permaneció a la espera.

Pero Buck poseía una cualidad que suplía la capacidad: imaginación. Aunque combatía por instinto, también era capaz de sorprender. Se abalanzó, como si fuese a utilizar el truco anterior de empujar con el hombro, pero en el último momento se agachó hasta rozar la nieve. Por fin sus dientes se cerraron sobre la pata delantera izquierda de Spitz. Se oyó un crujido de huesos rotos y el perro blanco le hizo frente sobre tres patas. Tres veces intentó derribarlo y luego repitió el ardid y le quebró la pata delantera derecha.

Pese al dolor y a su impotencia, Spitz intentó desesperadamente mantenerse en pie. Veía el círculo silencioso, sus ojos resplandecientes y las lenguas colgando, y aquellas nubes plateadas de aliento que se elevaban por el aire y que se le acercaban, como había visto en el pasado círculos

semejantes cerrarse sobre los rivales vencidos. Solo que esta vez el perdedor era él.

No le quedaba ninguna esperanza. Buck era inexorable. El perdón quedaba relegado a climas más suaves. Fue tomando posiciones para el ataque final. El círculo se había cerrado hasta el extremo de que podía sentir el aliento de los perros esquimales en su costado. Podía verlos rodeando a Spitz, medio agazapados y dispuestos a saltar, con la mirada puesta en él.

Se hizo una pausa. Todos los animales permanecían inmóviles, como si fueran de piedra. Solo Spitz se tambaleaba y gruñía con ferocidad, como si quisiera amedrentar a la muerte inexorable. Buck saltó sobre él y su hombro golpeó de lleno el de Spitz, para retirarse después. El círculo oscuro se estrechó aún más, mientras Spitz desaparecía de la vista.

Buck permaneció de pie, observándolo. Era el afortunado triunfador, la bestia primitiva que había matado y sentía placer por ello.

Capítulo 4

Tras conquistar la supremacía

¿EH? ¿NO TE DIGO? YO NO MIENTO CUANDO DIGO QUE ESE BUCK ES DOS demonios.

Así hablaba François a la mañana siguiente, al darse cuenta de que Spitz faltaba y Buck estaba cubierto de heridas. Se lo llevó junto a la hoguera y las examinó a la luz del fuego.

—Ese Spitz pelea como un diablo —dijo Perrault, mientras examinaba los cortes y las heridas abiertas.

—Y ese Buck pelea como dos diablos —replicó François—. Ahogga iguemos más gápido, segugo.

Mientras Perrault recogía el equipo de acampar y cargaba el trineo, François se dispuso a poner los arneses a los perros. Buck se colocó en el lugar que hubiera ocupado Spitz como perro guía, pero François, sin reparar en él, llevó a Sol-leks a la codiciada posición. A su juicio, Sol-leks era el mejor de los perros que les quedaban. Furioso, Buck se abalanzó sobre Sol-leks, echándolo y colocándose en su lugar.

—¡Vaya, vaya! —exclamó François, muy divertido, al tiempo que se daba unas palmadas en los muslos—. Migga a ese Buck. Él matag al Spitz y él pensag que ocupag su puesto. ¡Fuegga de ahí, chucho! —le gritó, pero Buck se negó a moverse.

Cogió a Buck por el cogote y, aunque el perro gruñía amenazadoramente, lo apartó y volvió a colocar a Sol-leks.

Eso no agradó al viejo perro, que dio muestras de temer a Buck. François era terco, pero, en cuanto se dio la vuelta, Buck volvió a empujar a Sol-leks, que en modo alguno se oponía al cambio. François estaba furiosísimo.

—¡Bueno, pogg Dios que te aggeglo! —gritó, volviendo con un garrote enorme.

Buck se acordó del hombre de la zamarra roja y se retiró despacio. Ya no intentó sustituir a Sol-leks cuando volvieron a ponerlo en cabeza. Pero anduvo dando vueltas a prudente distancia del garrote, gruñendo de rabia y amargura. No lo perdía de vista, por si François se lo arrojaba y tenía que esquivarlo, pues se había hecho un experto en materia de garrotes.

El perrero siguió con su tarea y no lo llamó hasta que llegó el momento de colocarlo en su antigua posición. Pero Buck retrocedió dos o tres pasos. François fue tras él y el perro siguió retrocediendo. Y así continuaron un rato hasta que François tiró el garrote, pensando que Buck temía una zurra. Pero Buck se había sublevado abiertamente. No quería esquivar una paliza, sino ocupar el puesto de mando. Tenía derecho a ello. Se lo había ganado y no se conformaría con menos.

Perrault intervino y los dos hombres lo persiguieron durante casi una hora. Le lanzaban los garrotes, pero él los evitaba. Lo maldijeron, a él, a todos sus antepasados y a todos sus descendientes hasta la última generación. A cada maldición, él contestaba con un gruñido y se mantenía fuera de su alcance. No hizo ademán de escaparse. Permanecía corriendo en torno al campamento, haciéndoles ver que en cuanto tuvieran en cuenta su deseo se acercaría y se portaría bien.

François se sentó y se rascó la cabeza. Perrault consultó su reloj y soltó una blasfemia. El tiempo volaba y ya hacía más de una hora que debían haberse puesto en camino. François volvió a rascarse y sonrió tímidamente al correo, que se encogió de hombros, en un gesto que indicaba que se daban por vencidos. Luego François fue hasta donde estaba Sol-leks y llamó a Buck. Buck se rio como hacen los perros, pero se mantuvo a distancia. François desabrochó las correas de Sol-leks y volvió a colocarlo en su antiguo puesto. El tiro ya estaba enganchado al trineo en una fila

continúa, listo para partir. Solo quedaba libre el primer puesto. François volvió a llamar a Buck, que siguió riéndose, pero sin acercarse.

—Tigga el gaggote —le ordenó Perrault.

François obedeció. Buck se acercó al trote, riendo triunfalmente, y se colocó en cabeza. Se engancharon las correas, el trineo arrancó, los dos hombres se pusieron en marcha y todos enfilaron a gran velocidad el camino del río.

Aunque el perrero ya había valorado a Buck, al calificarlo como dos demonios, no pasó mucho rato sin que se percatara de que lo había subestimado. Buck se hizo cargo de sus deberes de perro guía de inmediato, y en cuanto a prudencia, capacidad de decisión y rapidez de actuación, demostró que era superior incluso a Spitz.

Pero, ante todo, Buck sobresalía a la hora de dar una orden y de hacer que sus compañeros la cumplieran. A Dave y a Sol-leks no les importaba el cambio de liderazgo, lo suyo era tirar adelante.

Pronto mejoró el estado de ánimo del equipo. Se recuperó la solidaridad de antaño y los perros volvieron a correr como uno solo. En los rápidos del Rink se añadieron dos esquimales nativos, Teek y Koonah. La rapidez con que Buck los dominó dejó a François boquiabierto.

—¡Nunca he visto un peggo como ese Buck! —exclamó—. ¡No, nunca! ¡Pog Cgisto que vale mil dólares! ¿Eh? ¿Tú qué dices, Perrault?

Y Perrault asentía con la cabeza. Para entonces ya había batido su marca y ganaba tiempo día a día. El camino estaba en condiciones excelentes, liso y duro, y no había que enfrentarse a nuevas nevadas. Tampoco el frío era excesivo. La temperatura había bajado a cincuenta grados bajo cero y durante todo el viaje se mantuvo así. Los hombres se turnaban a pie o en el trineo y hacían pocas paradas.

El río Thirty Mile estaba relativamente cubierto de hielo y tardaron un día en recorrer lo que antes les había llevado diez. Hicieron de un tirón un trayecto de sesenta millas desde la punta del lago Le Barge hasta los rápidos del White Horse. La última noche de la segunda semana coronaron el White Pass y bajaron hacia el mar, con las luces de Skaguay y las de los vapores anclados en el puerto a la vista.

El viaje batió todas las marcas. Habían hecho una media de cuarenta millas durante cada uno de los catorce días que había durado. Durante tres días, Perrault y François se pasearon muy ufanos por la calle mayor de Skaguay y fueron invitados a beber por todos, mientras el equipo se convertía en el centro de admiración.

Luego, tres o cuatro tipos del oeste pretendieron limpiar la ciudad. Solo consiguieron que los cosieran a balazos, pero el interés del público se desplazó hacia ellos. Pasado un tiempo, llegaron órdenes del Gobierno. François llamó a Buck, lo abrazó y lloró sobre su lomo. Aquella fue la última vez que Buck vio a François y a Perrault. Como otros hombres, desaparecieron para siempre de la vida de Buck.

Un mestizo escocés se hizo cargo de él y de sus compañeros y emprendieron el duro camino de regreso a Dawson, con otros doce trineos. Ahora ya no se trataba de correr ni de batir marcas. Había que trabajar duramente cada día arrastrando una pesada carga, porque tiraban del convoy del correo que llevaba noticias de todo el mundo a los hombres que buscaban oro en el Norte.

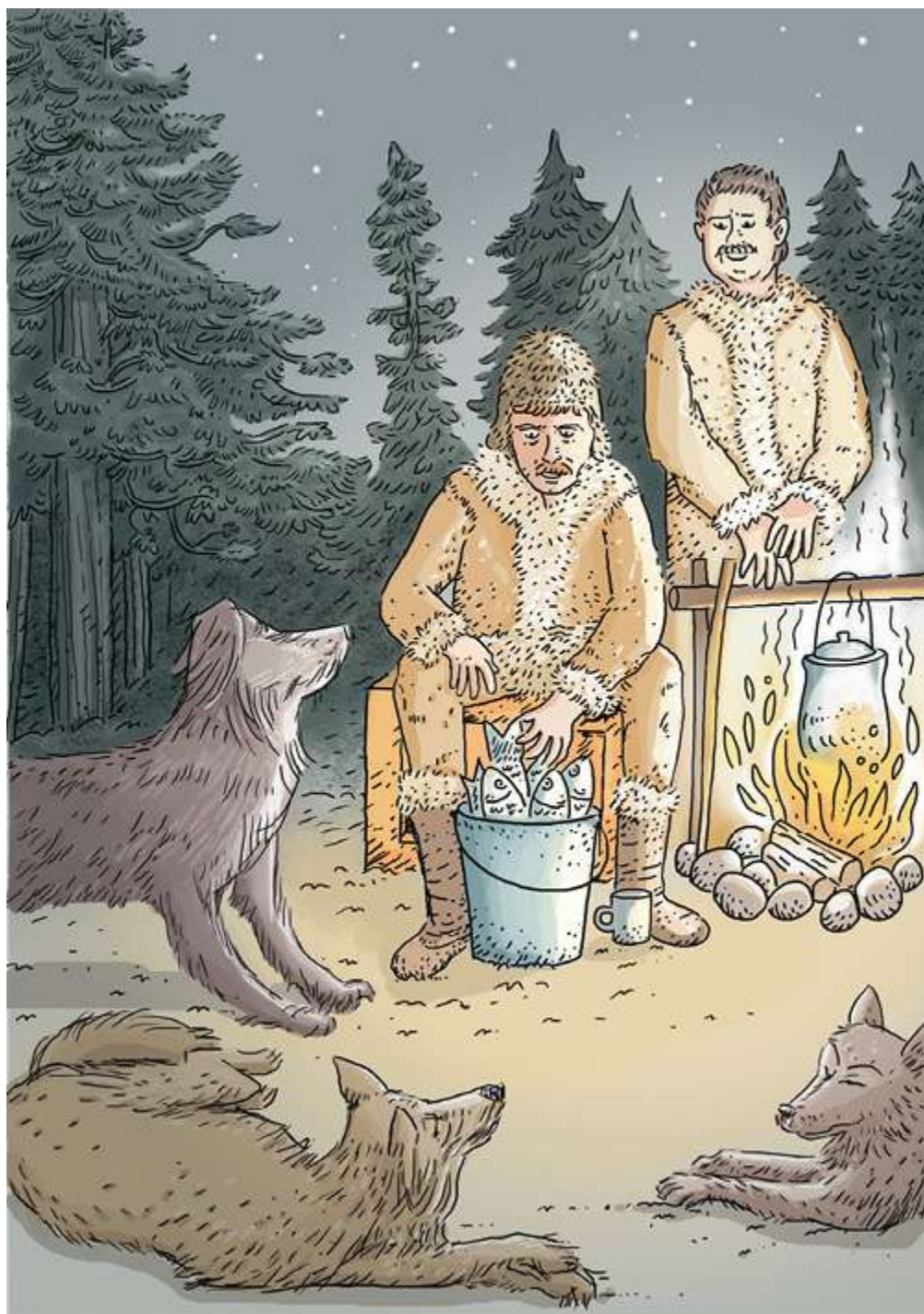
A Buck no le gustaba esa tarea pero cumplía honradamente, tan orgulloso de su trabajo como Dave y Sol-leks, y procuraba que sus compañeros también cumplieran. La vida transcurría con regularidad. Cada mañana se encendían las hogueras y se desayunaba. Luego, mientras unos levantaban el campamento, otros enganchaban los perros y una hora antes del amanecer se ponían en marcha. Por la noche se montaba el campamento. Unos plantaban las tiendas, otros cortaban leña y ramas para acomodarse, y otros acarreaban agua o hielo para los cocineros. Además, alimentaban a los perros. Para ellos era el mejor momento del día, aunque también resultaba agradable vagabundear por los alrededores en compañía de los perros de otros trineos, que eran más de cien.

Quizá lo que Buck prefería era acostarse junto al fuego. Entonces evocaba la casona del juez Miller en el valle de Santa Clara, y el pilón de cemento donde solía nadar, y a Ysabel, la perrita pelona mexicana, y a Toots, el doguito japonés; pero más a menudo recordaba al hombre de la zamarra roja, la muerte de Curly, la gran pelea con Spitz y los manjares que

había comido o que le gustaría comer. No sentía nostalgia. La tierra soleada se le aparecía distante. Mucho más potentes eran sus recuerdos ancestrales y los instintos que, silenciados durante muchos siglos, revivían en él.

—¡Eh, Buck! ¡Despierta! —le gritaba el cocinero mestizo.

Con lo cual el otro mundo se desvanecía y el mundo real aparecía ante sus ojos. Y Buck se ponía en pie, bostezaba y se desperezaba.



El viaje fue duro. Cuando llegaron a Dawson, estaban flacos y extenuados. Necesitaban tiempo para descansar, pero al cabo de dos días ya enfilaban las cuestas del Yukón, cargados con correspondencia para el exterior. Los perros estaban cansados, los perreros gruñían y nevaba

continuamente. Eso significaba que los caminos estaban blandos y que los perros tenían que esforzarse más.

Sin embargo, los encargados de cuidarlos se portaron bien. Cada noche los atendían antes que a nadie. Los perros comían en primer lugar, y nadie se acostaba sin haberles revisado las patas. Aun así, cada día se encontraban más debilitados. Desde el comienzo del invierno habían recorrido mil ochocientas millas arrastrando trineos. Era una distancia que acababa haciendo mella en cualquier perro, por muy fuerte que fuese. Buck resistió. Billee gemía y se quejaba en sueños todas las noches. Joe se mostraba más hosco que nunca y a Sol-leks no había quien se le acercase, ni por el lado ciego ni por el otro.

Pero quien más sufría era Dave. Se volvió irritable, y en cuanto lo desenganchaban del arnés cavaba un agujero y los hombres tenían que llevarle la comida. No volvía a levantarse hasta la mañana siguiente. A veces, en ruta, cuando se producía una brusca parada del trineo, o cuando tiraba fuerte para arrancar, emitía un gemido. El perrero que lo examinó no pudo encontrar nada. Una noche lo sacaron de su agujero y lo llevaron cerca del fuego, y allí lo examinaron hasta que se quejó varias veces. Tenía algún mal interno, pero no consiguieron saber de qué se trataba.

Para cuando llegaron a Cassiar Bar, estaba tan débil que se caía con frecuencia. El mestizo escocés detuvo el tiro y lo desenganchó. Puso al perro siguiente, Sol-leks, como zaguero, y dejó a Dave que corriera a su antojo tras el trineo. Pese a lo enfermo que estaba, a Dave le ofendió que lo desengancharan, y protestó y gruñó mientras le soltaban las correas y luego gimió al ver a Sol-leks ocupar el puesto que había sido suyo durante tanto tiempo.

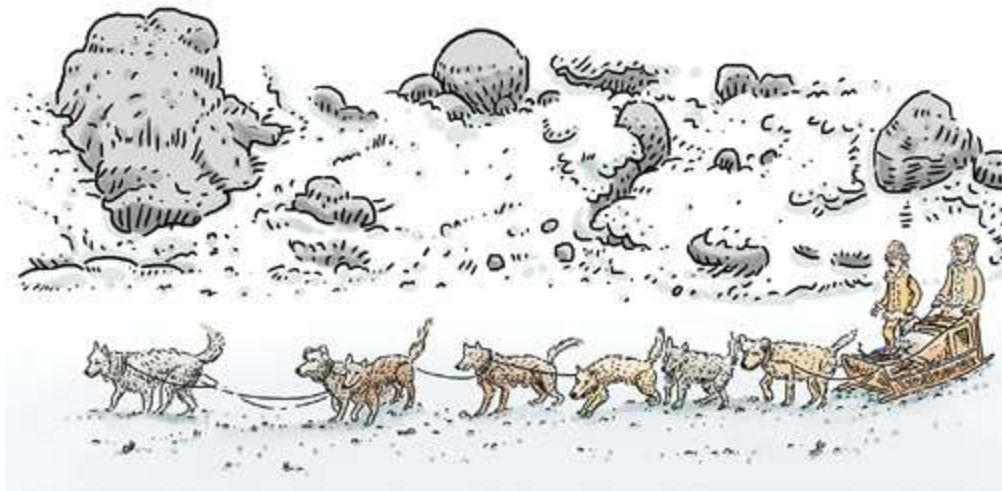
Aún hizo acopio de fuerzas para arrastrarse tras ellos hasta que la expedición hizo un alto, y entonces se acercó a su trineo y se colocó al lado de Sol-leks. El conductor se entretuvo un momento para encender su pipa. Luego regresó y puso el equipo en marcha. Los perros arquearon el lomo para arrancar, pero no encontraron resistencia. Miraron atrás y observaron que el trineo no se había movido. El mestizo llamó a sus compañeros para

que contemplaran a Dave, que había roto a mordiscos el correa de Solleks y acababa de colocarse como perro zaguero.

Con los ojos suplicaba que lo mantuvieran en el puesto. El conductor estaba perplejo. Sus compañeros comentaban cómo a un perro se le puede partir el corazón cuando le impiden realizar un trabajo, aunque lo esté matando. Otros recordaban casos en los que algunos perros, demasiado viejos para trabajar, habían muerto al separarlos del tiro. Decidieron que sería más piadoso que, ya que Dave iba a morir, lo hiciese entre las riendas, feliz y contento. Así que volvieron a engancharlo. Se puso a tirar con su orgullo de siempre, aunque a ratos se le escapaba un gemido. Varias veces se cayó y el tiro lo arrastró, y en otra ocasión el trineo se le echó encima y lo dejó cojeando de una pata.

Pero aguantó hasta llegar al campamento, donde el conductor le dejó un sitio junto al fuego. A la mañana siguiente se encontraba demasiado débil para viajar. La última vez que sus compañeros lo vieron estaba tendido en la nieve. Pero siguieron oyendo su aullido lastimero hasta que los árboles que había a orillas del río lo ocultaron.

La expedición se detuvo. El mestizo escocés regresó al lugar del campamento. Sonó un disparo de revólver, y el hombre volvió a toda prisa junto a los otros. Restallaron los látigos, los cascabeles tintinearón, los trineos se deslizaron de nuevo. Pero Buck, como los demás perros, intuía lo que había sucedido al otro lado de los árboles.



Capítulo 5

Las fatigas del camino

A LOS TREINTA DÍAS DE HABER SALIDO DE DAWSON EL CORREO, CON BUCK Y sus compañeros al frente, llegaron a Skaguay. Se encontraban agotados, en un estado lastimoso. Las ciento cuarenta libras de peso de Buck habían quedado reducidas a ciento quince. Sus compañeros, de menor tamaño, habían perdido en proporción aún más peso. El astuto Pike, que a menudo había fingido que tenía una pata herida, cojeaba ahora de veras. Sol-leks también cojeaba, y Dub llevaba un hombro dislocado. Todos tenían las plantas de los pies lastimadas.

—¡Vamos, patitas cansadas! —les gritaba el conductor, intentando animarles cuando enfilaban la calle mayor de Skaguay—. En cuanto lleguemos, nos vamos a descansar.

Los propios conductores contaban con unos días de asueto. También ellos habían hecho mil doscientas millas de un tirón y se merecían un período de holganza. Pero habían acudido tantos hombres al Klondike, y había tantísimas novias, esposas y demás parientes que se habían quedado lejos, que el correo se iba acumulando en grandes montones. Además, estaban los despachos oficiales.

De la bahía de Hudson llegaron nuevos lotes de perros para sustituir a los que ya no servían para la marcha, y que eran vendidos.

Durante los tres días siguientes, Buck y sus compañeros pudieron comprobar lo agotados que estaban. Luego, el cuarto día por la mañana, llegaron dos estadounidenses y los compraron, con arneses y todo, por poco

dinero. Uno se llamaba Hal, y el otro Charles. Charles era de mediana edad. Tenía la piel blanca, los ojos llorosos y miopes y un gran mostacho retorcido, que disimulaba unos labios marchitos. Hal era un joven de unos diecinueve años, que llevaba al cinto un gran revólver Colt y un cuchillo.

Buck los oyó regatear, vio cómo el dinero pasaba de una mano a otra y se percató de que el mestizo escocés y los conductores del convoy del correo salían de su vida, como antes habían salido Perrault y François y todos los anteriores. Cuando lo condujeron con sus compañeros al campamento de sus nuevos amos, se encontró en un lugar sucio y descuidado, con una tienda desvencijada. Había una mujer, Mercedes, que era la esposa de Charles y la hermana de Hal.

Buck los observó con recelo mientras acababan de desmontar la tienda y cargaban el trineo. Ponían en ello gran empeño, pero eran completamente ineficaces. Enrollaron la tienda de tal modo que era tres veces mayor de lo normal. Guardaron los platos de latón sin fregarlos. Mercedes estorbaba a los hombres y les hacía reproches continuamente.

Tres hombres salieron de una tienda cercana y se quedaron mirándolos.

—Ya llevan una buena carga —les dijo uno de ellos—. Aunque sea meter las narices donde no me llaman, yo en su lugar dejaría aquí la tienda.

—¡Ni soñarlo! —gritó Mercedes, con un gesto remilgado—. ¿Cómo iba a arreglármelas sin la tienda?

—Estamos en primavera y no volverá a hacer frío —contestó el hombre.

Ella negó con la cabeza muy decidida, y Charles y Hal colocaron los últimos trastos sobre aquella montaña de equipaje.

—¿Ustedes creen que arrancará? —les preguntó uno de los hombres.

—¿Y por qué no? —replicó Charles con sequedad.

Le dio la espalda y amarró las riendas lo mejor que pudo, es decir bastante mal.

—¿De veras esperan que los perros vayan a estar todo el día tirando de ese armatoste? —preguntó otro hombre.

—Naturalmente que sí —replicó Hal con una cortesía glacial, blandiendo el látigo, y gritó—: ¡Arre! ¡Arre, ya!

Los perros tiraron con todas sus fuerzas, pero fueron incapaces de mover el trineo.

—¡Bestias holgazanas! ¡Ya os enseñaré! —gritó Hal, dispuesto a golpearles con el látigo.

Pero Mercedes intervino, gritando:

—¡No, Hal, no lo hagas! —agarró el látigo y se lo quitó de las manos—. Tienes que prometerme que no los maltratarás mientras dure el viaje.

—¡Qué sabrás tú de perros! —replicó su hermano—. A ver si me dejas en paz. Son perezosos, te lo digo yo, y hay que zurrarles si quieres conseguir algo de ellos. Son así. Si no me crees, pregúntaselo a cualquiera de esos hombres.

Mercedes los miró, suplicante.



—Lo que les pasa es que no se tienen en pie —dijo uno de los hombres—. Están agotados, eso es lo que les pasa. Necesitan un largo descanso.

—¡Vaya con el descanso! —dijo Hal.

Recuperó el látigo y lo descargó sobre los perros, que volvieron a intentarlo en vano. El trineo permanecía inamovible, como si estuviera anclado. Tras dos intentos más, los perros dejaron de intentarlo y se

detuvieron, indiferentes a los golpes. Mientras el látigo restallaba, Mercedes se hincó de rodillas ante Buck, con lágrimas en los ojos, y se abrazó a su cuello.

—¿Por qué no tiráis con ganas? —le preguntó—. Si lo hacéis, dejarán de pegaros.

Uno de los mirones, que había estado reprimiéndose, acabó por hablar:

—No me importa lo que pueda pasarles a ustedes, pero por el bien de los perros les diré que más les vale despegar los patines del trineo. Están firmemente adheridos al hielo. No podrán mover el trineo si no los despegan.

Le hicieron caso y liberaron los patines. Volvieron a intentar ponerse en marcha. Esta vez lo consiguieron, y el trineo avanzó a duras penas con su pesada carga, arrastrado por Buck y sus compañeros, sobre quienes seguía cayendo una lluvia de azotes.

Cien yardas^[15] adelante, el sendero hacía una curva en una cuesta, antes de enfilarse por la calle Mayor. Solo un conductor de experiencia hubiera sido capaz de mantener el trineo en equilibrio, y Hal no lo era. Al tomar la curva, el trineo volcó y la mitad de la carga, que estaba mal asegurada, se soltó. Los perros no se detuvieron. Estaban furiosos por los malos tratos recibidos y por el peso excesivo de la carga.

Hal gritaba: «¡Soo! ¡Soo!», pero ellos siguieron adelante y entraron a toda prisa en la calle mayor, provocando el regocijo de los habitantes de Skaguay.

Al final, algunos ciudadanos de buen corazón detuvieron el trineo, recogieron la carga desperdigada y les informaron de que, si pretendían llegar a Dawson, tendrían que deshacerse de la mitad del equipaje y llevar el doble de perros.

—Tienen mantas como para llenar un hotel —comentó uno—. Con la mitad es más que suficiente. Tiren la tienda y todos esos platos. ¡Santo cielo! ¿Se creen que un trineo es un tren de lujo?

Charles y Hal se resignaron y empezaron a eliminar lo superfluo. Mercedes lloró al ver que volcaban en el suelo sus bolsas de viaje y se

desprendían de sus prendas de vestir. Reducido a la mitad, el equipaje seguía siendo enorme.

Por la tarde compraron seis perros nuevos. Con estos, más los seis del equipo original, y Teek y Koonah, los perros esquimales adquiridos en los rápidos del Rink, había catorce perros en el tiro. Pero los nuevos ejemplares, procedentes de otras tierras, eran de poco aguante y no servían para llevar el trineo. Buck intentó enseñarles lo que debían hacer, pero estaban aturridos y desanimados por el ambiente hostil y los malos tratos.

Así que, con los recién llegados en baja forma y el antiguo equipo extenuado por el largo trayecto, las perspectivas se presentaban poco alentadoras. Pese a ello, los dos hombres estaban de buen humor, pensando en que iban a viajar a lo grande, con catorce perros.

Naturalmente, existe una razón por la cual un trineo nunca viaja por el Ártico con catorce perros, y es que resulta imposible cargar con toda la comida necesaria. Pero Charles y Hal no lo sabían. Habían calculado el viaje con papel y lápiz: a tanto por perro, tantos perros y tantos días, sale a tanto. Mercedes los miraba por encima del hombro y asentía comprensiva. ¡Todo parecía tan sencillo!

Buck veía con claridad que no podía fiarse de aquellos hombres ni de la mujer. Eran torpes e incompetentes. Necesitaban media noche para montar un campamento destartado y media mañana para volverlo a desmontar. Había jornadas en las que no avanzaban ni diez millas, y otras en las que ni siquiera conseguían ponerse en marcha. Y ningún día llegaban a completar el trayecto que habían planeado para racionar la comida de los perros.

Era inevitable, pues, que la comida de los animales acabara por escasear. Al principio los habían sobrealimentado, y ahora tenían que someterlos a dieta.

Un día, Hal observó que había gastado la mitad de la comida en la cuarta parte del trayecto, y, lo que era peor, no había posibilidades de conseguir más. Así que redujo la ración mínima e intentó aumentar el ritmo de la marcha.

El primero en caer fue Dub. Pobre ladronzuelo, siempre descubierto y castigado, cumplió con su deber hasta el final. Sin cuidados ni descanso, su

hombro fue de mal en peor, hasta que Hal acabó por matarlo de un tiro con su revólver Colt. Un dicho de aquellas tierras dice que un perro forastero, acostumbrado a la buena vida, se muere de hambre con la magra ración de un perro esquimal. Los seis perros forasteros del equipo de Buck se murieron de hambre uno tras otro, pues solo recibían la mitad de esa ración.

Para entonces, los hombres y la mujer habían perdido toda la amabilidad y las buenas costumbres sureñas. Desprovista de su atractivo novelesco, la travesía del Ártico se había convertido en una realidad demasiado dura.

Mercedes dejó de compadecerse de los perros. Estaba demasiado ocupada compadeciéndose de sí misma y peleándose con su esposo y con su hermano. Además, se sentía especialmente ofendida porque, en su opinión, tanto Hal como Charles habían dejado de tratarla con la caballerosidad debida.

Abrumados por su propio sufrimiento y enzarzados en continuas discusiones, apenas reparaban en el estado de los perros. Al llegar a Five Fingers se quedaron sin comida para ellos, y una vieja desdentada les ofreció unas libras de pellejos de caballo congelados, a cambio del revólver de Hal.

Aquellos pellejos, que habían pertenecido a los famélicos caballos de unos vaqueros, muertos hacía ya seis meses, eran un pobre sustituto de la comida.

Con todo, Buck seguía avanzando a duras penas al frente del equipo. Tiraba mientras podía. Cuando ya no podía más, caía al suelo y allí se quedaba hasta que, a fuerza de latigazos o garrotazos, le obligaban a levantarse.

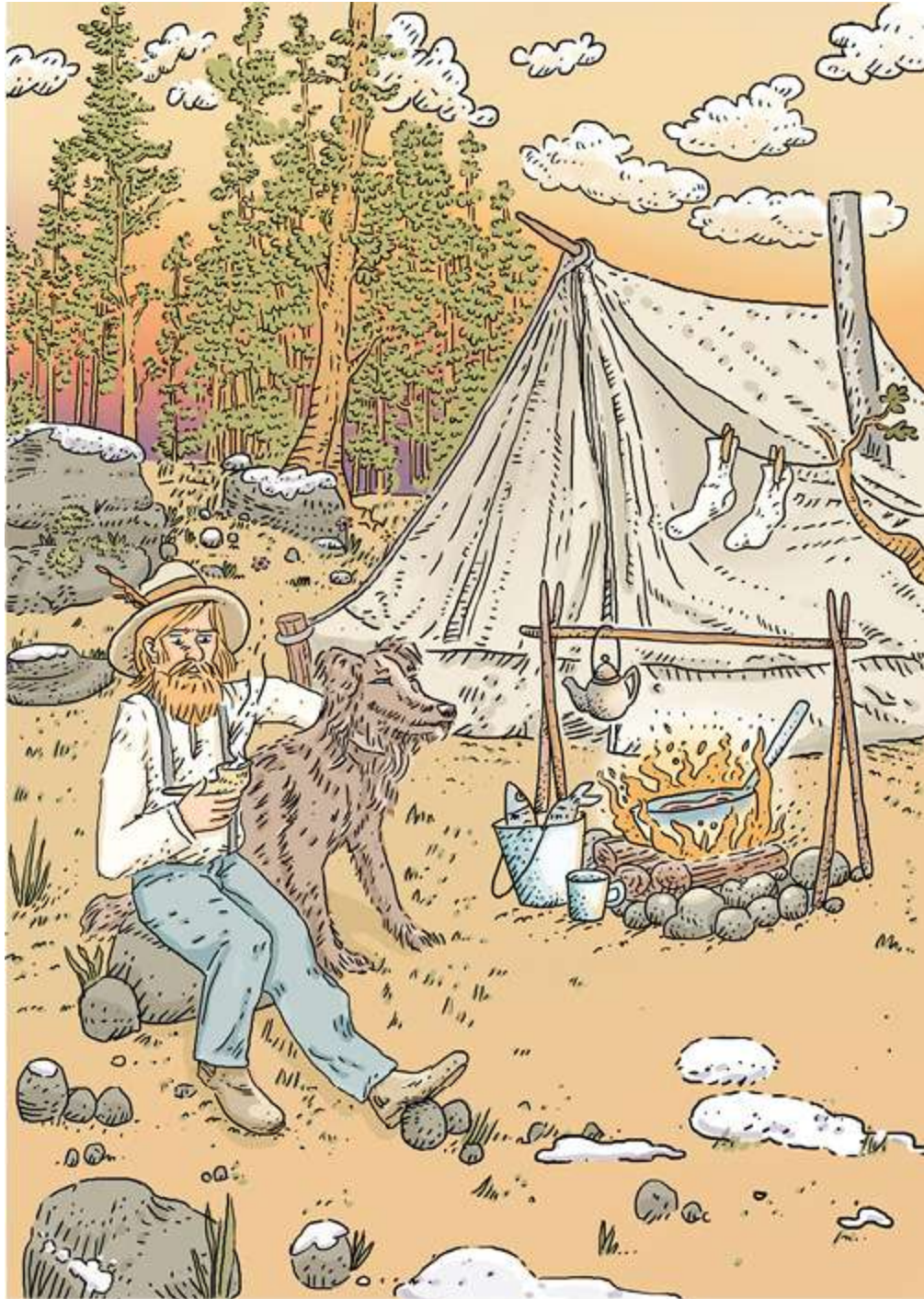
Su hermoso pelaje había perdido el brillo y la tersura. El pelo le caía, apelmazado o salpicado de sangre reseca, en aquellos lugares donde Hal le había golpeado con el garrote. Los músculos se le habían convertido en cuerdas nudosas y a través de la piel se le podían contar las costillas. Era desalentador, pero Buck no se dejaba desalentar, como había podido comprobar el hombre de la zamarra roja.

Y lo mismo les sucedía a sus compañeros. Quedaban siete en total, contándole a él. Eran otras tantas bolsas de huesos, en las que apenas resplandecía una chispa de vida. Cuando hacían un alto en el camino, se dejaban caer como si estuvieran muertos, y la chispa palidecía como si fuera a apagarse. Y cuando el garrote o el látigo les golpeaban, la chispa se animaba débilmente. Entonces se incorporaban a duras penas y proseguían la marcha.

Pero llegó un día en que el buenazo de Billee resbaló y ya no pudo levantarse. Como Hal había entregado su revólver en trueque, cogió el hacha y le asestó un golpe en la cabeza. Luego, de otro hachazo, separó el cadáver del arnés y lo echó a un lado. Buck y sus compañeros lo vieron, y todos comprendieron que aquello también podía sucederles.

Al día siguiente cayó Kooná y solo quedaron cinco: Joe, tan agotado que parecía otro perro, mucho más indolente; Pike, tullido y cojo, sin ánimos ya ni para hacerse el remolón; Sol-leks, el tuerto, que se dolía de que le quedasen tan pocas energías para seguir tirando; Teek, que no había viajado tanto como los demás y que, por estar en mejores condiciones, recibía más golpes que los otros; y Buck, todavía al frente del equipo, pero incapaz de imponer disciplina alguna. Con frecuencia estaba ciego de debilidad, y mantenía la ruta por puro instinto y guiándose por el tacto de sus patas.

Hacía un hermoso tiempo primaveral, pero ni los perros ni los hombres se percataban de ello. La savia ascendía por el interior de los pinos. Los sauces y los álamos se llenaban de brotes. Arbustos y plantas trepadoras reverdecían.



En medio de aquella explosión, de aquel canto a la vida, los dos hombres, la mujer y los perros avanzaban como emisarios de la muerte.

Cuando llegaron al campamento de John Thornton, en la desembocadura del río White, los perros estaban cayéndose, Mercedes

sollozaba sentada en el trineo, Hal blasfemaba sin parar y Charles lloraba de melancolía. Cuando se detuvieron, los perros se desplomaron.

Mercedes se secó los ojos y miró a John Thornton. Charles, entumecido, se sentó en un tronco para descansar. Hal se dirigió a Thornton.

Este se encontraba dando los últimos retoques al mango de un hacha, que acababa de tallar con una rama de abedul. Tallaba y escuchaba, contestando con monosílabos. Y, cuando le preguntaban su opinión, daba breves consejos. Conocía a aquel tipo de gente, y sabía que no le harían caso.

—Allá arriba nos dijeron que el hielo se estaba derritiendo y que debíamos esperar —comentó Hal—. Nos dijeron que no conseguiríamos llegar hasta el río White, pero aquí estamos —añadió, con un toque de orgullo.

—Y no mentían —le contestó John Thornton—. El hielo está a punto de ceder. Solo un loco, y eso con suerte, lo conseguiría. Le aseguro que yo no arriesgaría mi pellejo sobre ese hielo, ni por todo el oro de Alaska.

—Será porque usted no es un loco —dijo Hal—, pero nosotros nos vamos a Dawson.

—¡Levántate, Buck! —gritó, blandiendo el látigo—. ¡Vamos, arriba! ¡Arre!

Pero los perros no se levantaron. Hacía ya tiempo que solo respondían a fuerza de golpes. El látigo restalló sobre ellos. John Thornton se mordió los labios. El primero que se puso en pie fue Sol-leks. Luego, Teck. Después lo hizo Joe, con un ladrido quejumbroso. Pike se cayó dos veces, cuando ya casi había conseguido levantarse, y solo a la tercera logró mantenerse en pie.

Buck ni siquiera lo intentó. Se quedó en el mismo lugar donde se había tendido. Aunque el látigo cayó sobre él, no se movió. Thornton estuvo a punto de abrir la boca varias veces, pero se contuvo. Los ojos se le humedecieron. Se puso en pie y empezó a caminar nerviosamente, mientras los latigazos se sucedían.

Al ver que Buck le fallaba, Hal se enfureció y cogió el garrote. Pese a la lluvia de garrotazos que le cayó encima, Buck se negó a moverse. Como sus

camaradas, apenas podía tenerse en pie. Pero, a diferencia de ellos, estaba decidido a no levantarse. Al acercarse al río había sentido el peligro, y aún lo sentía.

De repente, John Thornton se plantó delante de Buck. Estaba tan enojado que le costaba hablar.

—Si vuelve a tocar a ese perro, lo mato —consiguió decir al fin, con voz entrecortada.

—El perro es mío —le contestó Hal—. Apártese de mi camino o tendrá que vérselas conmigo. Voy a ir a Dawson.

Thornton seguía entre él y Buck, sin apartarse. Hal sacó su gran cuchillo de monte. Mercedes chilló, lloró y rio, presa de un ataque de histeria. Thornton le dio a Hal un golpe en los nudillos con el mango del hacha, que le hizo soltar el cuchillo, y le dio otro golpe cuando hizo ademán de recogerlo. Luego se agachó, cogió el cuchillo de Hal y cortó de dos tajos las riendas de Buck.

A Hal no le quedaban ganas de pelear. Se sentía responsable de su hermana, y Buck estaba medio muerto y apenas podía servirle para arrastrar el trineo.

Poco después se dirigieron al río. Buck los oyó marchar y alzó la cabeza para mirarlos. Pike iba al frente y Sol-leks como zaguero. En medio iban Joe y Teek. Todos renqueaban y se tambaleaban. Mercedes iba sentada en el cargado trineo, Hal manejaba la vara de mando y Charles iba detrás, dando tumbos.

Mientras Buck los miraba, Thornton se arrodilló a su lado y lo palpó despacio y con afecto, buscando huesos rotos. Pero solo tenía contusiones y un hambre espantosa.

El hombre y el perro seguían contemplando cómo el trineo se deslizaba por el hielo. De pronto oyeron gritar a Mercedes. Vieron que Charles se daba la vuelta intentando escapar. Luego, un gran trozo de hielo cedió y hombres y perros desaparecieron. Solo se distinguía un enorme agujero.

John Thornton y Buck se miraron.

—¡Pobrecito mío! —le dijo John Thornton al perro, que le lamía la mano.

Capítulo 6

Por el cariño de un hombre

A JOHN THORNTON SE LE HABÍAN HELADO LOS PIES EN DICIEMBRE DEL AÑO anterior. Por eso, sus compañeros lo habían dejado en el campamento, para que pudiera restablecerse, mientras ellos iban río arriba, en busca de una balsa que los llevase hasta Dawson.

Thornton todavía cojeaba un poco cuando salvó a Buck, pero luego, con el buen tiempo, había llegado a restablecerse por completo. A su lado, tendido a orillas del río durante los largos días de primavera, mirando correr el agua y escuchando el murmullo de la naturaleza, Buck también recuperaba fuerzas.

En el campamento de Thornton había una perrita setter irlandesa llamada Skeet, y un gran perro negro, medio sabueso y medio galgo, con ojos sonrientes y un permanente buen humor, que respondía al nombre de Nig. Cada día, después del desayuno, Skeet se dedicaba a lamer y a limpiar las heridas de Buck. A medida que la salud de este mejoraba, los tres perros jugaban juntos con mayor frecuencia. Ni Skeet ni Nig tenían celos de Buck, y ambos parecían compartir la bondad y la generosidad de John Thornton.

A Buck le parecía acceder a una nueva vida. Por primera vez sentía amor, un amor auténtico y apasionado. Allá en el soleado valle de Santa Clara, el juez Miller había sido para él un compañero digno de respeto. Pero verdadero amor solo lo había sentido hacia Thornton.

Aquel hombre no solo le había salvado la vida, era, además, el amo perfecto. Otros se preocupaban del bienestar de sus perros, por sentido del

deber y por conveniencia propia, pero Thornton cuidaba de sus perros como de sus hijos. Nunca dejaba de acariciarlos o de dirigirles una palabra amable. Con frecuencia se sentaba a hablar con ellos, y disfrutaba tanto con ello como los mismos animales. Solía coger la cabeza de Buck entre sus toscas manos, apoyando su cabeza sobre la del perro, y lo zarandeaba mientras murmuraba y soltaba maldiciones, que a Buck le parecían palabras de afecto. Cuando lo dejaba libre, el perro se echaba a sus pies de un salto, con los ojos brillantes y emitiendo sonidos inarticulados, y se quedaba allí, inmóvil, mientras Thornton le decía admirado:

—¡Por Dios, Buck, solo te falta hablar!

Buck tenía una manera de expresar su amor que casi hacía daño. Solía coger la mano de Thornton entre sus dientes y morderla con tanta fuerza que la dejaba marcada durante un buen rato. Pero, del mismo modo en que Buck comprendía que las maldiciones del hombre eran palabras de amor, Thornton sabía que aquellos mordiscos eran en realidad caricias.

Al principio, a Buck no le gustaba perder de vista a Thornton. Desde que salía de la tienda hasta que volvía a meterse en ella, le seguía pegado a sus talones. Los continuos cambios de dueño que había sufrido en aquellas tierras del Norte le habían inducido a pensar que no había un amo permanente. Temía que Thornton desapareciera de su vida como habían desaparecido Perrault y François y el mestizo escocés. Cuando soñaba que lo perdía, se despertaba y acudía a la entrada de la tienda, donde se quedaba escuchando la respiración de su amo.

Pese al gran amor que sentía hacia John Thornton y que podía parecer una influencia civilizadora, la enorme fuerza de lo primitivo, que el Norte había despertado en él, seguía activa. Era un perro capaz de expresar lealtad, esa cualidad que nace y se afianza junto a la chimenea y bajo un techo, pero en su interior anidaban la astucia y la fiereza.

Su cara y su cuerpo conservaban las cicatrices que le habían causado sus muchos combates, y seguía peleando con fuerza y habilidad. Skeet y Nig eran demasiado mansos como para enfrentarse a él, y además eran los perros de John Thornton. Pero, en cuanto aparecía un perro forastero, de la

raza o variedad que fuese, o bien reconocía la superioridad de Buck o se encontraba inmerso en una lucha a muerte con un adversario terrible.

Y es que Buck era implacable. Había asumido la ley del garrote y el colmillo, y nunca desperdiciaba una ventaja ni perdonaba a un enemigo al borde de la muerte. Había aprendido de Spitz y de los perros más combativos de la policía y del servicio de correos, y sabía que no había término medio. Había que dominar o ser dominado, y la piedad era una señal de debilidad, que la vida primitiva no admitía. Se confundía piedad con temor, y ello acarreaba la muerte. Matar o morir, comer o ser comido.

Cuando estaba sentado ante el fuego de John Thornton, solo era un perro de pecho amplio, colmillos blancos y denso pelaje. Pero en torno a él pululaban las sombras de otros perros, cruzados con lobos salvajes o lobos auténticos que lo acosaban, hambrientos de la carne que él comía, sedientos del agua que bebía, husmeando el viento con él, compartiendo con él la vida salvaje de los bosques o poblando sus sueños.

Tan imperiosamente lo reclamaban aquellas sombras que cada día la humanidad y las exigencias de los hombres se le antojaban más lejanas. En lo más profundo del bosque resonaba una llamada estremecedora y atractiva, que lo incitaba a volver la espalda al fuego y a adentrarse en la espesura. Pero, en cuanto se internaba en aquellas tierras vírgenes y en aquellas sombras verdes, el amor que sentía hacia John Thornton le hacía regresar junto al fuego.

Solo Thornton lo retenía. El resto de la gente no significaba nada para él. Cuando algún viajero de paso lo alababa o lo acariciaba, se mostraba indiferente o se levantaba y se iba. Cuando llegaron los compañeros de Thornton, Hans y Pete, con la esperada balsa. Buck se negó a hacerles caso, hasta que entendió la relación con su amo. Luego empezó a tolerarlos, como si les hiciera un favor. Eran hombres corpulentos, del estilo de Thornton, que vivían en contacto con la tierra y tenían ideas elementales y claras.

Cuando amarraron la balsa al embarcadero de Dawson ya conocían el modo de ser de Buck, y no aspiraban a tener con él la relación de intimidad que mantenían con Skeet y con Nig.

Sin embargo, su amor por Thornton parecía crecer día a día. Era el único hombre al que le consentía que le pusiera un fardo sobre el lomo en los desplazamientos del verano. Nada era demasiado para Buck, si Thornton se lo ordenaba.

Un día, tras haberse repartido las ganancias de la venta de la balsa y salir de Dawson, rumbo al nacimiento del río Tanana, hombres y perros estaban sentados en la cima de un precipicio que caía a pico sobre un lecho de rocas desnudas, trescientos pies más abajo.

John Thornton estaba sentado cerca del borde con Buck a su lado. De repente tuvo una ocurrencia y llamó la atención de Hans y de Pete.

—¡Salta, Buck! —le ordenó, señalando el abismo.

Un segundo después tuvo que esforzarse para alcanzar a Buck al borde del precipicio, y Hans y Pete tiraron de ambos para ponerlos a salvo.

—Asombroso —dijo Pete, cuando todo hubo pasado y recuperaron el habla.

Thornton meneó la cabeza.

—Es asombroso y también terrible. A veces me da miedo.

—No me gustaría estar en el pellejo de quien se atreva a ponerte la mano encima, si él está cerca —comentó Pete, señalando a Buck con la cabeza.

—Porr Crristo —replicó Hans—. Mí tampoco^[16].

En Circle City, antes de que acabara el año, los temores de Pete se convirtieron en realidad. Burton el Negro, un tipo ruin y mal encarado, se había enzarzado en el bar en una pelea con un forastero recién llegado, cuando Thornton, conciliador, se interpuso entre ellos. Buck, como de costumbre, estaba echado en un rincón, con la cabeza entre las patas, sin perder de vista a su amo.

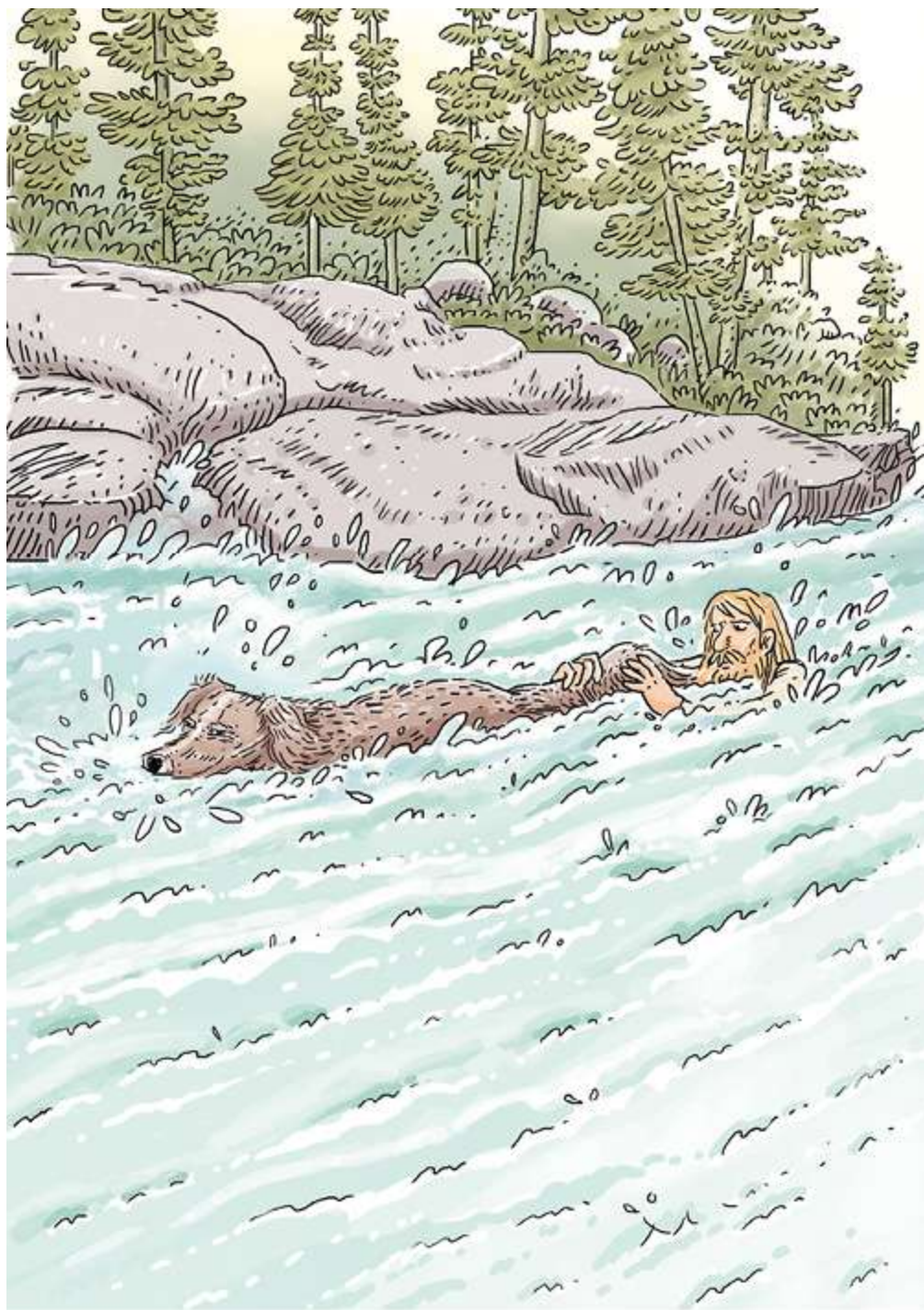
Sin previo aviso, Burton le dio a Thornton un puñetazo con todas sus fuerzas. Para no caer, Thornton se agarró a la barra del bar.

Los testigos de la escena oyeron algo que no era un ladrido ni un aullido, sino más bien un rugido, y vieron cómo Buck saltaba sobre Burton. Este no tuvo tiempo de protegerse, y el perro le desgarró el cuello.

Entonces la muchedumbre se abalanzó sobre Buck y lo apartó del hombre caído. Mientras un médico intentaba detener la hemorragia, el perro se revolvía. Gruñía endemoniadamente e intentaba volver a atacar. Solo la visión de varios garrotes juntos pudo contenerlo. Poco después, un «consejo de mineros» se reunió y decidió que Buck había actuado bajo provocación, por lo que fue absuelto. Aquel día se hizo famoso y su nombre empezó a correr por todos los campamentos de Alaska.

Más tarde, en el otoño de aquel mismo año, volvió a salvar la vida a John Thornton en circunstancias muy distintas. Fue como sigue. Los tres socios bajaban una canoa por un difícil tramo de rápidos, en el río Forty Mile. Hans y Pete se desplazaban por la orilla, controlando la embarcación con una cuerda que amarraban a un árbol y después a otro, mientras Thornton, que estaba en la canoa, dirigía el descenso con la ayuda de una pértiga y gritando instrucciones a los socios. Buck, desde la orilla, se mantenía a la misma altura que la embarcación, sin perder de vista a su amo. En un punto especialmente peligroso, la canoa volcó y Thornton salió despedido y fue arrastrado río abajo.

Buck se zambulló al instante. Al cabo de unas trescientas yardas, en medio de un remolino de agua, dio alcance a Thornton. Cuando notó que este le agarraba la cola, volvió hacia la orilla, nadando con formidable energía. Pero avanzaban poco, pues el agua los arrastraba con fuerza.



La corriente era cada vez más rápida. Thornton se dio cuenta de que era imposible alcanzar la orilla. Se soltó de Buck y se agarró desesperadamente, con ambas manos, a la superficie resbaladiza de una roca.

—¡Vete, Buck! ¡Vete! —le gritó.

Incapaz de volver atrás, Buck se dirigió hacia la orilla, donde Pete y Hans consiguieron recuperarlo.

Conscientes de que un hombre apenas puede permanecer unos minutos agarrado a una roca resbaladiza, en medio de una corriente impetuosa, echaron a correr hasta un punto situado más arriba del lugar donde se hallaba Thornton. Allí ataron una cuerda en torno al cuerpo de Buck, que inmediatamente volvió al agua.

Hans iba soltando la cuerda poco a poco y Pete procuraba que no se enredase. Buck nadó hasta Thornton, que al verlo a su lado se agarró con los dos brazos a su cuello. Hans amarró la cuerda a un árbol. Buck y Thornton forcejearon y estuvieron varias veces a punto de ahogarse, pero al final consiguieron alcanzar la orilla, no sin antes golpearse contra las rocas del fondo.

Hans y Pete tendieron a Thornton boca abajo y lo voltearon hasta que volvió en sí, magullado y dolorido. Su primera mirada fue para Buck, que estaba rígido, al parecer sin vida. Nig gemía a su lado, y Skeet lamía su cara húmeda y sus ojos cerrados.

Tanta agitación hizo que también Buck recobrase el sentido. Thornton examinó cuidadosamente su cuerpo y se percató de que tenía tres costillas rotas.

—No hay más que hablar —anunció—. Acamparemos aquí mismo.

Allí se quedaron hasta que las costillas se soldaron y Buck pudo volver a ponerse en camino.

Aquel invierno, en Dawson, Buck aún llevó a cabo otra hazaña, que le hizo famoso en toda Alaska. Todo empezó con una conversación en el bar Eldorado, donde los hombres fanfarroneaban sobre las cualidades de sus perros favoritos. Uno aseguraba que su perro era capaz de hacer arrancar un trineo con quinientas libras de peso y tirar de él. Otro alardeaba de que su perro hacía lo mismo con seiscientas libras, y un tercero presumió de que el suyo podía arrastrar setecientas.

—¡Bah, bah! —dijo John Thornton, casi sin darse cuenta—. Buck es capaz de arrancar un trineo cargado con mil libras de peso.

—¿Y despegarlo del hielo y arrastrarlo cien yardas? —preguntó Matthewson, uno de los magnates de las minas, que era quien se jactaba de que su perro podía mover setecientas libras.

—Y despegarlo del hielo y arrastrarlo cien yardas —asintió John Thornton con aplomo.

—Bueno —dijo Matthewson en un tono deliberadamente lento, para que todo el mundo pudiera oírlo—. Pues yo apuesto mil dólares a que no puede. Aquí está el dinero.

Y puso sobre el mostrador un talego^[17] de oro en polvo, del tamaño de una salchicha.

Nadie abrió la boca. Thornton sintió que una oleada de sangre le subía por las mejillas. Su lengua le había traicionado. Ignoraba si Buck era capaz o no de arrastrar mil libras de peso. Bien mirado, era un disparate. Confiaba en la fuerza de su perro y a menudo lo había imaginado tirando de un peso así, pero nunca se había visto abocado a tener que hacerlo. Por otra parte, carecía de los mil dólares, al igual que Hans y Pete.

—Podemos verlo enseguida —añadió Matthewson—. Ahí fuera tengo un trineo, con veinte sacos de harina de cincuenta libras de peso cada uno.

Thornton no contestó. Se quedó mirando a los presentes, como si pudieran ayudarle a pensar. De pronto, sus ojos se fijaron en Jim O'Brien, otro magnate y antiguo compañero.

—¿Puedes prestarme mil dólares? —le preguntó con voz insegura.

—Claro —contestó O'Brien, dejando otro grueso talego junto al de Matthewson—. Pero ¿sabes, John?, no estoy seguro de que el animal sea capaz de hacerlo.

Todos, clientes y empleados, salieron a la calle para presenciar la prueba y hacer apuestas. Al cabo de un rato había cientos de hombres, con guantes y abrigo de pieles, formando un corro.

El trineo de Matthewson, cargado con mil libras de harina y con un equipo de diez perros, llevaba allí un par de horas. Bajo un frío de sesenta grados bajo cero, los patines se habían quedado adheridos a la nieve endurecida. Nadie apostaba a favor de Buck, porque nadie creía que un

perro fuese capaz de semejante hazaña. Thornton se había visto obligado a aceptar el desafío, pero ahora, ante el trineo, también tenía dudas.

Desengancharon los diez perros del tiro y amarraron a Buck al trineo con su propio arnés. Hubo murmullos de admiración. Estaba en perfectas condiciones, sin una onza^[18] de carne de sobra, y las ciento cincuenta libras que pesaba eran otras tantas libras de energía y de fuerza. Cuando algunos le palparon los músculos y aseguraron que eran duros como el acero, las apuestas se pusieron dos a uno.

Thornton se arrodilló al lado de Buck. Le cogió la cabeza entre las manos y apoyó su mejilla contra la del perro. Pero no se la sacudió juguetonamente, como solía, ni soltó maldiciones ni palabras cariñosas. Solo le murmuró al oído:

—Demuéstrame que me quieres, Buck. Demuéstrame que me quieres.

Buck gruñó de excitación. Había entendido que tenía que hacer algo extraordinario por John Thornton.

La gente los observaba con curiosidad, como si asistiese a un conjuro. Cuando Thornton se puso en pie, Buck tomó entre los dientes la mano enguantada y se la mordió. Luego la fue soltando poco a poco, como si le costara hacerlo. Aquel gesto amoroso era su respuesta.

Thornton se alejó de él.

—Ahora, Buck —le dijo.

Buck tensó las riendas y las aflojó un poco.

—¡Arre! —gritó Thornton con voz cortante.

Buck se inclinó hacia la derecha y culminó el movimiento con un empujón, que volvió a tensar las riendas y frenó de golpe el impulso de sus ciento cincuenta libras. La carga se estremeció, y bajo los patines se produjo un leve crujido.

—¡Hale! —ordenó Thornton.

Buck repitió la maniobra, esta vez hacia la izquierda. El crujido se convirtió en chasquido, el trineo se tambaleó, los patines resbalaron y se movieron unas pulgadas. El trineo se había despegado. Los hombres contenían la respiración.

—¡Ahora, arre!

La orden de Thornton sonó como un pistoletazo. Buck echó todo su peso hacia adelante, tensando las riendas con una violenta embestida. Todo su cuerpo se contrajo bajo el tremendo esfuerzo, y sus músculos se retorcieron y se tensaron bajo el sedoso pelaje. Su ancho pecho rozaba el suelo. Con la cabeza baja y adelantada, movía las patas a toda velocidad, dejando sus huellas sobre la nieve endurecida. El trineo empezó a dar bandazos, en una rápida sucesión de sacudidas. Media pulgada, una pulgada, dos pulgadas... Poco a poco, fue tomando velocidad y el movimiento se hizo continuo.

Los hombres cogieron aliento y volvieron a respirar, sin darse cuenta de que llevaban un rato sin hacerlo. Thornton corría detrás de Buck, dirigiéndole palabras de entusiasmo. Al acercarse al montón de leños que indicaba el final de las cien yardas, empezó a oírse un murmullo, que creció hasta convertirse en un clamor victorioso cuando Buck sobrepasó los leños y se detuvo, al oír la voz de alto.

Todos, incluso Matthewson, dieron rienda suelta a su entusiasmo. Gorros y guantes volaban por los aires. Los hombres parloteaban alegres y se estrechaban la mano atolondradamente.

Thornton cayó de rodillas junto a Buck. Con su cabeza junto a la del perro, lo mecía entre sus brazos y soltaba juramentos con ternura.

—¡Oiga, caballero! ¡Oiga! —farfulló uno de los magnates, el rey de Skookum Bench—. Le doy mil dólares por él, caballero. Mil doscientos, oiga.

Thornton se puso en pie. Tenía los ojos húmedos, y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Caballero —le dijo al magnate—. No me da la gana. Váyase a la mierda y que le aproveche.

Buck agarró la mano de Thornton entre sus dientes. El hombre se inclinó y siguió meciéndolo.

Como si tanta ternura les incomodase, los mirones se alejaron.

Capítulo 7

Suena la llamada

AL GANAR BUCK EN CINCO MINUTOS MIL SEISCIENTOS DÓLARES PARA JOHN Thornton, permitió que su amo saldara algunas deudas y emprendiese viaje con sus socios hacia el este, en pos de una legendaria mina perdida cuya historia era tan antigua como la de aquellas tierras. Muchos hombres la habían buscado. Pocos la llegaron a encontrar, y algunos de estos nunca habían regresado.

La historia de aquella mina perdida estaba envuelta en misterios. Nadie sabía quién la había descubierto, pero los relatos más antiguos mencionaban una cabaña vieja y desvencijada, al lado de una mina. Hombres agonizantes habían jurado que la cabaña y la mina existían, y confirmaban su testimonio con unas pepitas de oro de una calidad desconocida en las tierras del Norte.

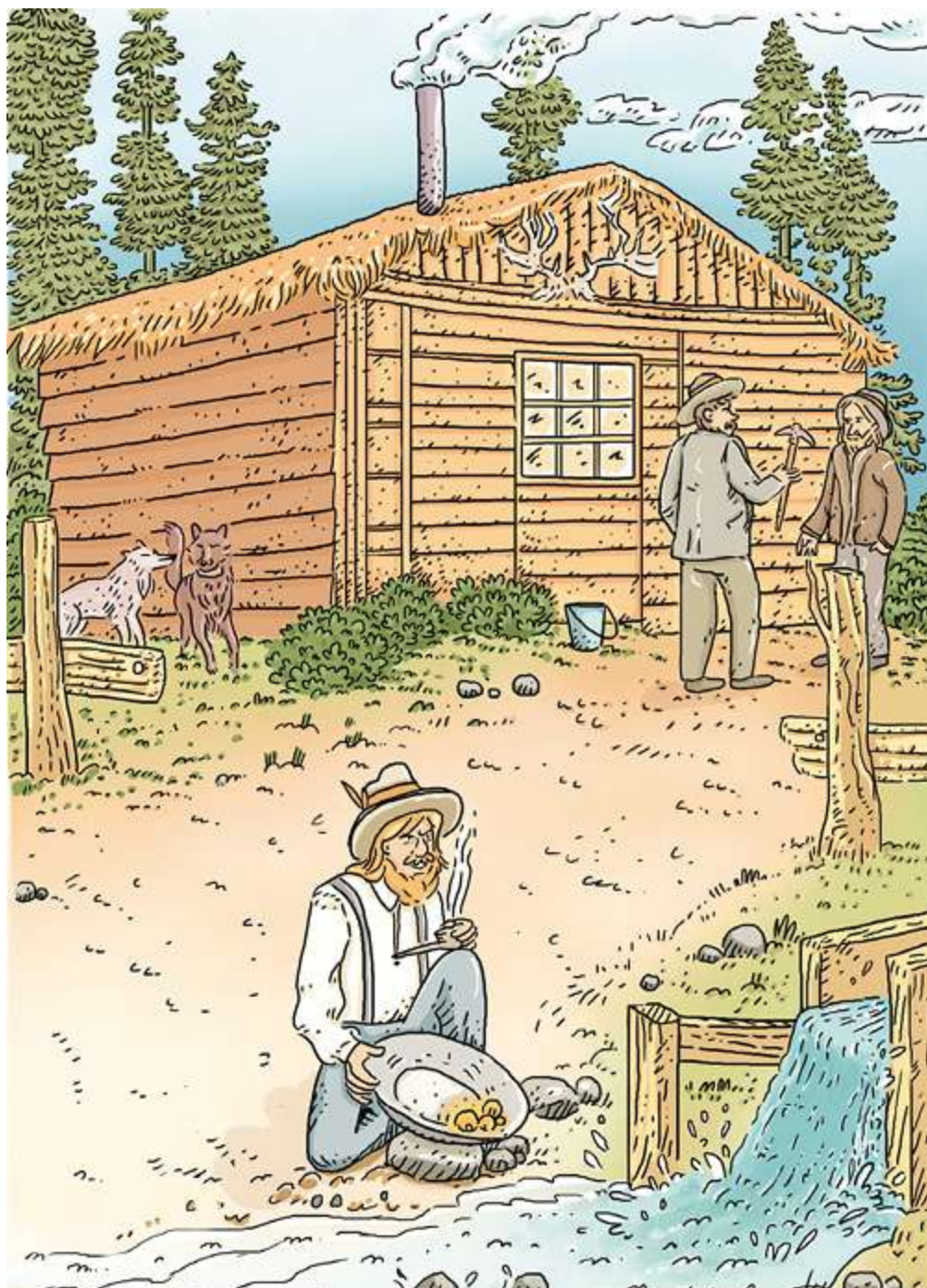
Pero no había hombre vivo capaz de dar con aquella casa del tesoro, y los muertos estaban bien muertos. Así que John Thornton, Pete, Hans, junto con Buck y media docena de perros, se pusieron en marcha hacia el Este por un camino desconocido, con la intención de conseguir lo que otros hombres y otros perros tan buenos como ellos no habían logrado.

John Thornton pedía poco a la humanidad y a la naturaleza. Con un puñado de sal y un rifle era capaz de internarse donde fuera y de viajar todo el tiempo que se le antojase. Sin prisa, como los indios, él y sus compañeros cazaban durante sus desplazamientos, y cuando no encontraban nada seguían adelante, con la certeza de que tarde o temprano encontrarían algo.

Buck disfrutaba con la caza, la pesca y los vagabundeos sin fin. Caminaban sin parar durante semanas, y otras veces permanecían mucho tiempo de acampada en el mismo lugar, mientras los perros descansaban y los hombres escarbaban en el barro y en la tierra helada para cribar enormes cantidades de arena en busca del oro.

Transcurrían los meses y ellos iban y venían por aquella inmensidad, desierta. Cruzaron desfiladeros, tiritaron bajo el sol de medianoche sobre las desnudas montañas, bajaron por valles calurosos entre enjambres de moscas y mosquitos y, a la sombra de los glaciares, cogieron fresas tan dulces y flores tan hermosas como las de las tierras del sur.

De nuevo llegó la primavera, y al cabo de tantas caminatas fueron a dar no con la Cabaña Perdida, sino con un placer^[19] a flor de tierra, en un amplio valle donde el oro relucía como manteca amarilla en el fondo del cedazo^[20]. Ya no buscaron más. Cada día de trabajo les reportaba miles de dólares en polvo limpio y pepitas de oro, y trabajaban todos los días. Iban guardando el preciado metal en talegos de piel de alce, a razón de cincuenta libras por bolsa, y las amontonaban como si fueran leños.



Los perros se limitaban a acarrear de vez en cuando la caza que Thornton abatía. Buck se pasaba las horas muertas ante el fuego, escuchando la llamada procedente de lo más profundo del bosque. A veces se adentraba en la espesura en pos de la llamada, buscándola como si se

tratase de algo tangible, y se ponía a ladrar suave o provocadoramente, según su humor.

Ignoraba qué motivo tenía para hacer aquellas cosas, pero no podía evitarlas. A veces estaba echado en el campamento, adormilado, y de pronto alzaba la cabeza y erguía las orejas, escuchando con atención. Luego se ponía en pie de un salto y echaba a correr. Le encantaba explorar los bosques, recorrer los lechos de los riachuelos y espiar agazapado la vida de los pájaros. Pero lo que más le gustaba era cruzar la espesura en la suave penumbra de las noches de verano, leyendo las señales e interpretando los sonidos del mismo modo que un hombre puede leer un libro, mientras buscaba el origen de aquella llamada persistente.

Una noche se despertó de un brinco. Del bosque le llegaba la llamada en una de sus versiones: un aullido prolongado, como el de un perro esquimal pero distinto. Atravesó corriendo el campamento dormido, y con paso ligero y silencioso se adentró en el bosque. Al irse acercando al aullido, caminó más despacio. En un claro, con el hocico apuntando al cielo, vio un largo y flaco lobo gris.

Aunque Buck no había hecho ruido alguno, el lobo dejó de aullar. Buck avanzó por el claro medio agazapado, con el cuerpo contraído y la cola recta y tiesa, apoyando las patas en el suelo con precaución. Cada movimiento suyo anunciaba, entremezcladas, una amenaza y una actitud receptiva. Pero el lobo salió huyendo en cuanto lo vio. Buck lo siguió, deseoso de darle alcance. Lo persiguió por el lecho de un arroyo seco, donde unos troncos caídos cerraban el paso. El lobo se volvió, girando sobre sus patas traseras como hacen todos los perros esquimales cuando se encuentran acorralados. Gruñía con el pelo erizado, mientras entrechocaba los dientes en una serie de rápidas dentelladas.

Buck no lo atacó. Al no advertir signos de amenaza, el lobo acercó su hocico al del perro. Se olfatearon mutuamente y empezaron a jugar de esa forma nerviosa y un tanto tímida con la que los animales salvajes encubren su ferocidad. Poco después, el lobo empezó a caminar a paso ligero y seguro, como si se dirigiese a un lugar determinado. Hizo

comprender a Buck que podía acompañarlo, y juntos corrieron por la penumbra y cruzaron el arroyo hasta la garganta de donde surgía.

Subieron y bajaron por una colina y llegaron a un terreno llano, donde había grandes bosques y cursos de agua. Por allí correataron mientras el sol se levantaba y el día se iba calentando. Buck estaba loco de contento. Por fin respondía a la llamada, corriendo al lado de su hermano del bosque. Tenía la impresión de haber hecho aquellas cosas en algún lugar que recordaba vagamente, y volvía a hacerlas ahora.

Se habían detenido a beber al borde de un arroyo cuando Buck se acordó de John Thornton y se sentó. El lobo empezó a caminar hacia el lugar de donde sin duda procedía la llamada. Luego se volvió hacia él, le olfateó el hocico e hizo gestos para animarlo a seguir. Pero Buck se dio la vuelta e inició lentamente el camino de regreso. Su hermano salvaje corrió a su lado, acompañándolo, durante casi una hora. Luego, el lobo se sentó, alzó el hocico al cielo y aulló. Era un aullido quejumbroso, que Buck siguió oyendo, cada vez más lejano, mientras proseguía su camino, hasta que se perdió en la distancia.

John Thornton estaba cenando cuando Buck llegó al campamento. Como un ciclón, el perro se echó sobre él, lo tiró al suelo y le dio revolcones, le lamió la cara y le mordisqueó la mano. Era lo que Thornton llamaba hacer el payaso. Lo acunó y profirió sus juramentos llenos de afecto.

Durante dos días con sus noches, Buck permaneció en el campamento, sin perder a John Thornton de vista. Lo seguía a todas partes mientras trabajaba, lo observaba mientras comía y lo acompañaba cuando se acostaba y se levantaba. Pero al cabo de esos dos días, la llamada del bosque se dejó oír con más fuerza que nunca. De nuevo empezó a vagar por el bosque, pero su hermano salvaje no acudió, y aunque se pasaba las noches en vela no volvió a oír su aullido quejumbroso.

Empezó a dormir fuera, y a veces no volvía al campamento durante días. Estuvo vagabundeando una semana entera, buscando en vano a su hermano salvaje, matando a sus presas sobre la marcha y yendo de un sitio a otro, con ese trote largo y fácil que nunca parecía acusar cansancio. Pescó

salmones en un ancho río que desembocaba en alguna parte y en sus orillas mató a un gran oso negro, al que habían cegado los mosquitos mientras pescaba, y que salió rugiendo del bosque, indefenso y furioso.

Aun así, la lucha fue tremenda y acabó por despertar del todo la ferocidad de Buck. Así que cuando, días después, regresó junto al oso muerto y se encontró con una docena de glotones^[21] que le disputaban los despojos, mató a dos y ahuyentó a los demás sin ningún esfuerzo.

Las ansias de sangre se hicieron más fuertes que nunca. Era un animal de presa que se alimentaba de seres vivos, capaz de sobrevivir en un ambiente hostil donde solo prosperaban los fuertes. Su orgullo se traslucía en su aspecto físico. A no ser por la mancha parda que llevaba en el hocico y sobre los ojos y por el mechón de pelo blanco que le cruzaba el pecho, se le habría podido tomar por un lobo gigantesco.

De su padre, el San Bernardo, había heredado el peso y el tamaño, pero su madre, la collie, le había dado forma. Su hocico era el largo hocico de un lobo, solo que mayor, y su cabeza, aunque más ancha y robusta, era la de un lobo.

Su astucia también era la de un lobo, corregida y aumentada. Su inteligencia, la de un perro pastor y un San Bernardo juntas. Todo ello, unido a una experiencia adquirida en la más cruel de las escuelas, lo había convertido en una criatura tan temible como cualquier otra de las que vagaban por aquellas tierras salvajes. Cuando algo requería acción, respondía con la velocidad del rayo. Si un perro esquimal se abalanzaba rápidamente para defenderse o para atacar, Buck lo hacía dos veces más rápido. Percibía un movimiento o un sonido y respondía en menos tiempo que el que cualquier otro perro necesitaba para percatarse de lo que había visto u oído.

—Nunca he conocido a un perro igual —comentó John Thornton un día, mientras los tres socios miraban a Buck, que se alejaba del campamento.

—Después de hacerlo, rompieron el molde —dijo Pete.

—¡Porr Crristo! Lo mismo creerr yo —afirmó Hans.

Lo vieron alejarse del campamento, pero no advirtieron la tremenda transformación que se produjo en él en cuanto llegó a la intimidad del

bosque. De pronto se convirtió en una fiera y empezó a moverse suavemente, como una sombra fugitiva que aparece y desaparece.

Sabía aprovechar cada escondrijo, reptar sobre el vientre como una serpiente y, como ella, saltar y atacar. Era capaz de cazar una perdiz blanca en su nido, de matar un conejo sin despertarlo, y de atrapar de un mordisco las ardillitas listadas que se demoraban un segundo antes de saltar a los árboles. Mataba para comer, no por capricho; pero prefería comer lo que había matado.

Al llegar el otoño aparecieron en grandes cantidades los alces, que se trasladaban lentamente hacia el Sur, para pasar el invierno en los valles más bajos y menos fríos. Buck ya había abatido a una cría extraviada. Pero le tentaba enfrentarse a un enemigo mayor y más peligroso, y un día se topó con uno. Una manada de veinte alces llegaba desde la región de los bosques y los torrentes, y entre ellos destacaba un macho de gran tamaño. Tenía una altura de más de seis pies y una enorme cornamenta palmeada, que contaba con catorce puntas y abarcaba unos siete pies de ancho. En sus ojos latía una chispa de rencor, y bramó furioso al ver a Buck.

De un costado del alce, justo detrás de la ijada^[22], sobresalía la punta de una flecha emplumada, lo que explicaba su irritación. Guiado por aquel instinto que había heredado del mundo primitivo, Buck procedió a separar al macho del resto de la manada.

Con paciencia, durante medio día, sin perder a la manada de vista, retrasó su marcha, acosó a los machos jóvenes, asustó a las hembras y a sus crías e hizo enloquecer de rabia al macho herido. Buck se multiplicaba, atacaba por todas partes, volvía a aislar a su víctima en cuanto lograba reunirse con sus compañeros, agotaba la paciencia de las criaturas perseguidas, que siempre es menor que la de las criaturas perseguidoras.

Según avanzaba el día y el sol descendía hasta su lecho por el Noroeste, los machos jóvenes tenían cada vez menos ganas de retroceder hasta donde su jefe se encontraba en apuros. La proximidad del invierno los apremiaba a trasladarse a zonas más bajas, pero les costaba quitarse de encima a aquella criatura que los retrasaba. Además, no era la vida de la manada, ni siquiera de la de los machos jóvenes, la que estaba en peligro. Solo se les pedía la

vida de uno de sus miembros, y esta les interesaba mucho menos que las suyas propias. Así que al fin accedieron a pagar el tributo.

Al anoecer, el viejo macho estaba en pie, con la cabeza baja, observando a sus compañeros, que se perdían a paso ligero entre las últimas luces. No podía seguirlos, porque ante él brincaba aquel despiadado terror con colmillos que no lo dejaba escapar. Había tenido una vida larga e intensa, llena de luchas y peleas, y al final se enfrentaba a la muerte bajo los dientes de una criatura cuya cabeza no sobrepasaba la altura de sus grandes rodillas.



A partir de entonces, Buck no lo dejó ni de día ni de noche. No le consintió un momento de descanso, ni le permitió ramonear las hojas de los árboles ni los brotes de los sauces y los abedules. Tampoco le dio la oportunidad de saciar su ardiente sed en los riachuelos que cruzaban. A veces, desesperado, echaba a correr durante un buen trecho. Entonces Buck

lo dejaba alejarse, pero lo seguía tranquilo y muy de cerca, satisfecho de cómo se desarrollaba el juego, tumbándose cuando el alce se detenía y atacándolo cuando intentaba comer o beber.

Aquella gran cabeza se iba derrumbando bajo su árbol de cuerna, y su paso se debilitaba poco a poco. Cada vez permanecía más rato parado, con el hocico en el suelo y las orejas caídas, y Buck tenía más tiempo para beber o para descansar. En esas ocasiones, mientras vigilaba al alce y jadeaba con la roja lengua fuera, le parecía que iba a producirse un cambio en el aspecto de las cosas. Era como si la tierra se estremeciese, como si el bosque, el agua y el aire vibrasen en su presencia.

Por fin, al anochecer del cuarto día, consiguió derribar al gran alce y matarlo. Permaneció toda la noche y el día al lado del cuerpo, comiendo y durmiendo. Luego, cuando hubo descansado, dio media vuelta, rumbo al campamento y a John Thornton. Con un trote largo y cómodo, caminó durante horas por aquel laberinto de senderos, avanzando en línea recta hacia el campamento por una región desconocida, con una seguridad que aventajaría a la de cualquier hombre con una brújula.

Según se acercaba, percibía el cambio que había tenido lugar en la tierra. Había llegado una forma de vida distinta, y su presencia se hacía sentir cada vez con mayor fuerza. Los animales del bosque lo sabían, hasta la brisa lo contaba. Intuía que iba a suceder una calamidad, e incluso que ya se había producido. Cuando cruzó el último torrente y bajó por el valle hacia el campamento, avanzó con mayor precaución.

A tres millas del campamento encontró unas huellas recientes que le pusieron los pelos de punta. Olfateó la nueva forma de vida, y apresuró el paso. El bosque se estaba extrañamente silencioso. Los pájaros habían volado. Las ardillas se habían escondido.

De repente volvió el hocico hacia un lado, como si una fuerza desconocida tirase de él. Siguió un olor hasta unos matorrales y descubrió a Nig. Había llegado arrastrándose para morir allí, con una flecha que lo atravesaba de lado a lado.

A cien yardas de allí, Buck se topó con uno de los perros de tiro que Thornton había comprado en Dawson. El perro se debatía en los últimos

estertores de la muerte, en medio del camino, y Buck pasó ante él sin detenerse. Del campamento le llegaba el débil sonido de muchas voces, que se elevaban y se apagaban en un canto monótono. Al salir al claro del bosque encontró a Hans, tendido boca abajo y cubierto de flechas, como las púas de un puerco espín.

Buck miró hacia donde había estado la choza de ramas y lo que vio hizo que se le erizara el lomo invadido por una rabia infinita, se dispuso al ataque. Por última vez en su vida, permitió que en él la pasión se impusiera a la astucia, y ello porque su gran amor por John Thornton le hizo perder la cabeza.

Los *yeehats*^[23] danzaban alrededor de los restos de la choza de pinos, cuando oyeron un rugido espantoso y vieron un animal que se abalanzaba sobre ellos. Era Buck. En un frenesí de destrucción, se lanzó sobre el primer indio al que encontró, que era el jefe, y le seccionó la yugular de un mordisco. No se entretuvo, y al momento destrozó la garganta de otro *yeehat*.

No había manera de detenerlo. Se revolvió entre ellos, mordiendo, arrancando, destruyendo. Se movía con tanta rapidez, y los indios estaban en un grupo tan compacto, que se hirieron unos a otros con sus propias flechas. Un joven cazador arrojó a Buck una lanza que se hundió en el pecho de uno de sus compañeros, con tal ímpetu que lo atravesó y le asomó por la espalda. Entonces el pánico hizo presa en los *yeehats*, que huyeron espantados al bosque, gritando que el Espíritu del Mal había caído sobre ellos.

Y es cierto que Buck parecía la encarnación de un demonio, mientras los perseguía y los derribaba entre los árboles. Fue un día aciago para los *yeehats*. Se dispersaron por toda la región, y los supervivientes tardaron una semana en reunirse en un valle más bajo y en hacer recuento de las víctimas.

En cuanto a Buck, regresó al desolado campamento cuando se cansó de perseguirlos. Allí encontró a Pete, que había muerto por sorpresa entre las mantas, en los primeros momentos del ataque. La desesperada lucha que había mantenido Thornton estaba recién escrita en la tierra, y Buck fue

husmeando todos sus detalles hasta el borde de la profunda charca donde lavaban el oro.

A orillas de la charca, con la cabeza y las patas delanteras en el agua, se hallaba Skeet, fiel hasta el final. Y en la charca fangosa yacía John Thornton.

Buck pasó el día meditando tristemente junto a la charca o vagando inquieto por el campamento. Conocía la muerte como una interrupción del movimiento, como el final de la vida, y también sabía que John Thornton estaba muerto. Eso le producía un gran vacío, como si tuviera hambre, pero era un vacío que no dejaba de dolerle y que la comida no lograba saciar.

A veces, cuando se detenía a contemplar los cadáveres de los *yeehats*, olvidaba su dolor, y entonces se sentía tremendamente orgulloso. Había matado al hombre, la presa más noble, y lo había matado bajo la ley del garrote y el colmillo. Era más fácil matar a un hombre que a un perro esquimal. En realidad, los hombres estaban indefensos, salvo por las flechas, las lanzas y los garrotes. De ahora en adelante no volvería a temerlos, salvo cuando llevaran esas armas.

Llegó la noche. La luna llena surgió entre los árboles y se elevó en el cielo, bañando la tierra con su luz fantasmagórica. Buck, que seguía junto a la charca, se percató de que en el bosque se agitaba una vida nueva, distinta de la que habían traído los *yeehats*. Se irguió, escuchó y olfateó. Desde muy lejos llegó un aullido débil y agudo, al que siguieron otros semejantes. Poco a poco, los aullidos se hicieron más fuertes y cercanos. Y de nuevo Buck los reconoció como algo que ya había oído en aquel otro mundo que persistía en su memoria.

Avanzó hasta el centro del claro y permaneció escuchando. Era la llamada, que resonaba más sugerente e imperiosa que nunca. Y entonces más que nunca estaba dispuesto a obedecer. John Thornton había muerto. Se había roto el último lazo. Ya no dependía de los hombres ni de sus exigencias.

A la caza de sus presas, como hacían los *yeehats*, siguiendo la pista de los alces migratorios, la manada de lobos había llegado desde la región de los bosques y los torrentes e invadido el valle de Buck. Bajaron como una

riada de plata hasta el claro donde brillaba la luna. Allí en medio estaba Buck, inmóvil como una estatua, aguardando su llegada.

Se quedaron sobrecogidos, por lo grande y quieto que les pareció, y hubo un momento de silencio hasta que el más atrevido saltó hacia él. Como un rayo, Buck le devolvió el golpe y le partió el cuello. Luego volvió a quedarse completamente inmóvil, como antes, mientras el lobo herido se retorció agonizante ante sus ojos.

Bastó aquello para que toda la manada se le acercase en tropel, estorbándose en sus intentos de abatir a la presa. Para evitar que lo atacaran por detrás, Buck retrocedió hasta más allá de la charca, por el lecho del arroyo, hasta un gran terraplén hecho de piedras. Fue reculando hasta un rincón en el que el terraplén lo protegía por tres lados y solo tenía que defender el frente.

Tan bien lo hizo que al cabo de media hora se retiraban desconcertados, jadeantes y con la lengua fuera.

Un lobo, largo, flaco y gris, se adelantó con cautela, de manera amistosa, y Buck reconoció en él al hermano salvaje con el que había correteado durante todo un día y una noche. Gruñía muy bajo y, cuando Buck le contestó con otro gruñido, juntaron sus hocicos.

Otro lobo, viejo, flaco y lleno de cicatrices, se adelantó. Por un instante pareció como si Buck fuese a agredirle, pero acabó por juntar el hocico con el suyo. Después, el viejo lobo se sentó, levantó el hocico hacia la luna y emitió un largo aullido. Los demás se sentaron y aullaron.

Y entonces Buck oyó la llamada con sus inconfundibles acentos. También él se sentó y aulló. Al acabar de hacerlo, abandonó el rincón y la manada de lobos lo rodeó, olisqueándolo de una manera entre amistosa y salvaje.

Los jefes lanzaron el aullido del grupo y se internaron por el bosque. Los demás los siguieron, aullando a coro. Y Buck se fue con ellos, corriendo junto a su hermano salvaje y ladrando mientras lo hacía.

Aquí podría concluir la historia de Buck.

Pocos años después, los *yeehats* notaron un cambio en el aspecto de los lobos grises. Vieron que algunos tenían una mancha parda en la frente y en

el hocico, y un mechón de pelo blanco en medio del pecho.

Cuentan los *yeehats* que un perro fantasma corre al frente de la manada de lobos. Lo temen, porque es más listo que ellos y entra a robar en sus campamentos en lo más crudo del invierno. Se burla de sus trampas, mata a sus perros y desafía a los cazadores más bravos. También cuentan que hay cazadores que nunca regresan al campamento, y que cuando los encuentran tienen la garganta cruelmente destrozada.

Cada otoño, cuando los *yeehats* siguen los movimientos de los alces, hay un valle por el que nunca se adentran. Y hay mujeres que se entristecen cuando vuelven a escuchar junto al fuego el relato de cómo el Espíritu del Mal escogió aquel valle como morada.

Cada verano, un visitante se adentra en el valle. Es un lobo grande, de magnífico pelaje, parecido a los otros lobos pero también distinto. Cruza en solitario desde la región de los bosques y desciende hasta un claro, por el que corre un arroyo. Junto al agua crecen las altas hierbas y los líquenes lo cubren todo y ocultan su color amarillo. Allí se queda rondando un buen rato, y antes de marcharse emite un solo aullido, largo y lastimero.

No va siempre solo. Cuando llegan las largas noches de invierno y los lobos siguen a sus presas en los valles más bajos, se le puede ver corriendo al frente de la manada, a la pálida luz de la luna o bajo el resplandor de la aurora boreal, como un gigante entre sus compañeros, mientras de su garganta brota el canto del mundo primitivo, que es el canto de la manada.

Finis [24].

ERA EL ÚLTIMO TROZO DE TOCINO QUE LE QUEDABA A MORGANSON. NUNCA había mimado a su estómago. En realidad, apenas le había prestado atención. Pero ahora, tras una larga privación de los placeres a los que estaba acostumbrado, el tocino salado y su sabor penetrante le produjeron un intenso apetito.

La expresión de su rostro era de preocupación y de hambre. Tenía las mejillas hundidas y la piel tensa sobre los pómulos. Sus ojos azul claro parecían preocupados. Sus labios, cada vez más estrechos, se dirigían anhelantes hacia la bruñida sartén.

Se sentó y sacó una pipa. La escrutó despacio y le dio unos golpecitos contra la palma de la mano. Estaba vacía. Volvió del revés la petaca de piel de foca y recogió el polvillo del forro, extrayendo con cuidado cada brizna de tabaco. El resultado apenas bastaba para rellenar un dedal. Rebuscó en sus bolsillos y, ayudándose con el índice y el pulgar, reunió algunos desperdicios, entre los que había briznas de tabaco. Las separó con cuidado, aunque también dejó pasar partículas de otras sustancias. Incluso añadió deliberadamente algunas pelusillas de lana endurecida procedentes del forro de su abrigo, que llevaban meses en el fondo de sus bolsillos.

Al cabo de quince minutos tenía la pipa casi llena. La encendió con la lumbre de la hoguera y se sentó sobre las mantas, con los mocasines hacia el fuego, mientras fumaba despacio.

Cuando hubo terminado de fumar siguió sentado, meditando ante la mortecina luz de la hoguera. Poco a poco, la preocupación de sus ojos dejó paso a la determinación. Su rostro adquirió un aire adusto, y sus labios se

apretaron con firmeza. Se irguió y procedió a levantar el campamento. Amontonó sobre el trineo las mantas enrolladas, la sartén, el rifle y el hacha, y amarró bien la carga.

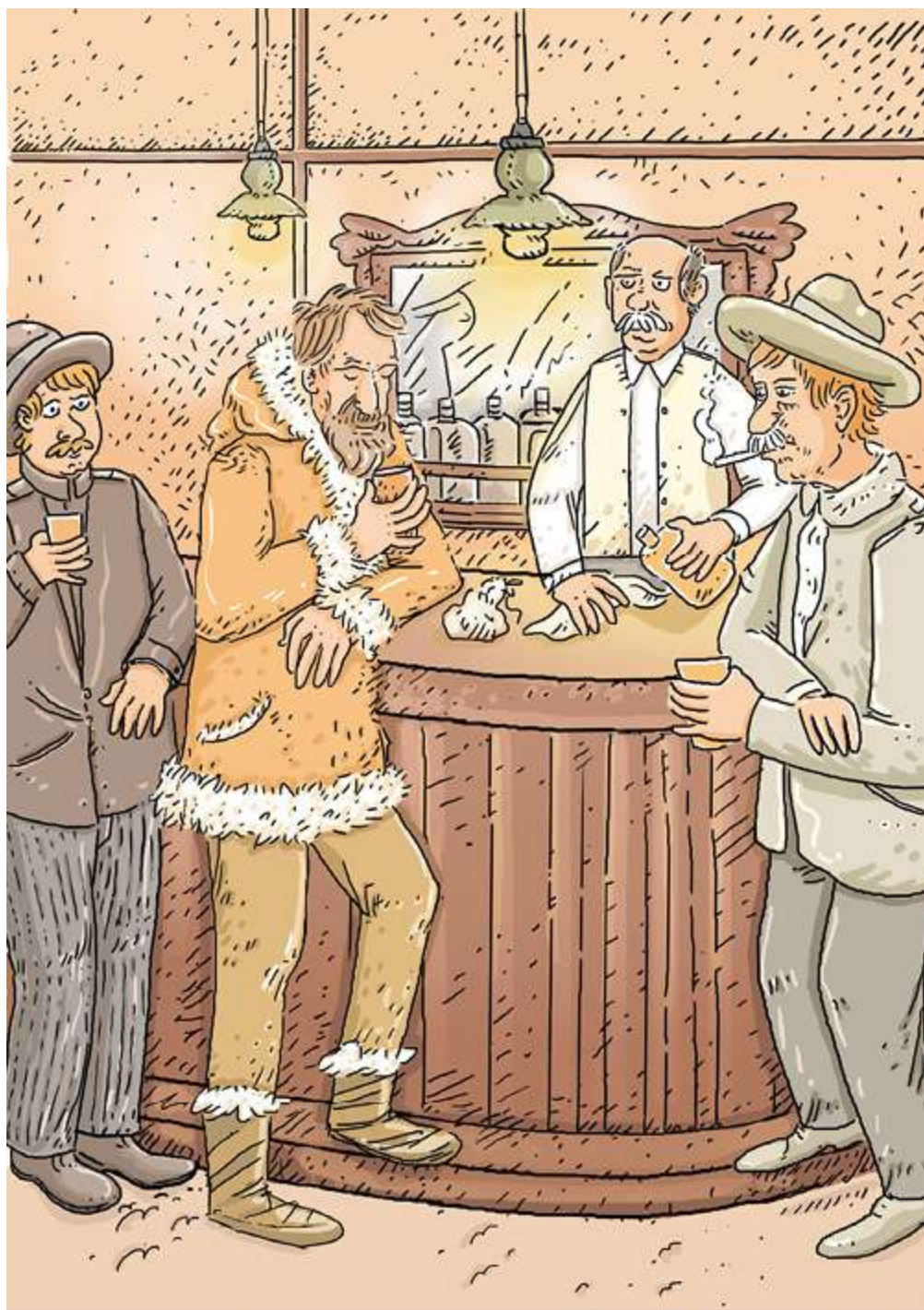
Tenía los pies doloridos, y cojeaba visiblemente cuando se colocó al frente. Al pasarse el lazo de la soga alrededor del hombro y echar el peso de su cuerpo hacia adelante para poner en marcha el trineo, hizo una mueca de dolor. Tenía el hombro en carne viva por la rozadura de tantos días tirando de la cuerda.

El camino seguía el lecho helado del Yukón. Cuatro horas después dobló una curva y entró en el poblado de Minto, situado en lo alto de un terraplén, en medio de un claro. El poblado consistía en una posada, un bar y varias cabañas. Dejó el trineo a la puerta del bar y entró.

—¿Es suficiente para un trago? —preguntó, dejando sobre el mostrador un talego de oro que parecía vacío.

El tabernero miró fijamente el talego y al hombre. Luego sacó una botella y un vaso y dijo:

—No se preocupe por el pago.



—Vamos, coja el polvo de oro —insistió Morganson.

El tabernero volcó el talego sobre la balanza y lo sacudió. Cayeron algunas motas de polvo de oro.

—Creí que había medio dólar dentro —se excusó Morganson.

—No tanto —contestó el otro—, aunque casi. Ya lo compensaré con el próximo cliente.

Morganson inclinó la botella y llenó el vaso hasta el borde. Bebió despacio, saboreando el fuego que bajaba ardiente por la garganta.

—Escorbuto, ¿eh? —comentó el tabernero.

—Un poco —respondió el hombre—. Pero todavía no he empezado a hincharme. A lo mejor puedo llegar hasta Dyea, y allí consigo vencerlo con verduras frescas.

—¡Vaya un panorama! —rio el otro, compadeciéndose de su situación—. Sin perros ni dinero, y encima el escorbuto. Yo en su lugar probaría con infusiones de picea^[25].

Al cabo de media hora, Morganson se despidió y dejó el bar. Volvió a echarse la cuerda del trineo sobre el hombro sangrante, y siguió el curso del río hacia el Sur. Una hora después se detuvo. Del río salía hacia una hondonada, cuyo aspecto le atrajo. Dejó el trineo y recorrió la hondonada cojeando, durante media milla. Entre él y el río se extendía una llanura de unas trescientas yardas, cubierta de álamos. La atravesó y llegó a la orilla del Yukón. El camino pasaba justo por debajo, pero no descendió hasta él.

Hacia el Sur, en dirección a Selkirk, podía ver el camino en toda su longitud, discurriendo entre la nieve a lo largo de una milla. Pero hacia el Norte, en dirección a Minto, había un saliente boscoso a orillas del río, a un cuarto de milla de distancia, que le ocultaba una parte.

Aquello pareció complacerle y regresó al trineo. Se echó al hombro la cuerda y lo remolcó por la hondonada. La nieve blanda y sin pisar dificultaba el avance. Los patines se atascaban y se quedaban bloqueados, y no había avanzado ni media milla cuando ya estaba sin resuello. Para cuando hubo plantado la tienda, dispuesto el hornillo y cortado algo de leña, ya era de noche. Como no tenía velas, se limitó a preparar un cazo de té antes de meterse entre las mantas.

Por la mañana, en cuanto se levantó, se puso las manoplas, se bajó las orejeras de la gorra y caminó entre los álamos, rifle en mano, en dirección al Yukón. Estuvo observando el camino desierto durante una hora, dando palmadas y golpeando el suelo con los pies para mantener activa la

circulación, y luego regresó a la tienda para desayunar. Todas sus provisiones consistían en un poco de té, medio saco de harina y una lata medio vacía de levadura en polvo. Hizo unas galletas y las masticó despacio, con infinito deleite. Cuando hubo comido tres se detuvo. Dudó por un instante, fue a coger otra galleta y dudó de nuevo. Tomó el saco de harina y lo sopesó.

—Tengo para un par de semanas —dijo en voz alta—. Puede que para tres —añadió, mientras guardaba las galletas.

Volvió a coger el rifle y salió del campamento en dirección a la orilla del río. Se agazapó en la nieve y permaneció a la expectativa. Tras unos minutos de inactividad, empezó a sentir el mordisco del frío. Se puso a dar palmas con vigor y a pisar con fuerza para no congelarse. Pero de vez en cuando se interrumpía y volvía a observar el camino, como si a fuerza de mirarlo pudiese provocar la aparición de alguien. Así transcurrió aquella corta mañana, que a él se le antojó un siglo.

Por la tarde subió la temperatura y cayó una nieve seca, fina y cristalina. Se agazapó con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en las rodillas, y se puso a vigilar el camino con el oído alerta. Pero no le llegó sonido alguno: ni el ladrido de unos perros, ni el golpeteo de un trineo, ni los gritos de los conductores.

Al anochecer regresó a la tienda, comió dos galletas y se acostó. Tuvo un sueño inquieto. A medianoche, el hambre lo despertó y se comió otra galleta.

Cada día, el frío era más intenso. Para mantener el calor de su cuerpo, aumentó la ración de galletas. A mediodía no comía nada, pero bebía té flojo e infusión de picea para combatir el escorbuto.

El quinto día el camino cobró vida. Por el Sur apareció un objeto oscuro que fue aumentando de tamaño al acercarse. Atento, Morganson preparó el rifle y se puso una manopla, para mantener caliente la mano que iba a disparar. Resultó ser un indio que viajaba ligero, sin perros ni trineo. Morganson dejó caer el rifle sobre sus rodillas con un suspiro de decepción. El indio pasó por delante de él, siguió hacia Minto y desapareció tras el saliente boscoso.

A medida que las noches se alargaban, los períodos de vigilancia se fueron acortando. La suerte conspiraba contra él. Llevaba diez días escrutando atentamente el camino, padeciendo el frío, y no había sucedido nada. Solo había visto a aquel indio. Pero una noche, cuando ya había dejado la vigilancia y mientras masticaba sus galletas, oyó el paso de un trineo en la oscuridad.

A veces pensaba en cómo sería el trineo que esperaba, y lo imaginaba cargado de unas mercancías, que eran su vida. Estaba débil por la falta de alimentos y no podía viajar por sus propios medios. Pero en el trineo habría perros que lo llevarían lejos de allí, comida que lo reanimaría, dinero que lo pondría todo a su alcance: el mar, el sol y la civilización. La idea se convirtió en una obsesión. Sentía como si solo él fuese el propietario de aquel cargamento, como si la vida se lo debiese.

Se le iba acabando la harina y tuvo que limitarse de nuevo a dos galletas por la mañana y dos por la noche. A causa de su debilidad acusaba más el azote del frío. Día tras día observaba el camino desierto, que no llevaba vida alguna. Al final, el escorbuto se manifestó en su fase siguiente. Como su piel ya no podía expulsar las impurezas de la sangre, su cuerpo empezó a hincharse. Primero, se le inflamaron los tobillos. Le dolían tanto que pasaba muchas horas de la noche sin dormir. Luego, se le hincharon las rodillas.

La temperatura descendía sin cesar: cuarenta, cincuenta, sesenta grados bajo cero. No tenía termómetro, pero lo adivinaba por las señales y los fenómenos naturales que conocen todos los hombres de aquellas tierras: el estallido del agua al caer en la nieve, la insoportable mordedura del frío y la rapidez con la que el hielo cubría las paredes y el techo de lona de la tienda. En vano intentó resistirse y mantener la vigilancia junto a la orilla. Su estado de extrema debilidad lo convertía en presa fácil. La nariz y las mejillas se le helaron y se le ennegrecieron, y el pulgar izquierdo se le congeló dentro de la manopla. Intuyó que no se libraría de la pérdida, al menos, de la primera falange.

Así estaba, recluido en su tienda por la helada, cuando de repente el camino, con monstruosa ironía, se llenó de vida. El primer día pasaron tres trineos y el segundo dos. En dos ocasiones, durante aquellos días, consiguió

alcanzar con muchas dificultades su puesto de observación, pero, incapaz de aguantar el frío, tuvo que retirarse. Y las dos veces, a la media hora de haberse retirado, pasó un trineo.

La ola de frío remitió y de nuevo pudo permanecer en su puesto, pero de nuevo el camino estaba desierto. Transcurrió una semana mientras vigilaba, sin que pasara un solo trineo. Había reducido su dieta a una galleta por la mañana y otra por la noche. A veces se sorprendía de seguir con vida. Nunca hubiera imaginado que se pudiese aguantar tanto.

Un día pasó un destacamento de la Policía del Noroeste, unos veinte hombres con muchos trineos y perros, a los que naturalmente no podía enfrentarse. Se ocultó y ellos siguieron adelante, ignorantes de la amenaza mortal que los acechaba en la forma de un hombre débil y agazapado.

El pulgar congelado le molestaba enormemente. Mientras montaba guardia, adquirió la costumbre de sacarse la manopla e introducir la mano izquierda por dentro de la camisa, para que el dedo se aliviara al calor de su axila.

Por el camino apareció un correo y Morganson lo dejó pasar. Un correo era persona de importancia, y si desaparecía lo echarían en falta de inmediato.

Al día siguiente de acabársele la harina, nevó. La temperatura se suavizaba siempre que nevaba y estuvo de guardia durante las ocho horas del día, sin moverse, con una paciencia y un hambre infinitas, como si se tratara de una araña monstruosa al acecho de su presa. Pero la presa no apareció y tuvo que regresar, renqueante y a oscuras, a la tienda. Bebió grandes cantidades de infusión de picea y se acostó.

A la mañana siguiente, al salir de la tienda, vio un alce enorme, que cruzaba la hondonada a unas cuatrocientas yardas de distancia. Sintió una oleada de sangre en su interior y luego una inexplicable debilidad. Le entraron náuseas y tuvo que sentarse un momento para recuperarse. Luego tomó el rifle y apuntó con cuidado. El primer disparo acertó en el blanco, pero el alce dio media vuelta y se dirigió hacia los árboles del terraplén que se alzaba junto a la hondonada. Morganson disparó alocadamente entre los

árboles, hasta que comprendió que estaba agotando la munición que necesitaba para hacerse con el trineo cargado de vida que esperaba.

Dejó de disparar y se fijó en la dirección que había tomado el animal en su huida. Observó, en un claro del bosque, el tronco de un pino caído. Mentalmente recorrió el trayecto que el alce iba a seguir y comprendió que tenía que pasar sobre el tronco. Así que decidió efectuar un solo disparo más. Apuntó al espacio que había sobre el tronco y se esforzó para mantener inmóvil su tembloroso rifle. Apretó el gatillo. El alce recibió el impacto, dio una suerte de pirueta en el aire y cayó.

Morganson fue hacia él, deteniéndose a ratos para tomar aliento. Cuando encontró el cuerpo del alce sin vida, cayó sobre él y se echó a reír. Escondió el rostro entre las manos enguantadas y siguió riendo.

El ataque de histeria tardó en desvanecerse. Con el cuchillo de caza en la mano, empezó a trabajar con toda la velocidad que le permitían sus debilitadas fuerzas y su dedo congelado. No se detuvo a despellejar el alce, sino que lo descuartizó sin quitarle la piel.

Cuando hubo acabado, eligió un trozo de carne que pesaría unas cien libras y empezó a arrastrarlo hasta la tienda. Pero la nieve estaba blanda y el esfuerzo le resultaba excesivo. Cambió el pedazo por otro de unas veinte libras y, tras hacer muchas pausas por el camino, llegó a la tienda con él. Frio un poco de carne, pero comió frugalmente.

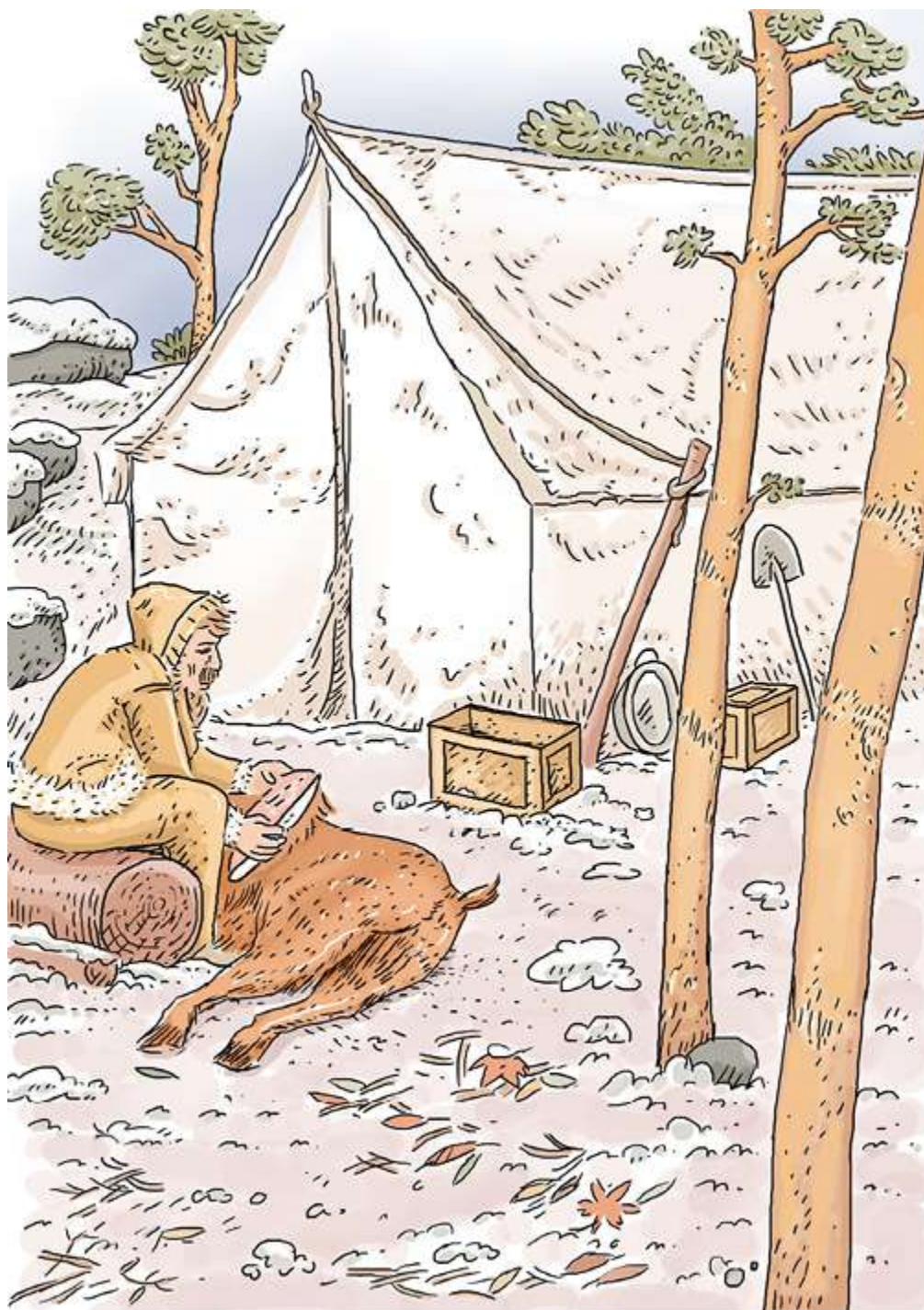
Luego, casi sin darse cuenta, regresó a su puesto de observación. Había huellas sobre la nieve recién caída del camino. Un trineo había pasado de largo mientras él descuartizaba el alce.

Pero no le importó. El alce había cambiado sus planes. Sabía que su carne se pagaba a cincuenta centavos la libra, y él se encontraba a poco más de tres millas de distancia de Minto. Ya no tendría que esperar al trineo cargado de vida ni que matar a un hombre. Vendería la carne. En Minto compraría un par de perros, comida y tabaco, y los perros lo llevarían al Sur, donde su salud se restablecería.

El dolor del hambre se convirtió en una punzada aguda e insistente. Regresó cojeando hasta la tienda y se frió un trozo de carne. Luego se fumó dos pipas con hojas de té secas, y se frió otro trozo. Con la sensación de

sentirse mejor, salió a cortar leña. Su apetito, aguzado por la ingestión de la carne, se desató. Continuamente sentía la imperiosa necesidad de freírse más trozos. Intentó cortar tajadas más pequeñas, con el resultado de tener que freírlas más a menudo.

Posteriormente se le ocurrió que los animales salvajes podían quitarle la carne y subió por el terraplén con el hacha y unas cuerdas. Tan débil estaba que la tarea de preparar un escondrijo para la carne le llevó toda la tarde. Cortó unos arbolillos, podó las ramas y los ató, formando una especie de horca elevada. No era un escondrijo tan bueno como hubiera querido, pero era lo más eficaz que podía hacer en su situación. Le costó mucho subir la carne a lo alto de la horca. Las piezas más grandes se le resistieron, hasta que consiguió pasar la cuerda sobre una rama que había en la parte superior, y luego levantar la carne atada por un extremo, mientras tiraba del otro con todas sus fuerzas.



Cuando volvió a la tienda se entregó a una orgía larga y solitaria. No necesitaba amigos. Le bastaba con la compañía de su estómago. Pedazo a pedazo, ingirió libras de carne y acabó con todo el té que le quedaba. ¿Qué importaba? Al día siguiente compraría más en Minto. Cuando le pareció que ya no podía comer más, se fumó todas las hojas de té secas que le

quedaban. ¿Por qué no? Al día siguiente estaría fumando tabaco. Vació la pipa, se frió un último trozo de carne y se acostó. Había comido tanto que estaba a punto de reventar.

Al despertar por la mañana le pareció que resucitaba. Se quedó mirando a su alrededor estúpidamente, hasta que su vista recayó en la sartén, que aún contenía un trozo de carne. De pronto recordó y prestó atención a unos ruidos extraños. Soltó un juramento y se levantó de un salto. Debilitadas por el escorbuto, las piernas le fallaron e hizo una mueca de dolor. Se puso los mocasines y dejó la tienda.

Un confuso ruido de chasquidos y gruñidos procedía del lugar donde había escondido la carne. Aceleró el paso, a costa de aumentar su dolor, mientras daba grandes voces. Vio numerosos lobos que se alejaban por la nieve y entre la maleza, y descubrió la horca derribada. Los animales se habían dado un buen atracón de carne y al parecer no les importaba irse dejando atrás los restos.

La causa del desastre era bastante evidente. Los lobos habían olfateado el escondrijo. Uno de ellos había saltado desde el tronco del árbol caído hasta la parte superior de la horca. Podía ver las huellas de las patas del animal sobre la nieve que cubría el tronco. Nunca había creído que un lobo pudiese dar aquel salto, pero había ocurrido. Al primer salto había sucedido un segundo, y a este un tercero y un cuarto, hasta que la endeble horca se había derrumbado con el peso y las sacudidas.

Por un momento, su mirada se volvió dura y terrible, al percibir la magnitud de la catástrofe. Luego recuperó su acostumbrado aire de resignación y empezó a recoger los huesos mordidos y medio pelados que aún contenían tuétano. Además, aquí y allá aparecían pedazos de carne que habían escapado a las fauces de los lobos, cegados por la abundancia de comida.

Pasó el resto del día arrastrando los restos del alce hasta la tienda. Aún le quedaban, además, unas diez libras de la carne que se había llevado el día anterior. «Con esto tengo para varias semanas», se dijo, mientras contemplaba el montón de despojos.

Había aprendido a pasar hambre y a sobrevivir. Limpió el rifle y contó los cartuchos que le quedaban. Eran siete. Cargó el arma y subió renqueando hasta su puesto de observación en la orilla del río. Todo el día estuvo vigilando el camino desierto. Permaneció la semana entera de guardia, pero por ninguna parte aparecieron señales de vida.

Se sentía más fuerte gracias a la carne, pero el escorbuto se había agudizado y le producía grandes dolores. Ahora tomaba enormes cantidades de caldo, resultado de hervir los huesos del alce. El sabor era cada vez más insustancial, a fuerza de hervir y machacar repetidamente los mismos huesos, pero el caldo de carne le sentaba bien y tenía más energías que antes de haber matado el alce.

A la semana siguiente, un nuevo factor irrumpió en la vida de Morganson. Deseaba saber la fecha, y eso se convirtió en una obsesión. Era su primera preocupación al despertarse, y la última al acostarse. Todo el día, mientras aguardaba junto al camino, pensaba en lo mismo. Se despertaba por la noche y pasaba horas intentando llegar a una conclusión. Por último decidió ir a Minto para averiguarlo.

Había oscurecido cuando llegó. Subió la cuesta y empujó la puerta del bar. La luz lo deslumbró. Procedía de unas pocas velas, pero él llevaba mucho tiempo viviendo en una tienda a oscuras. Mientras sus ojos se adaptaban a la luz, vio a tres hombres sentados alrededor de la chimenea. Eran viajeros, sin duda. Como no los había visto llegar por el camino, supuso que a la mañana siguiente pasarían por delante de su puesto de observación.

El tabernero emitió un silbido de asombro.

—Lo creía muerto —le dijo.

—¿Por qué? —preguntó Morganson, con voz desfallecida.

Había perdido la costumbre de hablar y su propia voz le sonaba extraña.

—No se le ha visto el pelo desde hace dos meses —contestó el tabernero.

Cruzó el local renqueando y fue a apoyarse en la barra. El corazón le latía alocadamente, y no podía apartar su mirada hambrienta de los tres

hombres agrupados en torno a la chimenea. Era como si fuese a desvalijarlos allí mismo, pero sabía que tenía que mantener la calma.

—¿Dónde diablos ha estado usted todo este tiempo? —insistió el tabernero.

—Cortando madera para la compañía de barcos de vapor —mintió Morganson—. Tengo un buen montón de madera cortada al otro lado del río.

El tabernero asintió con la cabeza.

—He oído hachazos —le dijo—. ¿Así que era usted, eh? ¿Quiere tomar un trago?

Morganson se agarró a la barra con todas sus fuerzas. ¡Un trago! De buena gana hubiese abrazado las piernas de aquel hombre y le hubiera besado los pies. Intentó en vano musitar alguna palabra, pero el tabernero no aguardó la respuesta y sacó la botella.

—¿Y cómo se las arregló para comer? —le preguntó—. No parece usted capaz ni de cortar unas astillas. Tiene muy mal aspecto, amigo.

Morganson tragó saliva. Al ver la botella se le hacía la boca agua.

—Corté la madera antes de que se agravara el escorbuto —dijo—. Además, al principio cacé un alce. No lo he pasado mal, pero el escorbuto me ha hundido. —Llenó el vaso y añadió—: Pero creo que con la infusión de picea podré vencerlo.

—Tómese otro —le animó el tabernero.

El efecto de los dos vasos de *whisky* en el estómago vacío y el estado de debilidad de Morganson fue fulminante. Cuando volvió en sí, estaba sentado en un cajón junto a la chimenea y sentía como si hubieran transcurrido años. Un hombre alto y corpulento, de negras patillas, pagaba las bebidas. Los ojos empañados de Morganson le vieron extraer un billete verde de un grueso fajo. De inmediato, su mirada turbia se aclaró. Eran billetes de cien dólares. ¡Aquello era la vida que necesitaba, su vida! Tuvo un deseo casi irresistible de arrebatarse el dinero y de huir alocadamente en la oscuridad.

El hombre de las patillas negras y uno de sus compañeros se levantaron.

—Vamos, Oleson —le dijo el primero al tercero del grupo, un gigante rubio de cara rojiza.

Oleson se levantó, bostezando y desperezándose.

—¿Por qué se van a la cama tan pronto? —se quejó el tabernero—. Aún es temprano.

—Mañana tenemos que estar en Selkirk —dijo el de las patillas negras.

—¡Pero si es Navidad! —le gritó el tabernero.

—A mejor día, mejores hechos —dijo el otro, riendo.

Mientras los tres hombres salían por la puerta, Morganson se percató de la fecha. Así que era Nochebuena. Para averiguar eso había venido a Minto. Pero su interés se había visto eclipsado por la aparición de los tres hombres y su grueso fajo de billetes de cien dólares.

Se oyó un portazo.

—Ese es Jack Thompson —dijo el tabernero—. Hizo dos millones en minerales y en azufre, y más que están al caer. Me voy a la cama. Pero antes tómese otro trago.

Morganson vaciló.

—Es un regalo de Navidad —le apremió el otro—. No se preocupe. Ya me lo pagará cuando venda la madera.

Morganson dominó su borrachera lo suficiente como para tragarse el *whisky*, dio las buenas noches y salió al camino bajo la luna resplandeciente. Renqueando, se dirigió a su tienda, mientras evocaba aquella nueva visión de la vida: un grueso fajo de billetes de cien dólares.

Se despertó. Era de noche y yacía entre las mantas. Se había acostado con los mocasines y los guantes puestos, y las orejas cubiertas por las orejeras de la gorra. Se levantó con toda la velocidad que le permitía su precario estado de salud, e hizo una hoguera para hervir agua. Había dejado caer dos ramitas de picea en la tetera cuando tuvo un primer atisbo del resplandor de la mañana. Tomó el rifle y se dirigió renqueando a toda prisa hacia la orilla del río. Ya estaba en su puesto, agazapado y vigilante, cuando advirtió que se le había olvidado tomar la infusión de picea. También se le ocurrió que era posible que John Thompson cambiara de idea y desistiese de viajar en Navidad.

Era un día frío y transparente. Morganson calculó que estarían a unos sesenta grados bajo cero. Ni un soplo turbaba la helada quietud del Ártico. De pronto se enderezó, y la tensión de sus músculos acentuó el dolor que le producía el escorbuto. Había oído el sonido lejano de una voz humana y el tenue ladrido de los perros. Se golpeó las manos una y otra vez contra las caderas, para entrar en calor lo antes posible. No era ninguna tontería tener que disparar con la mano desnuda a sesenta grados bajo cero.

De repente aparecieron por detrás del saliente boscoso. Al frente iba el tercer hombre, cuyo nombre desconocía. Luego iban los ocho perros, arrastrando el trineo. En la parte delantera del trineo, guiándolo, marchaba John Thompson. De la retaguardia se ocupaba Oleson, el sueco. Sin duda era un mozo apuesto, pensó Morganson mientras lo observaba, enfundado en su parka^[26] de piel de ardilla.

Las siluetas de los hombres y los perros se recortaban con nitidez sobre la blancura del paisaje. Parecían figuras planas de cartón que se movían mecánicamente.

Morganson apoyó el rifle amartillado en la hendidura de un árbol. Advirtió que tenía los dedos fríos y volvió a ponerse apresuradamente la manopla, que no recordaba haberse quitado. Hombres y perros se acercaban y podía distinguir claramente sus alientos elevándose por el aire frío. Cuando el primer hombre se encontraba a unas cincuenta yardas de distancia, Morganson retiró la manopla de la mano derecha, colocó el índice en el gatillo y apuntó. Al recibir el impacto, el primer hombre dio media vuelta y cayó sobre el camino. Al no poder pasar, los perros se detuvieron.

Aprovechando la sorpresa, Morganson disparó a John Thompson, pero apuntó muy bajo y el hombre se tambaleó y se sentó de repente en el trineo. Morganson volvió a apuntar y disparó. John Thompson cayó hacia atrás, sobre la carga.

Solo quedaba el corpulento Oleson, que había echado a correr hacia Minto. Morganson le disparó y erró el tiro. Oleson empezó a correr en zigzag. Morganson disparó dos veces más y volvió a errar el blanco. Advirtió que había efectuado seis disparos. Solo le quedaba el cartucho de la recámara. Era absolutamente esencial no errar el último tiro.

Se contuvo mientras observaba la huida de Oleson. El gigante corría a toda velocidad por el camino, describiendo giros y curvas grotescos. Morganson apuntó hacia él y fue siguiendo su errática huida con un movimiento oscilante. Se le estaba quedando el dedo entumecido por el frío, y apenas podía sentir el gatillo.



—¡Qué Dios me ayude!— murmuró en voz alta, mientras apretaba el gatillo. El fugitivo cayó de bruces, rebotó sobre el camino helado y fue rodando y deslizándose un buen trecho. Agitó los brazos por un momento y se quedó inmóvil.

Morganson arrojó el rifle, que ya no le servía puesto que había gastado su último cartucho, y se deslizó cuesta abajo por la nieve blanda. Ahora que se había adueñado de su presa, ya no necesitaba seguir ocultándose. Avanzó cojeando por el camino hacia el trineo. Dentro de las manoplas, sus dedos hacían movimientos involuntarios de coger y agarrar algo. El gruñido de los perros lo detuvo. El animal que iba en cabeza, un perro grande, mitad Terranova y mitad de la Bahía de Hudson, parecía defender el cuerpo del hombre atravesado en el camino. Tenía el pelo erizado y le mostraba los colmillos.

Los otros siete perros del trineo habían adoptado una actitud semejante. Morganson intentó acercárseles, y la reata^[27] se abalanzó sobre él. Volvió a detenerse y les habló, unas veces en tono amenazador y otras con marrullerías. Observó la cara del hombre tendido bajo las patas del perro y se sorprendió al ver lo pronto que se le había blanqueado al empezar a congelarse.

John Thompson yacía boca arriba sobre la carga, con la cabeza hundida entre dos sacos y la barbilla levantada, de modo que Morganson solo vislumbraba su negra barba apuntando al cielo.

Convencido de la imposibilidad de enfrentarse a los perros, dejó el camino y se adentró en la nieve espesa para intentar, dando un amplio rodeo, alcanzar la parte trasera del trineo. Bajo la iniciativa del perro guía, la reata entera giró, enredada en el arnés. A causa de su precaria condición, Morganson solo acertaba a moverse despacio. Vio que los animales lo cercaban e intentó retroceder. Estaba a punto de conseguirlo, pero el gran perro guía, en una arremetida bestial, le hundió los dientes en la pantorrilla. Aunque estaba herido, Morganson consiguió liberarse de sus fauces.

Maldecía a los perros continuamente, pero era incapaz de intimidarlos. Le respondían erizando el pelaje y enseñándole los colmillos, mientras saltaban como si intentaran romper las correas del arnés. Se acordó de

Oleson y fue hacia él, dándole la espalda. Apenas reparaba en su pierna herida, de la que manaba sangre abundante. El perro le había desgarrado la arteria principal, pero él todavía lo ignoraba.

En cambio, sí que advirtió la extrema palidez del sueco, cuyo rostro le había parecido tan congestionado la noche anterior. Ahora, ese mismo rostro era del color del mármol. Y, como tenía el pelo y las pestañas rubios, recordaba más una estatua que un hombre que hubiera estado vivo minutos antes.

Morganson se quitó las manoplas y le cacheó el cuerpo. No llevaba encima los billetes de a cien, ni tampoco el talego de oro. En un bolsillo interior halló una cartera, cuyo contenido examinó apresuradamente mientras los dedos se le iban entumeciendo de frío. Había cartas con sellos extranjeros ya usados, varios recibos y facturas y una carta de crédito por ochocientos dólares. No había más. De dinero nada.

Hizo ademán de regresar al trineo, pero tenía el pie adherido al suelo. Miró hacia abajo y vio que se encontraba sobre un charco rojo, congelado. Había hielo rojo en la pernera desgarrada de su pantalón y también en el mocasín.

Hizo un esfuerzo. Rompió aquel cepo de sangre congelada y se fue cojeando por el camino hacia el trineo. El gran perro guía que lo había mordido empezó a gruñir y a embestir en su dirección. Los demás lo imitaron. Morganson lloró débilmente, y luego se quitó las lágrimas heladas que perlaban sus pestañas. Aquello era una broma pesada. La mala fortuna se cebaba en él. Hasta el mismo John Thompson parecía reírse de sus desgracias.

Dio vueltas en torno al trineo, enloquecido. Unas veces lloraba y suplicaba a los perros que le concedieran la vida, que para él era la carga que transportaban, y otras rabiaba de impotencia.

De pronto se calmó. Había estado haciendo el tonto. La solución consistía en ir a la tienda, coger el hacha, regresar y partirles la cabeza. Ya les enseñaría él.

Para llegar a la tienda tenía que dar un buen rodeo, evitando el trineo y a los animales. Se apartó del camino y avanzó por la nieve blanda. De repente

le dio un vahído y se detuvo. Le daba miedo seguir adelante, por si se caía y no podía levantarse. Permaneció quieto un buen rato, balanceándose sobre las piernas, que le temblaban violentamente. Miró hacia abajo y vio cómo la nieve se teñía de rojo a sus pies. La sangre seguía manando en abundancia. Comprendió que el mordisco era grave. Se agachó para observar la herida y tuvo la impresión de que la nieve se alzaba hacia él, como si quisiese atraerlo. Retrocedió como si le hubieran dado un golpe. Cada vez le costaba más tenerse en pie.

Luego el blanco resplandor se hizo negro. Cuando volvió en sí, estaba tendido en la nieve. Ya no estaba aturdido, pero era incapaz de levantarse. Sus miembros carecían de la fuerza necesaria. Hizo un esfuerzo desesperado y consiguió ponerse de lado. En esa posición consiguió echar una ojeada al trineo y a la negra barba de John Thompson, que apuntaba al cielo. También vio al perro guía, que lamía la cara del hombre atravesado en el camino. Morganson lo observó con curiosidad. El perro estaba muy inquieto. A ratos emitía unos gruñidos breves y agudos, como si quisiera despertar al hombre, y lo miraba con las orejas tiesas, agitando la cola. Al cabo se sentó, alzó el hocico y empezó a aullar. Poco después toda la reata estaba aullando.

Morganson imaginó que lo encontraban muerto en la nieve y estuvo un rato llorando, compadeciéndose de sí mismo. Pero ya no tenía miedo, porque no se sentía con fuerza para luchar. Cuando quiso abrir los ojos, descubrió que le resultaba imposible hacerlo porque las lágrimas se le habían helado.

No se molestó en quitarse el hielo. Qué más daba. No se había imaginado que la muerte fuera tan sencilla. Hasta le irritaba haber luchado y sufrido durante tantas semanas de agotamiento. El miedo a morir lo había acobardado y engañado. Pero la muerte no era dolorosa. Cada tormento que había sufrido había sido un tormento de la vida. La vida sí que era cruel.

Enseguida se le pasó la irritación. Qué importaban las mentiras y los engaños de la vida ahora que se hallaba al final. Notó que se quedaba amodorrado y que le embargaba un sueño reparador que le prometía alivio y descanso. Apenas oía a los perros. Por un momento tuvo conciencia de que

el hielo ya no mordía su carne. Luego la luz y el pensamiento dejaron de latir bajo sus párpados y con un suspiro de alivio se quedó dormido.



Antes del Klondike

El hombre que sería conocido como Jack London (1876-1916) nació seguramente como John Griffith Chaney en San Francisco, California, en una casa que desapareció en el gran terremoto de 1906. Fue el hijo indeseado de un astrólogo ambulante, William Chaney, y una madre espiritista, Flora Wellman, que pretendía actuar como la médium de un antiguo jefe indio.

Como la mayoría de los registros civiles de San Francisco ardieron en los numerosos incendios que tuvieron lugar tras el terremoto, no podemos saber con certeza qué nombre exacto aparecía en su partida de nacimiento, ni tampoco si Flora Wellman y William Chaney estaban legalmente casados. La duda de si Chaney era su verdadero padre, circunstancia que este siempre negó, atormentó a Jack London durante toda su vida.

Cuando supo que Flora Wellman estaba embarazada, Chaney quiso que abortase. Al rehusar ella, él renunció a toda responsabilidad sobre el niño y la abandonó. Desesperada, Flora Wellman entregó el niño a una antigua esclava de color, Virginia Prentiss, e intentó suicidarse dos veces, la primera ingiriendo láudano y la segunda de un disparo en la frente. En esta ocasión resultó herida, pero no de gravedad, y durante un tiempo se temió por su salud mental.

Virginia Prentiss cuidó al pequeño con cariño, y Jack siempre le correspondió. De hecho, a lo largo de su vida siempre recurriría a ella en momentos de apuro. En cambio, con frecuencia lamentaba la actitud de fría indiferencia de su madre.

Flora Wellman se casó con John London, un veterano de la guerra de Secesión quince años mayor que ella, que había enviudado y de quien el joven Jack tomó el apellido. La nueva familia, a la que se habían incorporado las dos hijas de John London, se mudó a Oakland, a unos diez kilómetros al este de la bahía de San Francisco. Allí el muchacho fue a la escuela y empezó a acudir a la biblioteca municipal, donde tuvo la suerte de caer bajo la tutela de una bibliotecaria ejemplar, Ina Coolbrith, que era también una extraordinaria poetisa y le alentó a leer y a embeberse de libros como *Los cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving (1783-1859). Veinte años después, Jack, que la consideraba su madre literaria, le escribiría para agradecerle el hecho de haber despertado su vocación de escritor.

La precariedad económica de la familia y el afán de independencia llevaron al joven a abandonar los estudios a los catorce años. Durante un tiempo trabajó de 12 a 18 horas diarias en una fábrica de conservas, pero el esfuerzo era ímprobo y la paga escasa. Con un préstamo de Virginia Prentiss compró un viejo balandro a un pirata de ostras de la bahía de San Francisco llamado French Frank, lo que le permitió ejercer también la piratería. Se convirtió en un gran frecuentador de tabernas, lugares donde, además de ver y observar, podía hacer acopio de historias y contarlas para entretener a otros.

En su novela autobiográfica *John Barleycorn* (1913), donde narra sus problemas con el alcohol, Jack London se jacta de haberle arrebatado la novia a French Frank. Cuando el balandro se estropeó de tal modo que era demasiado costoso repararlo, ingresó en la patrulla pesquera de California, que perseguía a los piratas de ostras, entre ellos sus antiguos compañeros. Muchos de sus primeros relatos se basan en sus experiencias en dicha patrulla.

En 1893 se enroló en la goleta de tres palos Sophie Sutherland y viajó desde el mar de Bering al mar del Japón, cazando focas. A su regreso, el país estaba sumido en la depresión económica y la conflictividad laboral era muy alta. Trabajó en una fábrica de yute y en una central eléctrica del ferrocarril. Convertido en militante socialista, se unió al llamado Ejército de

Kelly, una marcha de protesta formada en su mayor parte por desempleados y liderada por un tal Charles T. Kelly, que recorría el país para presionar al gobierno. En 1894, condenado por vagancia, pasó treinta días en una penitenciaría de Búfalo.

El temor a convertirse en una mera bestia de carga le convenció de la necesidad de seguir educándose. De nuevo en Oakland, leyó a Darwin, a Marx y a Nietzsche, que influyeron decisivamente en su visión del mundo. A los 19 años cursó en tres meses las asignaturas de dos años de estudio y consiguió entrar en la Universidad de California, en Berkeley, pero la abandonó al enterarse del descubrimiento de oro en el Klondike, una región en el territorio del Yukón, al noroeste de Canadá y al este de la frontera con Alaska.

En el Klondike

Jack London partió para el Klondike cuando la fiebre del oro estaba en su apogeo. Dejó California en julio de 1897 a bordo de un barco atestado de aventureros y en compañía de tres amigos, convencidos, como él, de que iban a hacerse millonarios en unos cuantos meses. Llegaron a Dyea, una ensenada congestionada por la afluencia de recién llegados, y acarrearón dos mil quinientos kilos de pertrechos hasta el pie del legendario paso de Chilkoot, diez kilómetros de ladera escarpada que los aspirantes a minero recorrían en una sola columna interminable.

En uno de los tramos más escarpados del recorrido había tantos caballos muertos o moribundos, abandonados por sus dueños, que se llamaba el sendero del Caballo Muerto. Incapaces de sobrevivir al duro y pronunciado ascenso, muchos caballos eran reemplazados por perros de carga.

London, más joven y fuerte que la mayoría, hizo el camino de ida y vuelta varias veces, transportando en cada ocasión unos cincuenta kilos de carga que dejaba al otro lado.

Una vez pasados todos los pertrechos, London y sus amigos se instalaron a orillas del lago Lindeman y se pusieron a construir dos barcas de fondo plano. Pretendían navegar hasta Dawson City, el centro de la

región del Klondike y de los arroyos donde se encontraba el oro, antes de que empezara a nevar y el invierno se les echara encima.

Botaron las barcas. Del lago Lindeman pasaron al lago Marsh y de este al río Sixty Mile, que formaba la cabecera del Yukón. Allí había una serie de rápidos particularmente peligrosos, como el White Horse, así llamado porque su espuma arremolinada parecía una manada de caballos blancos haciendo cabriolas al sol. Pero tenían que pasar por allí si querían evitar un largo rodeo por tierra.

A base de ingenio y con riesgo de sus vidas consiguieron atravesar los rápidos, hazaña que aquella temporada nadie había conseguido realizar. A la vista del éxito, otros expedicionarios les hicieron ofertas para que los ayudaran a pasar sus embarcaciones. Fijaron un precio de veinticinco dólares por viaje y durante los días siguientes pasaron más de un centenar de barcas. Luego siguieron a través del lago Labarge y surcaron las aguas claras y veloces del río Thirty Mile.

Acababan de alcanzar la embocadura del río Stewart, a solo unos ciento veinte kilómetros de Dawson City, cuando los cielos se ennegrecieron y empezó a soplar una ventisca procedente del Ártico. Era evidente que, de no haberse entretenido pasando las embarcaciones de los demás a través de los rápidos, habrían llegado a su destino con tiempo suficiente. Pero ahora estaban atrapados para todo el invierno en un poblado llamado Upper Island, en compañía de otros cincuenta y tantos hombres temerarios. Jack London y sus tres compañeros se vieron obligados a tomar posesión de la cabaña de un antiguo colono, calafatear las ranuras para protegerse del viento cortante y acumular leña para el fuego.

Aquella cabaña se convirtió en el centro de la vida social e intelectual de Upper Island. Los viejos mineros acudían a ella a contar historias y London hacía acopio de ellas y les hablaba de Marx y de Darwin. Con frecuencia se entablaban discusiones que duraban la noche entera.

Cuando llegó la primavera reemprendieron el viaje. Llegaron a Dawson City a mediados de mayo, después de un viaje relativamente fácil por el río Yukón, cuya corriente aún se agitaba con témpanos de hielo.

La ciudad, que en su mayoría estaba compuesta de tiendas de campaña, yacía en la confluencia de los ríos Yukón y Klondike. En el centro de la población de tiendas de lona se encontraban las tabernas, las tiendas, las bodegas, los bancos y los burdeles.

Pronto descubrieron la verdad de la fiebre del oro y era que no había premios para los segundones. Llegar meses después de que el oro hubiera sido descubierto no servía de nada, porque los mejores yacimientos ya habían sido registrados. Es más, descubrieron que buen parte de las fortunas hechas en el Klondike no procedían del oro, sino de los bolsillos de la gente que rondaba por allí, y que para sobrevivir gastaba hasta su último dólar. En la ciudad apenas quedaban alimentos. Todo lo que London y sus amigos habían ganado pasando barcas por los rápidos se lo gastaron en poco tiempo comprando comida.

London permaneció en Dawson durante una larga temporada, recorriendo las tabernas y recogiendo historias. Por desgracia, el *whisky* no compensa las carencias alimenticias, y la falta de comida fresca hizo que contrajese el escorbuto. Se le cayeron algunos dientes, el rostro se le cubrió de llagas y sufrió todo tipo de calambres.

Pasó un mes en un hospital improvisado, que era la última esperanza para enfermos como él. Hubiera podido morir allí, pero sobrevivió. Uno de sus compañeros no tuvo tanta suerte y falleció de tifus. A fines de junio, London se reunió con los otros dos y se embarcaron en un bote pequeño, abierto, dejando que el Yukón los llevara, tras un recorrido de dos mil setecientos kilómetros, hasta St. Michael y el océano Pacífico.

En St. Michael, London se enroló como fogonero en un vapor que se dirigía al sur, a Vancouver. Viajó como pasajero de tercera clase en otro barco que iba a Seattle. Y desde Seattle, ya sin un centavo, emprendió viaje a San Francisco en un tren de carga que recorría la costa.

Años después, evocando la experiencia, diría: «Fue en el Klondike donde me encontré a mí mismo». No había dado con el preciado oro, pero sí había reunido abundante material literario.

Después del Klondike

De vuelta en California, London fue incapaz de encontrar un trabajo regular. Decidido a vivir de la escritura, envió sus relatos sobre el Ártico a diversos diarios y editoriales. Las nuevas tecnologías de impresión permitían la producción de revistas populares de bajo coste y había un mercado amplio para los relatos de ficción.

En 1899, esas revistas empezaron a aceptar sus relatos. Era el principio de una carrera literaria extraordinaria, breve e intensa, que duraría solo dieciséis años y que nos dejaría alrededor de ciento cincuenta relatos, dieciocho novelas y siete libros de no ficción. Su primer libro de relatos, *El hijo del lobo*. Cuentos del lejano Norte, publicado al año siguiente, llamó la atención de los lectores por su frescura y vigor.

El aspecto agradable de London y su indudable fotogenia lo ayudaron a convertirse en una poderosa influencia para generaciones de jóvenes norteamericanos, para quienes durante su corta existencia encarnó la aventura mejor que nadie. En poco tiempo se convirtió en el escritor mejor pagado de su país. Sin embargo, sus enormes ganancias nunca estuvieron a la altura de sus expectativas. Era, en cierto modo, como si nada pudiese compensar los días sombríos y menesterosos de su infancia.

En 1902 viajó a Europa. Iba a cubrir la guerra de los Bóers como corresponsal de un grupo periodístico, pero llegó a Inglaterra cuando la guerra había acabado. Permaneció en Londres y decidió vivir en el barrio pobre del East End, de donde sacó material para su libro *La gente del abismo* (1903).

Su primer gran éxito, sin embargo, fue *La llamada de lo salvaje*. En el Klondike, sobre todo en los campamentos de invierno y en Dawson City, London había visto muchos perros de trineo, y en particular recordaba a uno, mitad San Bernardo y mitad collie, que se había criado en un rancho del valle de Santa Clara. En él se inspiró para crear a Buck. En una biblioteca de la Universidad de Yale hay una fotografía de dicho perro, tomada durante la estancia de London en Dawson, en 1897.

En 1904 cubrió la guerra Ruso-Japonesa como corresponsal. A su regreso a California, se hizo construir una embarcación, *The Snark*, con la

que navegó por los Mares del Sur y recopiló material para sus relatos ambientados en la Polinesia y la Melanesia. Estuvo casado dos veces, con Elizabeth «Bessie» Maddern, de 1900 a 1905, y con Charmian Kittredge, desde 1905 al final de sus días.

En 1910 se asentó en un rancho cerca de Glen Ellen, en California, donde construyó una grandiosa mansión, a la que bautizó como La Casa del Lobo. La mansión se incendió poco antes de estar concluida, cuando él y su esposa iban a ocuparla. London nunca pudo recuperarse del profundo sentimiento de pérdida. Las ruinas constituyen todavía hoy una concurrida atracción turística y un monumento histórico nacional.

Había sido un hombre robusto, pero en 1916, a los cuarenta años, padecía disentería, uremia y un alcoholismo avanzado. Tomaba morfina para aliviar el dolor y es posible que una dosis excesiva, voluntaria o involuntaria, le acarree la muerte el 22 de noviembre de ese año.

Tras la cremación en Oakland y una breve ceremonia en el rancho, las cenizas de London fueron colocadas bajo una gran roca, en una pequeña loma que se eleva sobre un lugar llamado el valle de la Luna.

Además de *La llamada de lo salvaje*, entre sus mejores novelas destacan *El lobo de mar* (1904), *Colmillo Blanco* (1906), *Martin Eden* (1909) y *El talón de hierro* (1907), una fantasía futurista que puede leerse como una terrorífica premonición del fascismo. Pero lo mejor de su obra son sus espléndidos y sobrios relatos, en particular los que suceden en el Gran Norte y en los Mares del Sur.

Adaptaciones de su obra

Jack London fue una de las primeras celebridades en usar su influencia para anunciar productos comerciales, como zumo de uva y ropa. También fue uno de los primeros escritores que trabajó para la industria del cine. Varias de sus novelas fueron llevadas a la pantalla, y llegó a actuar como marino en la primera versión cinematográfica de *El lobo de mar* (1913).

La llamada de lo salvaje ha sido adaptada al cine y a la televisión una decena de veces. La primera adaptación fue una versión muda dirigida por

Hal Roach en 1913. Hasta 1935 no se estrenó la primera versión sonora, dirigida por William A. Wellman, que contó con Clark Gable y Loretta Young como protagonistas, y se parece poco a la novela original.

Otra versión muy popular fue la de 1972. Rodada en Finlandia, fue dirigida por Ken Annakin y tuvo a Charlton Heston en el papel de John Thornton.

Suele considerarse que la adaptación de 1997, *La llamada de lo salvaje*, dirigida para la televisión canadiense por Graham Ludlow y protagonizada por Rutger Hauer, es la más fiel. En ella, tres perros, una hembra y dos machos, se alternaron en el papel de Buck.

Notas

[1] El poeta estadounidense John Myers O'Hara (1870-1944), autor del poema *Atavismo*, al que pertenecen estos versos, consideraba que habían servido de inspiración a Jack London para escribir esta novela.

[2] Puntos extremos de la costa oeste de los Estados Unidos.

[3] Región de California.

[4] *Pozo artesiano*: hoyo profundo que se hace en tierra para sacar agua de los manantiales subterráneos.

[5] Unidad inglesa de peso equivalente a 453 gramos.

[6] Perro pastor de pelo largo.

[7] Río de Canadá, afluente del Yukón, donde se había descubierto el oro, y, por extensión, región por la que transcurre.

[8] Maldición en francés. El hombre que habla, Perrault, y su compañero, François, proceden de la parte de Canadá donde se habla ese idioma. Se ha intentado reproducir la manera de hablar de un francés que chapurrea inglés.

[9] Los perros de *Newfoundland* o *Terranova*, originarios de esta provincia del Canadá, son grandes y fuertes, y tienen un pelaje negro, marrón o negro y blanco.

[10] Entrada septentrional del brazo de mar del océano Pacífico (Canadá), que separa la costa de la Columbia británica de la isla Vancouver.

[11] Punto de llegada para los mineros del Klondike.

[12] El perro zaguero es el que va a la zaga o detrás del tiro y el más próximo al trineo.

[13] Medida inglesa de longitud equivalente a 2,54 centímetros.

[14] Medida de longitud. La milla terrestre inglesa equivale a 1609 metros.

[15] Medida inglesa de longitud equivalente a 91 cm.

[16] El personaje de Hans se expresa incorrectamente en inglés y con acento alemán.

[17] *Talego*: saco largo y estrecho, de lienzo basto o de lona, que sirve para guardar o llevar algo.

[18] Peso equivalente a 28,70 gramos. Es la dieciseisava parte de una libra.

[19] *Placer*: arenal donde la corriente de las aguas deposita partículas de oro.

[20] *Cedazo*: utensilio compuesto de un aro y de una tela, que cierra la parte inferior y sirve para separar las partes sutiles de las gruesas.

[21] *Glotón*: carnívoro fornido y musculoso, de la familia de los mustélidos, que tiene una semejanza general con un oso pequeño.

[22] *Ijada*: cavidad que se halla colocada a ambos lados, simétricamente, entre las costillas falsas y los huesos de las caderas.

[23] Los *yeehats* son una tribu ficticia de nativos americanos, imaginada por el autor para la ocasión.

[24] «Final», «se acabó». En latín en el original.

Este cuento fue publicado en el semanario *Succes Magazine* de mayo de 1907 con el título de *El final de Morganson*.

[25] Árbol semejante al abeto, cuyas hojas en forma de aguja tienen propiedades medicinales.

[26] *Parka*: chaquetón de piel con capucha, inventado por los esquimales.

[27] *Reata*: hilera de animales de tiro que van atados.